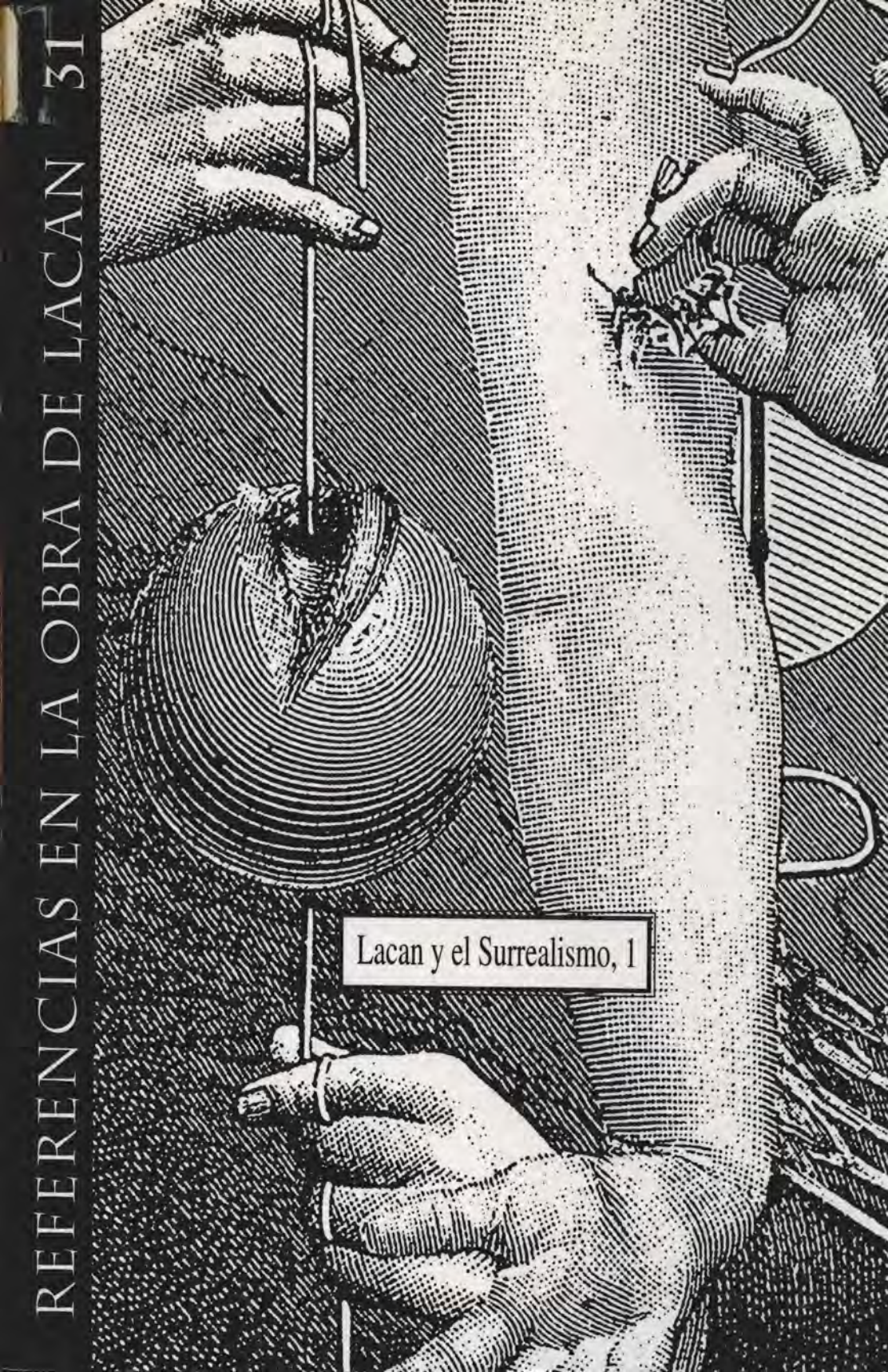
REFERENCIAS EN LA OBRA DE LACAN 31



Lacan y el Surrealismo, 1

ISSN 1514-0768

Escuela de la Orientación Lacaniana
BIBLIOTECA
Nº 10.906
001

Referencias en la obra de Lacan

0026

"Referencias en la Obra de Lacan" es una publicación cuatrimestral, propiedad de la Fundación Casa del Campo Freudiano.

ISSN 1514-0768

Directora Responsable
Verónica E. Carbone

Directora editorial
Diana Etinger de Alvarez

Directora adjunta
Alicia Bendersky

Comité editorial y de redacción
Diana V. de Indart
Delfín Leguizamón (coordinación operativa)
María Pascual

Diseño:
Horacio Wainhaus

Producción editorial
Factoría Sur
Guatemala 4294
1425BUC Buenos Aires, República Argentina
T.E. 4867-3763
e-mail: wainhaus@interlink.com.ar

Correspondencia
Riobamba 911 PB
Buenos Aires
República Argentina
e-mail: etinger@sinectis.com.ar
http://www.russell.com.ar/referlac.htm

"Referencias en la Obra de Lacan", Año VIII, Número 31, agosto 2003.
Hecho el depósito de la Ley 11.723. Registro de la propiedad intelectual N° 939824
Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

Cubierta: Max Ernst (1891-1976). Ilustración de cubierta para *Répétitions*, de Paul Eluard. *Cliché* realizado a a partir de un collage original.

"Mr. Brouwer me ha rogado referirme al texto de Desarges para percibir la importancia que las referencias de Desarges podían tener para Pascal; lo que cambiaría todo el sentido de su obra."

Jacques Lacan, *Seminario "El objeto del psicoanálisis"*.

Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos *y* Seminarios *es una parte ineludible de ese ejercicio apasionante que es trabajar con la teoría lacaniana.*
Lacan toma lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco imposible)
La investigación de estas fuentes constituye un paratexto imprescindible para acceder a la enseñanza de Lacan.
El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la edición de referencias que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica —en el sentido textual y contextual— el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que ésta es utilizada.
En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.

Como siempre, cada número de Referencias... *nos hace viajar. Lacan nos lleva por rutas inesperadas. Esta vez nos aproxima a lo*

que fue una de sus vías de acceso al psicoanálisis: el Surrealismo, movimiento que junto con sus críticas estuvo presente en cada tramo de su enseñanza.

El punto de partida de este número fue una antigua obsesión de algunos miembros de Referencias*...: los fotogramas de las películas que cita Lacan. Años atrás, Ana Meyer había ubicado aquel material. Y cuando diseñamos este* Referencias*... la elección recayó, por azar, en los fotogramas de* El perro andaluz*. De esta forma comenzó la "serie Buñuel", sin saber lo que esta referencia de Lacan nos deparaba.*

La pesquisa sobre El perro andaluz *nos llevó a Mario Pellegrini cuyos títulos bastan para saber a quién dirigirse cuando del Surrealismo se trata. Nos confió sus joyas. Sin éstas, los resultados de la investigación sobre Buñuel, (las láminas, ¡¡¡los fotogramas!!!!, el guión en francés, numerosa bibliografía) hubieran sido otros. En suma, gracias a él pudimos pasar de* El perro andaluz *a* Un chien andalou.

Otro editor, esta vez el de Referencias*... contribuyó, como lo hace más de una vez, con un autor, Jenaro Talens, que ustedes encontrarán a cada paso cuando recorran la bibliografía y las notas. Con el aporte de Horacio Wainhaus se aclaró más de una cuestión en torno a esta referencia de Lacan.*

Last but not least, *nuestra querida corresponsal en el extranjero, Pilar Altinier, miembro honorario de* Referencias*... consiguió y nos envió el prefacio para* Justine escrito por *Jean Paulhan —inhallable entre nosotros— que en una carrera contra el tiempo, y contra la censura, logramos traducir.*

Finalmente, les dejamos a nuestros lectores la tarea de resolver el enigma que encontrarán en las páginas que siguen.

"...la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los hombres más selectos de los pasados siglos que fueron sus autores, y hasta una conversación estudiada en la que no nos descubren más que sus mejores pensamientos..."

"Porque conversar con los hombres de otras épocas es casi lo mismo que viajar; es conveniente conocer algo de las costumbres de diversos pueblos..."

Descartes, *Discurso del método*, I

Cuando comienza un nuevo siglo, y también el segundo siglo del psicoanálisis, permanecen las referencias de Lacan en esa conversación que trasciende el tiempo y a la que Lacan nos invita en cada una de sus páginas.

La Fundación del Campo Freudiano fue creada por Lacan en 1979. Ese nombre ya tenía una historia, incluso una trayectoria.

Uno de sus momentos fue, en 1974, cuando el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Vincennes pasó a llamarse, por voluntad de Lacan, "El Campo Freudiano de investigación sobre psicoanálisis estructural".

Su nombre mismo, "Campo Freudiano", escribe la vocación científica translingüística y transcultural del psicoanálisis.

El Campo Freudiano, en palabras de Jacques-Alain Miller "...tuvo un objetivo no segregativo sino universalizante. Se esfuerza por superar la diferencia de lenguas y la separación de nacionalidades...", y la "...Escuela es la manifestación de la esencia del Campo Freudiano. El Campo Freudiano, desde el origen iba en la dirección de la Escuela Una. Nosotros podemos hoy en día percibir que la idea de la Escuela Una estaba ya antes de ser formulada."

En el semillero de la Fundación, presidida desde 1981 por Judith Miller, nacieron varias escuelas que pertenecen a la Asociación Mundial de Psicoanálisis, (AMP).

También de la Fundación, en 1988 surgió, por iniciativa de la comisión del Campo Freudiano en Argentina, la "Biblioteca Central del Campo Freudiano", cuyo primer responsable fue Javier

Aramburu. Tres años después, en ese mismo contexto, en Buenos Aires, apareció el primer número de *"Referencias en la Obra de Lacan"*.

31

Indice

El Surrealismo, El Dr. Lacan y el efecto de creación 13

Tres cartas a André Breton 27
Sigmund Freud

Un film surrealista 33

Sade, Buñuel, Paulhan 35

Apología del crimen 37
Luis Buñuel

Analítica trascendental 41
Immanuel Kant

Buñuel 47

Buñuel y *Un chien andalou* 57

Nota preliminar al guión de *Un chien andalou* 61
Luis Buñuel

Un chien andalou 63
Luis Buñuel y Salvador Dalí

Un chien andalou. Découpage 73

La filosofía en el tocador 75
Marqués de Sade

Prefacio de *Justine* 117
Jean Paulhan

Lo sadiano 147

La encajera 151
Vermeer de Delft

Moneda gastada 153
Stéphane Mallarmé

El soneto de Rimbaud 157
Arthur Rimbaud

EL SURREALISMO, EL DR. LACAN, Y EL EFECTO DE CREACIÓN

NOTA DE *REFERENCIAS...*

> "Al producir ahora, por una vuelta atrás, los trabajos de nuestra entrada en el psicoanálisis, recordaremos desde dónde se hizo esta entrada.
> Médico y psiquiatra, habíamos introducido, bajo el membrete del "conocimiento paranoico", algunas resultantes de un método de clínica exhaustiva, del cual nuestra tesis de medicina constituye el ensayo.
> Más bien que evocar el grupo (*Évolution psyquiatrique*) que tuvo a bien dar acogida a su exposición, o incluso su eco en los medios surrealistas donde un relevo nuevo reanudó un lazo antiguo: Dalí, Crevel, la paranoia crítica y el *Clavecín de Diderot* —sus retoños se encuentran en los primeros números de *Minotaure*—, apuntaremos el origen de este interés.
> Reside en el rastro de Clérambault, nuestro único maestro en psiquiatría."
>
> *De nuestros antecedentes, Jacques Lacan*

Este es el primero de dos números de *Referencias...*, que tendrán la particularidad de reunir algunos de los numerosos textos a los que Lacan citó a lo largo de su enseñanza, y que por derecho propio o por extensión, remiten al movimiento surrealista.

Es cierto que muchas de las referencias lacanianas a estos autores, como Breton, Apollinaire, Eluard, Jarry, Queneau y muchos otros, habían sido ya publicadas en nuestra colección [1]. No obstante, la importancia que el mismo Lacan otorga a su inserción en el medio surrealista como punto de inflexión, —evidenciada en este párrafo de sus *Escritos*—, así como en muchas citas que efectuó a través de los años y que denotaban ora admiración, ora nostalgia, a veces un matiz de ironía, y otras veces de denostación, nos llevó a realizar este número, a la vez temático y heteróclito. En efecto, hemos seleccionado algunos textos cuyos autores estuvieron absolutamente inscriptos en las filas de este movimiento, pero también otros, citados por Lacan, cuya cercanía con el surrealismo fue ocasional o de antecedencia.

Del Dadá al Surrealismo

El magma histórico-social que había incubado al movimiento Dadá, es decir, el descontento y repulsión determinados por las guerras y el decadentismo burgués de fin de siglo XIX y de comienzos del XX, fue el mismo contexto histórico que finalmente desembocó en la creación del grupo surrealista, tan estrechamente vinculado con Lacan cuando empezaba a despertar el interés de éste por el psicoanálisis. [2]

Breton, secundado por Soupault y Aragón, había fundado la revista *Littérature* en 1919, la que nucleaba un entorno vanguardista de poetas y artistas plásticos [3]. Llegado Tristan Tzara a Paris, su amistad con Breton determinó el embanderamiento de este grupo con los preceptos de Dadá.

Fenómeno de corta duración, el Dadaísmo terminó siendo de alguna forma aceptado por la Cultura contra cuyas manifestaciónes había sido creado. Hasta el punto de que *La Nouvelle Revue Française* publica un *"Reconocimiento a Dadá"*, con lo cual se demuestra el agotamiento de una causa que sólo contaba con el rechazo para su existencia.

En esta etapa, el grupo de *Littérature* bulle en interrogantes acerca de los mecanismos de producción del arte. Es cuando Breton publica su ensayo *Mots sans rides*, donde discurre acerca de este tema [4]. Se centra en una frase acuñada por Rimbaud, "alquimia del verbo", con la que el mismo Rimbaud titula un escrito donde relata la composición de su famoso soneto *Voyelles*. En ese poema asigna un color a cada vocal, y realiza un intento de despojar a la palabra de su función significante. Lo implicado por Rimbaud, no es la palabra en su dimensión semántica, de diccionario, sino en esta vertiente que adoptará el surrealismo, que es el interjuego de las palabras entre sí. En *Mots sans rides*, Breton reconoce esta dimensión en las experiencias literarias de Lautréamont, Picabia, Paulhan, Eluard, en los *Caligrammes* de Apollinaire, y en *Un golpe de dados no abolirá el azar*, de Mallarmé.

Lo freudiano en Breton

El grupo de *Littérature* decide, contra la opinión de los dadaístas, dedicarse a estudiar el fenómeno del sueño, lo que configura otro punto clave determinante de la escisión y el surgimiento del Surrealismo como tal.

El vuelo que la idea de la importancia de los sueños toma entre los surrea-

listas está enraizado en la historia de Breton. Estudiante de medicina, durante los años de la Gran Guerra, Breton fue destinado como asistente en el Centro Psiquiátrico del ejército, en Saint-Dizier. Allí había escuchado hablar de Freud, ya que la llamada Psiquiatría de guerra practicaba un método cercano al de la libre asociación, a pesar de que la mayoría de los psiquiatras desconocían o rechazaban las ideas freudianas. Siendo las traducciones casi inexistentes ¿Dónde entonces, pudo Breton conocer algo de la teoría psicoanalítica de los sueños, considerando que no leía alemán? En 1914 los psiquiatras Régis y Hesnard habían presentado la doctrina freudiana en *La Psychanalyse des névroses et des psychoses*; si bien lo hacían con múltiples reservas, el joven Breton pudo tomar contacto con algunas nociones y leer dos sueños princeps: "La inyección de Irma" y "Autodidasker". Más adelante, con el acercamiento a Tristán Tzara, Breton tiene la oportunidad de conocer al Doctor Maeder, un escritor suizo que se había ocupado de resumir algunas de las ideas de Freud al francés, como se evidencia en la carta del poeta a Tzara, fechada el 12 de 1919. Esos resúmenes, a pesar de sus severas limitaciones, hicieron las ideas de Freud bastante accesibles, de modo que lemas y frases tomados de sus escritos se introdujeron en algunos circuitos intelectuales franceses." [5]

Varios años después, el poeta acudía a la *Bergasse 19*, para conocer personalmente al creador del Psicoanálisis y lograr interesarlo en el movimiento, para lo cual tuvo que esperar su turno entre los pacientes. Fue entonces escuchado por el vienés con distraída impaciencia, y despedido con una frase banal, que evidenciaba el mayor desinterés. [6]

Pocos meses más tarde, en Marzo de 1922, el poeta publica el número de *Littérature* en el que aparece *Interview du Professeur Freud*, compuesto por algunas notas acerca de dicho desencuentro, notas cuya ambigüedad denotan tanto la admiración y honestidad intelectual de Breton, cuanto su herida y decepción ante la indiferencia del maestro. En futuras correspondencias, se verán algunas derivaciones de esta decepción [7] En la misma publicación, Breton había incluído tres estenografías de sueños, planteando así un modelo de trabajo a sus camaradas, quienes retomarán este hilo después de un lapso de cierta deriva y experimentación, sobrevenida luego de la ruptura con Dadá.

Sin embargo, su confianza en los descubrimientos del psicoanálisis será siempre sostenida, aún en los años de la radicalización política del surrealismo, período que llevó a grandes discusiones con los postulados del psicoanálisis.

Escuela de la Orientación Lacaniana
BIBLIOTECA
N.°

El Surrealismo manifiesta o el inconsciente como creador

En 1924 Breton establece los principios fundamentales del nuevo movimiento, con la publicación del *Manifiesto Surrealista*, promulgando la libertad de la imaginación, que debe ser rescatada del efecto aniquilador de la vida utilitarista contemporánea.

Allí celebra explícitamente las teorías freudianas, que serían para él las llamadas a reestablecer los derechos a la libertad del pensamiento, sin la cual no hay creación artística posible: "La imaginación está, tal vez, a punto de retomar sus derechos", y, en feroz denuncia de la convencionalidad burguesa, sustenta las bretonianas razones que culminan con la creación de nuevos métodos para abrir el camino a la libertad de la imaginación. Es entonces cuando propone la asociación libre como base de la creación literaria, creando lo que llama "escritura automática".

En este texto fundamental es donde, y en homenaje al recientemente fallecido Guillaume Apollinaire, —quien había calificado con ese nombre su obra de teatro *Las Tetas de Tiresias*— [8], denomina Surrealismo a todo aquel producto artístico creado a partir de la puesta en práctica de este método. Como sabemos, Breton define al hecho surrealista así:

"Automatismo psíquico puro por el cual se propone expresar, sea verbalmente, sea por escrito, sea de cualquier otra manera, el funcionamiento real del pensamiento.

Dictado por el pensamiento, en ausencia de todo control ejercido por la razón, fuera de toda preocupación estética o moral." [9]

Como corolario de este texto, el surrealismo se propone diseñar sus propios medios e instrumentos para garantizar la libertad de la imaginación, ya que los caminos anteriores aparecen viciados de convencionalidad, y por lo tanto, nada garantizan en cuanto a captar el inconciente sin censura. "Escritura automática", "cadáveres exquisitos", "el sueño hipnótico", "el sueño tóxico", técnicas en pintura como el *collage* y el *frottage* son algunos de estos instrumentos.

De aparición más tardía, y aportando a la fenomenología del encuentro, el "azar objetivo", implica coincidencias y aproximaciones inesperadas. Arriesgado intento de unir las teorías de Engels y de Freud, impregna obras como *Nadja*, en donde la magia del azar alcanza su punto más alto y *Los vasos comunicantes*, donde Breton teoriza sobre esta noción.

Uno de los medios más característicos es la concepción surrealista del amor, más tarde denominada "amor loco" por Breton, que lo definirá co-

mo un darse absoluto de un ser a otro, sólo posible en la reciprocidad. Adoptada por todo el grupo, teñirá de manera específica sus producciones. La aparición del *Manifiesto Surrealista* brinda una fisonomía más definida al movimiento y determina la aglutinación de otro gran número de representantes de la vanguardia artística, entre ellos Michel Leiris, André Masson, Antonin Artaud, Raymond Queneau, y muchísimos otros, quienes se agregan al grupo originario de *Littérature*.[10]

Es importante señalar que el corpus del *Manifiesto Surrealista* incluye también dos listados donde Breton considera el hecho surrealista como un acto. En estos listados diferencia a los verdaderos surrealistas, que habrían hecho "...acto de Surrealismo Absoluto",[11] del grupo de los precursores, imbuídos *avant la lettre* del espíritu que más tarde caracterizaría al Surrealismo, como De Nerval, Rimbaud, Lautréamont, Dante y Shakespeare, y otros tantos, cuya aproximación establece a través de un rasgo definitorio. [12]

La inclusión de Sade en el listado se relaciona con Apollinaire, amigo y mentor de los jóvenes que se nucleaban en *Littérature*, quien con su obra *El divino marqués* impulsó una nueva lectura de sus textos políticos, donde rescata lo sadiano como una iconoclastia revolucionaria que se proyecta más allá de su mitografía negra, arremetiendo contra la moral sexual y la religión, como en *Idea sobre el modo de sanción de las leyes...*, o como en *Franceses, un esfuerzo más si quereis ser Republicanos.* [13]

Pero el Surrealismo como concepción del arte comenzó centrándose en lo literario. En el *Manifiesto Surrealista* sólo encontramos una nota a pie de página aludiendo las artes visuales. Allí dice:"Podría decir otro tanto de algunos filósofos y de algunos pintores, no citando entre estos últimos más que a Uccello en la época antigua, y, en la época moderna, no más que a Seurat, Gustave Moreau, Mattisse (por ejemplo, en *La Música*), Derain, Picasso (con mucho, el más puro), Braque, Duchamp, Picabia, Chirico (tan admirable desde hace tanto), Klee, Man Ray, Max Ernst y, tan cerca nuestro, André Masson." [14]

Dos años más tarde, en *Génesis y perspectiva artística del Surrealismo*, intenta definir las vías que debe transitar el pintor surrealista para plasmar imágenes oníricas: automatismo y *trompe l'oeil*. Si nos remitimos a la tesis de Dawn Ades, aquí radicaría una de las razones determinantes por las cuales los pintores, a excepción de algunos íntimos amigos como Masson y Max Ernst, se mantuvieron a media distancia del núcleo surrealista: el rígido control que Breton quería ejercer sobre todo lo que acontecía en su

entorno, resulta para algunos de ellos una experiencia paradójica: la búsqueda de libertad que constituía la premisa del Surrealismo, terminaba aherrojada en un sistema de normas. [15]

Dalí y la paranoia crítica

Salvador Dalí, quien se acerca al movimiento recién en 1928, año en que colaboró con Buñuel en el proyecto del film *Un Chien andalou* [16], secundó al cineasta aragonés en su deseo de construir una obra en la cual, (de acuerdo a los preceptos del *Manifiesto Surrealista),* todo fuera válido si de lo que se trata es de obtener la impetuosidad en el flujo de las asociaciones.

Dalí, que ya a partir de principios de los '20 pintaba imágenes oníricas, había conocido a Freud por intermediación de Stefan Zweig, y habría causado en el vienés una muy grata impresión, como se deduce de la carta de agradecimiento que el creador del Psicoanálisis le escribe al novelista: "Es preciso darle las gracias a usted... hasta entonces, los surrealistas, que al parecer me han elegido como su santo patrón, me parecían unos locos integrales. El joven español, con sus cándidos ojos de fanático y su innegable maestría técnica, me ha incitado a reconsiderar mi opinión...".

Freud le escribe al mismo Dalí: "No es el inconsciente lo que busco en sus pinturas, sino lo consciente. Si bien en las pinturas de los maestros (Leonardo o Ingres) lo que me interesa, lo que me parece misterioso e intrigante es precisamente la búsqueda de ideas inconscientes, de orden enigmático, escondidas en la pintura. Usted presenta el misterio directamente. La pintura no es más que un mecanismo que se revela a sí mismo." [17]

Freud había tocado el punto que tantas asperezas iba a determinar en la relación Dalí-Breton.

En efecto, La "paranoia crítica", noción creada por Dalí en 1929, y a la que considera su método de produción original, se basaba en la idea de dirigir y sistematizar el delirio.

En uno de sus artículos, expresa que toda su ambición en el terreno pictórico consiste en materializar imágenes de la irracionalidad concreta que no podrían explicarse por la lógica ni por los mecanismos racionales. Es aquí donde se sitúa el nudo conceptual de la polémica Breton-Dalí. En su ensayo *Los vasos comunicantes*, Breton discute las ideas de Dalí, ya que considera que cuando el contenido latente se manifiesta deliberadamente, tal

como es explícito en el método paranoico-crítico, queda anulado el shock para el espectador. Para los surrealistas, más cercanos al pensamiento freudiano, la magia y poesía del sueño era la de ocultar significaciones latentes, que sólo podrían ser reveladas mediante asociaciones de cada soñador, logradas por medio del análisis.
Un cuadro del catalán, representando los sueños que lo invaden, y cuyo protagonista es Hitler, agrava las divergencias con Bretón, ya que en el mismo, el dictador era representado de manera idealizada. En *Confesiones Inconfesionables*, Dalí escribe: "Hitler se me aparecía siempre en mi fantasía transformado en una mujer, y aquella carne hitleriana, comprimida bajo la guerrera militar, suscitaba en mí tal estado de éxtasis...". En *Diario de un genio* realiza una auto-apología, en la que trata de establecer que su obsesión hitleriana era estrictamente paranoica y apolítica en su esencia. Por fin, su separación final del grupo se produce recién en 1941, luego de su escandaloso viaje a Estados Unidos.
Como veremos más adelante, su contacto con Lacan se había producido alrededor de 1930.

Crevel y El clavecín de Diderot

Resulta difícil hablar de Crevel disociándolo de la radicalización política del Surrealismo.
Su suicidio, en junio de 1935, fue percibido por varios comentaristas como el resultado de la síntesis creveliana imposible de alcanzar: un sujeto desgarrado entre sus conflictos y su momento histórico.
Siempre estuvo convencido que el Surrealismo era lo que podría cambiar la mentalidad burguesa con eficacia, si bien no acuerda con la totalidad de sus métodos e instrumentos: en muchos de sus artículos declara su escepticismo acerca de las posibilidades del método de escritura automática para dar cuenta con justeza de los fenómenos inconscientes. En cambio, sí cree en las posibilidades intrínsecas del arte de la escritura para recomponer por sí mismo aquellos estados oníricos que fascinan a los surrealistas. Desde esta perspectiva, escribe dos novelas experimentales: *Babylone* y *¿Etes-vous fous?* , donde visita el imaginario infantil e intenta plasmar el universo del sueño.
Sus obras anteriores, de corte autobiográfico rendían cuenta de su difícil infancia, de su bisexualidad y sus incertidumbres, como la primera *Dé-*

tours, (1924), *Mon corps et moi*, (1925), y *La mort difficile* (1926).
A partir de 1929, vuelve a acercarse al grupo a medida que crece el compromiso político del mismo, participando enfervorizadamente en todas sus actividades.
Se dedica desde entonces sólo a la ensayística, escribiendo multiplicidad de ardientes panfletos, artículos y ensayos, y fundamentalmente en *Surréalisme au service de la Révolution*, de aquí en adelante *SASDLR*, que es la nueva y más politizada revista con la que el grupo de Breton reemplaza en esta etapa a la publicación anterior, *La Révolution Surrealiste*. Así como ésta había paliado la desaparición de *Littérature*, a partir de diciembre de 1924, presentando una excelente semblanza de esos tiempos "heroicos" del Surrealismo: relatos de sueños, escritura automática, encuestas y numerosos textos revolucionarios, la *SASDLR*, desde Julio de1930, representa la decisión surrealista de alinearse bajo la bandera del proletariado para poder jugar un rol en el seno mismo del movimiento comunista.

En 1932 *El clavecín de Diderot*, (*Éditions Surrealistes*), obra citada por Lacan en el fragmento de *Escritos I*, es un largo ensayo donde Crevel ataca todas las manifestaciones sociales de una mentalidad que desprecia y que impregna la Iglesia, la familia, la enseñanza, la moral burguesa y su concepción dominante de las relaciones amorosas, el colonialismo y el capitalismo. Según Gérard Durozoi, el bagaje conceptual de Crevel resulta de la poco habitual unión de varias líneas de pensamiento: un materialismo a la Diderot, la dialéctica marxista, el psicoanálisis y el Surrealismo. [18] Esta obra aparece con algunos meses de diferencia a la publicación por Breton de *Los vasos comunicantes*, (*Éditions des Cahiers Libres*), en 1932. Ambos aparecen simbolizando la voluntad perdurable del Surrealismo de luchar contra la burguesía eligiendo el materialismo dialéctico, y un conjunto de proposiciones concernientes a la evolución del pensamiento revolucionario. Este pensamiento, según la posición de los surrealistas, debe enriquecerse *sine qua non*, con préstamos del psicoanálisis y con la continuación de las investigaciones sobre el sueño. [19] Se abre así un debate surrealismo-psicoanálisis en el que Crevel tiene un rol protagónico, como veremos más adelante.

En junio de 1935, el escritor (que había sufrido varias internaciones por tuberculosis pulmonar), prepara el *Congreso Internacional para la defensa de la Cultura*. En ese momento, recibe los resultados de los análisis que

diagnostican una tuberculosis renal. Igualmente, libra una verdadera batalla para lograr que el Congreso, ligado al Partido Comunista, no les retire la palabra a los surrealistas, como lo exige Ilya Ehrenburg, su secretario general. Hace de intermediario entre Breton y el Comité. El 17 a la noche, pierde las esperanzas de lograrlo: los surrealistas no podrán expresarse en el Congreso.
Esa misma noche, Crevel se suicida.

Los poderes creadores de la locura

Los poderes creadores de la locura habían sido exaltados desde la publicación del *Manifiesto Surrealista*, ya que partiendo de la legitimación del delirio éste quedaba equiparado al sueño. La feroz crítica que emprendió el Surrealismo contra el rol totalitario del psiquiatra, formaba parte de la defensa que realizaba del alienado y de su rol en la sociedad.
Cuestionada como estaba la psiquiatría oficial en los medios surrealistas, el psicoanálisis tampoco escapaba a su crítica. Como lo habíamos mencionado anteriormente, si esta disciplina ocupaba un lugar tan fundamental en su ideario, tenían el propósito de debatir con el psicoanálisis hasta resolver la antinomia que separaba marxismo y freudismo.
El más psicoanalizado, y a la vez más ardientemente comprometido en la discusión, Crevel, en *Notes en vue de une psycho-dialectique*, hace un llamamiento al Psicoanálisis, pidiéndole que pase a un estadio superior de su evolución. Según sus palabras, la tesis sería la conciencia, y la antítesis el inconsciente, por tanto el individuo sería igualmente tironeado por ambas instancias de su dualismo psíquico. Es allí donde concreta su llamamiento:"Pero, ¿Qué joven psicoanalista tomará la palabra?" [20]

Cuando Crevel, junto con Paul Éluard leyeron la tesis de Lacan, *Le cas Aimée, ou la paranoïa d'auto-punition*, tuvieron la evidencia de que este llamamiento había tenido su respuesta. Su deslumbramiento se asentaba tanto en el sesgo literario de los escritos de su paciente, como en la concepción de la paranoia presentada por el joven psiquiatra.
Lacan realizaba allí treinta y dos observaciones de *Aimée*, puntualizando los momentos prolíficos de la creación en una paciente a la que observaba de manera profundamente original. Según Alexandrian, a pesar de que ninguno de sus biógrafos recogió este dato, cuando Lacan escribió su tesis era

asiduo lector de *SASDLR*: "...en la cual estudiaba, desde hacía un año, los lazos entre paranoia y creación poética." [21]

Ciertamente, el "caso *Aimée*" hacía centro en aquello que constituía el núcleo de las preocupaciones surrealistas :" ...apropiarse del lenguaje de la locura y cuestionar la oposición de la razón y la sinrazón, demostrar que la locura es la manifestación de una libertad absoluta y, por fin, interrogar el grado de inconsciencia que manifiesta." [22]

El joven psiquiatra, que en 1931 había publicado en los *Annales médicales*, *Ecrits inspirés: schyzographie*, artículo centrado en las facultades poéticas de los psicóticos, ya entonces las consideraba desde una perspectiva opuesta al desprecio con que la psiquiatría oficial contemplaba toda aquella producción. Subrayaba su notable valor poético y sus méritos estéticos, en un texto que enlaza "...simultáneamente el automatismo de los surrealistas y la primera concepción lacaniana del lenguaje." [23]

El nombre de Clérambault, "...mi único maestro en psiquiatría", galardón lacaniano que recortamos en el párrafo-encabezamiento de esta nota, ha conseguido una especie de celebridad *aprés coup*, ya que no se trata de un psiquiatra que por sí mismo haya hecho escuela. [24] La noción de automatismo, tan presente en la psiquiatría de la época, y cuya referencia más habitual era *L'Automatisme psychologique*, de Pierre Janet, editado en 1889, fue la noción fundamental que articuló toda la trayectoria de Clérambault. Este consideraba la existencia de una serie de etapas que atraviesa el "pensamiento que se torna extranjero", ya que se produce una evacuación del sujeto que constituye para él el detonante del curso de la psicosis. Llega a transformar el automatismo en su principio causal. Pensamiento anticipado, enunciación de los actos, tendencia a los fenómenos psicomotrices, impulsión verbal, son las categorías descriptivas de este cuadro. Para Clérambault, el automatismo es un fenómeno que se desarrolla como un parásito, determinado por la constitución cerebral o por fallas fisiológicas, no localizables. [25] Lacan, en su tesis psiquiátrica, postula algo totalmente distinto, por apologética a Clérambault que resulte su cita. Su noción se aproxima al todo de la personalidad, otorgando un lugar de gran importancia a la historia familiar y al medio social. Este punto de vista, dice: " nos opone a los teóricos de la constitución llamada paranoica tanto como a los partisanos del núcleo de la convicción delirante, que sería un fenómeno de automatismo mental." [26]

Sin embargo, su fidelidad al maestro se reconfirma unos años más tarde:

si nos detenemos en "Acerca de la causalidad psíquica", *Escritos I*, de 1946, veremos precisarse todavía el reconocimiento de Lacan. Allí dice: "Clérambault fue mi único maestro en la observación de los enfermos...", y "Pretendo haber seguido su método en el análisis del caso de la psicosis paranoica que constituyó el objeto de mi tesis..."

Lacan, que ya había profundizado muchos textos freudianos, en muchos casos en alemán, fue invitado a participar en la nueva revista de ideas que devino, junto con *SASDLR*, en órgano oficial del Surrealismo: *Le Minotaure*. Allí, en sus números 1 y 3/4 , aparecieron sendos trabajos del psiquiatra. [27] Sus patrocinadores en el grupo fueron justamente los dos artistas mencionados en el párrafo de "De nuestros antecedentes" que encabeza esta Nota: René Crevel y Salvador Dalí, quienes mantenían una relación de colaboración estrecha y amistosa entre sí, a pesar de sus divergencias en el compromiso político.

Si quisiéramos definir el entrañable encuentro de Lacan y el Surrealismo eligiendo una de sus múltiples referencias, no podemos dejar de lado aquella de *El Seminario, Libro 11*, en la lección donde recita un poema de *Le fou d'Elsa*, de Aragon, *Contre-chant*, ya que el comentario que la acompaña dice: "En esta obra, estoy orgulloso de encontrar el eco de los gustos de nuestra generación, lo que hace que esté forzado a dirigirme a los camaradas de mi misma edad, para poder aún entenderme en este poema...". Nótese que no dice *entender este poema*, sino "*entenderme en este poema*", donde la enunciación misma alude a lo especular, a su identificación con los surrealistas, que parecería impregnar de nostalgia esta formulación.
Si bien nos hemos centrado en los trabajos psiquiátricos de Lacan, en su período de inflexión hacia el psicoanálisis, la fascinación de éste por la poesía surrealista podría atribuirse también a los efectos de sus lecturas freudianas, en las que se encontraba hermanado con estos poetas. Breton inventó su "escritura automática" como una audaz transposición de la asociación libre a la producción poética. La metáfora poética entonces, se constituye por asociación de términos, tal como se enuncia en el *Manifiesto Surrealista*, donde la "chispa" brota del mero acercamiento de dos palabras. Breton ya lo había teorizado, como lo hemos visto, en *Mots sans Rides*, acerca de la poética de Rimbaud. Lacan, como se desprende de los textos psiquiátricos, tomaba al lenguaje poético, podríamos decir prematuramente, como ejemplificación de la supremacía del lenguaje, aún cuan-

do recién en 1953, con *Función y campo...*, instalará la supremacía del lenguaje en lo Simbólico.

A medida que evoluciona el desarrollo de su teoría, Lacan comienza a discutir los temas del Surrealismo y la poesía de manera más crítica, sobre todo a partir de la articulación del inconsciente a la lingüística . En "La instancia de la Letra...", al reformular las leyes del inconsciente, con las viejas figuras de estilo metáfora y metonimia, Lacan discute la idea de metáfora con la que acordaba otrora, y dice, refiriéndose a la escuela surrealista: "Ciertamente, esta posición radical, se funda sobre una experiencia dicha de la escritura automática, que no habría sida intentada sin la seguridad que sus pioneros tomaban del descubrimiento freudiano. Pero queda marcada de confusión porque la doctrina en eso es falsa."

En efecto, Lacan retoma la "chispa poética" del *Manifiesto Surrealista*, pero para transmutarla en su nueva fórmula de la metáfora, por cuanto esa chispa poética no surgiría de la aproximación de dos imágenes, sino de dos significantes, habiendo uno de ellos sustituído al otro, "tomando su lugar en la cadena significante, permaneciendo presente el significante oculto en su conexión (metonímica), al resto de la cadena. [28]

De aquí en más, lo multifacético de las citas lacanianas relacionadas con el Surrealismo a lo largo de su enseñanza, nostálgicas, críticas o detractoras, van dando cuenta de los diversos virajes en la construcción de su teoría. Engarzadas preciosamente a lo largo de la misma, cumplen la función de orientarnos en el camino del desciframiento [29] a que nos llevan sus textos.

NOTAS

1. Listado de textos de autores pertenecientes al movimiento surrealista o considerados como tales, ya publicados por *Referencias...*:

—Apollinaire, G., *Las tetas de Tiresias* y *El encantador pudriéndose*. N° 8 y 10.

—Aragon, L., *El loco por Elsa* . N° 19.

—Breton, A., *El amor loco*, cap. I (La belleza será convulsiva...), en N°14, y cap.V, en N°6. En el N° 26, su artículo *Faro de la Novia*, acompaña a *El gran vidrio*, de M., Duchamp.

—Eluard, P., *Los pequeños Justos* en N° 3 y *El duro deseo de durar*, en N° 27.

—Jarry, A., *Ubú Rey*, (fragmentos), en N° 7.

—Duchamp, M., *El gran vidrio, (La mariée mise à nu par ses célibataires même)* y algunos pasajes del libro Notas, en N° 26.

—Mallarmé, S., *Rondels*, en N° 17.

—Masson, A., *Eros y Psyché*, en N° 21.

—Picasso, P., *El deseo atrapado por la cola*, N° 18, y el artículo *No busco, encuentro*, en los N° 4-5.

—Queneau, R., *Siempre somos demasiado buenos con las mujeres*, N° 29.

—Sade, Marqués de, "Sistema del Papa Pío VI" de *Juliette*. N° 1.

2. Dadá tuvo su origen en Zürich, en 1916. El grupo joven de pintores y poetas que se habían refugiado en Suiza, territorio que permaneció neutral, y se aglutinaban en el histórico *Cabaret Voltaire* incluía a Tristán Tzara, Richard Huelsenbeck, Hans Arp, Hugo Ball y Emmy Hennings. Las variadas manifestaciones que tenían lugar en ese café literario se volcaban a lo absurdo y a lo experimental, intentando fundamentalmente generar una reacción, una oleada de agitación y escándalo. Su punto de mira era hacer *tabula rasa* con la cultura occidental, con su arte y su literatura (N. de R*eferencias*...).

3. Aragon, Soupault, Eluard, Ribbemont-Dessaignes, Benjamin Perét, son algunos de los nombres que reunidos en *Littérature*, pasaron a formar parte de Dadá, y luego, una vez surgidas las notas que los separaron tajantemente, resultaron integrantes del surrealismo. Así como algunos de los artistas plásticos fueron Max Ernst, Duchamp y Hans Arp (Nota de *Referencias*...).

4. Allí escribe: "Ruego al lector a atenerse provisioriamente a estos primeros testimonios de una actividad que todavía no se sospechaba. Somos varios a otorgarle una importancia extrema. Y que se comprenda bien que decimos "juegos de palabras" cuando son nuestras más seguras razones de ser las que están en juego. Las palabras, por otra parte, han terminado de jugar. Las palabras hacen el amor." *Littérature, 2e série*, n°7 (diciembre 1922).

5. Citado por el académico Jack Spector en *Las ideas estéticas de Freud*. Timerman Editores, Buenos Aires, 1976.

6. Ver Alexandrian, Sarane, *Le Surréalisme et le rêve*. Paris, Ed. Gallimard, 1974.

7. Ver en este mismo número de *Referencias*..., las tres cartas de Sigmund Freud que André Breton incluyó en su obra *Los vasos comunicantes*, Madrid, Ed. Joaquín Mortiz, Serie Volador, 1978. Trad. Agustín Bartra.

8. Publicado en *Referencias*... N° 8.

9. Breton, A., *Manifestes du Surréalisme*. Paris, Ed. Gallimard, 1963. Reeditado a partir del volumen colectivo de *Éditions Jean-Jacques Pauvert*, de 1929.

10. En el mismo año, 1924: "Miró, Masson y los jóvenes escritores que se aglutinaban alrededor de Masson: Michel Leiris, Antonin Artaud y Georges Limbour, ya

formaban parte del movimiento surrealista; estaban integrados en una 'comunidad moral', como la describe Leiris. Dawn Ades: *El Dadá y el Surrealismo*. Barcelona, Ed. Labor, 1975.

11. "Han hecho acto de SURREALISMO ABSOLUTO MM. Aragon, Baron, Boiffard, Breton, Carrive, Crevel, Delteil, Desnos, Eluard, Gérard, Limbour, Malkine, Morise, Naville, Noll, Péret, Picon, Soupault, Vitrac". *Manifiesto Surrealista, op. cit.*

12. Algunos ejemplos, extraídos del *Manifiesto Surrealista:*

Sade es surrealista en el sadismo.

Chateaubriand es surrealista en el exotismo.

Desbordes-Valmore es surrealista en amor.

Poe es surrealista en la aventura.

Mallarmé es surrealista en la confidencia.

Rimbaud es surrealista en la práctica de la vida y en otro lugar.

13. Ver: "El sistema del Papa Pio VI" en *Referencias... Nº 1*, y en este mismo volumen nota editorial *La filosofía en el tocador*, "Franceses, todavía un esfuerzo...", "Prefacio de Paulhan", y la nota *Lo sadiano*.

14. *Manifiesto Surrealista, op. cit.*

15. Dawn Ades, *ibid.*

16. Ver guión en este número de *Referencias...*

17. Correspondencia Freud-Zweig-Dalí.

18. Durozoi, Gérard: *Histoire du Mouvement Surrealiste*. Paris, Hazan, 1997. (trad. de *Referencias...).*

19. Alexandrian, S., *op. cit.* (trad. de *Referencias...*).

20. Alexandrian, S., *op.cit.* (trad. de *Referencias...*).

21. Alexandrian, S., *op.cit.* (trad. de *Referencias...*).

22. Tlatli, S., *Le psychiatre et ses Poétes*. Paris. *Éditions* Sand, 2000, *op. cit.*

23. Alexandrian, S., *op.cit.* (trad. de *Referencias...*).

24. Tlatli, S., *op. cit.* (trad. de *Referencias...*).

25. Tlatli, S., *op. cit.* (trad. de *Referencias...*).

26. Lacan, J., *De la psychose paranoiaque...*, citado en Soraya Tlatli, *op. cit.*

27. "*Le problème du style et la conception psychiatrique des formes paraniaques de l'expérience*" *Le Minotaure*, 1, 1933 y "*Motifs du crime paranoiaque: Le crime des soeurs Papin*", *Le Minotaure, 3/4*, 1933.

28. Lacan, J., *L'instance de la lettre dans l'inconscient, Ecrits*, Paris, Editions Du Seuil, 1966.

29. Acerca del desciframiento, ver la nota editorial en este mismo número de *Referencias...* titulada *Un chien andalou.*

TRES CARTAS A ANDRÉ BRETON

SIGMUND FREUD

Viena, 13 de diciembre 1932

Estimado señor:

Tenga la seguridad de que leeré con cuidado su librito Los vasos comunicantes, *en el que la explicación de los sueños representa un gran papel. Hasta ahora no he llegado muy lejos en esta lectura, pero si ya le he escribo es porque en la página 19 tropecé con una de sus "impertinencias"[1], la cual no puedo explicarme facilmente.*

Me reprocha usted que no haya mencionado, en la bibliografía a Volkelt, quién descubrió el simbolismo del sueño, aunque haya apropiado sus ideas. ¡He aquí algo grave, algo completamente contra mis maneras habituales!

En realidad no es Volkelt quién descubrió el simbolismo de los sueños, sino Scherner, cuyo libro apareció en 1861, mientras que el de Volkelt data de 1878. Los dos autores son mencionados varias veces en los pasajes correspondientes a mi texto y figuran juntos en el lugar donde Volkelt es designado como partidario de Scherner. Los dos *nombres están también en la bibliografía. Puedo, pues, pedir a usted una explicación.*

Para su justificación descubro en este momento que el nombre de Volkelt, efectivamente, no se encuentra en la bibliografía de la traducción francesa (Meyerson, 1926)

Muy afectuosamente,
FREUD

14 de diciembre 1932

Estimado señor:

Excúseme si insisto en el asunto Volkelt. Para usted no puede significar gran cosa, pero soy muy sensible a semejante reproche y cuando viene de André Breton me es tanto más penoso.

Le escribí ayer diciéndole que el nombre de Volkelt es mencionado en la bibliografía de la edición alemana de La ciencia de los sueños, *pero que fue omitido en la traducción francesa, lo cual me justifica y en cierta medida lo justificaba a usted igualmente, aunque hubiese usted podido ser más prudente en la explicación de este estado de cosas.* (Escribe usted: "*autor sobre quien permanece muda bastante* significativamente *la bibliografía*"). *En este caso no habría probablemente más que un olvido sin importancia del traductor Meyerson.*

Pero él tampoco es culpable. He mirado de nuevo con más precisión y he encontrado lo que sigue: de mi Ciencia de los sueños *han aparecido de 1900 a 1930 ocho ediciones. La traducción francesa fue hecha sobre la séptima edición alemana. Y he aquí que el nombre de Volkelt figura en la bibliografía de la primera, la segunda y la tercera ediciones alemanas, pero efectivamente falta en todas las ediciones ulteriores, de modo que el traductor francés no podía encontrarlo.*

La cuarta edición alemana (1914) es la primera que lleva en la portada la mención: "Con la colaboración de Otto Rank." Desde entonces Rank se encargó de la bibliografía, de la que yo ya no me ocupé más. Probablemente sucedió que la omisión del nombre de Volkelt (entre las páginas 487 y 488) le pasó por alto. En esto es imposible atribuirle una intención particular.

La utilización de semejante accidente debe ser excluída, muy particularmente por el hecho de que Volkelt no es en absoluto aquel cuya autoridad es tomada en consideración en materia del simbolismo del sueño, sino indudablemente otro que se llama Scherner, como he dicho varias veces en mi libro.

Con mi consideración distinguida,
FREUD

26 de diciembre 1932

Estimado señor:

Le agradezco vivamente su carta, tan detallada y amable. Habría podido usted contestarme más brevemente: "Tant de bruit..." Pero ha tenido usted amistosamente consideración a mi susceptibilidad particular sobre es-

te punto, que es sin duda una forma de reacción contra la ambición desmesurada de la infancia, felizmente superada. No podría tomar a mal ninguna de sus otras observaciones críticas, aunque pudiera encontrar en ellas varios motivos de polémica. Así, por ejemplo: creo que si no proseguí el análisis de mis propios sueños hasta tan lejos como el de los otros, la causa no es más que raramente la timidez en cuanto a lo sexual. El hecho es, con mucha mayor frecuencia, que hubiera tenido que descubrir regularmente el fondo secreto de toda la serie de sueños, consistente en mis relaciones con mi padre que acababa de morir. Pretendo que tenía derecho a poner un límite a la inevitable exhibición (¡así como a una tendencia infantil superada!).

Y ahora una confesión, ¡que debe usted acoger con tolerancia! A pesar de que recibo tantas pruebas del interés que usted y sus amigos tienen por mis investigaciones, yo mismo no soy capaz de aclararme qué es y qué quiere el surrealismo. Quizá no estoy hecho para comprenderlo, yo que estoy tan alejado del arte.

Cordialmente suyo,
FREUD

RÉPLICA*

ANDRÉ BRETON

Si, en la primera parte de Los vasos comunicantes, *me creí autorizado a atribuir a Volkelt y no a Scherner el mérito principal de descubrimiento del simbolismo sexual del sueño, es porque me pareció que, según el testimonio incluso de Freud, Volkelt fue históricamente el primero que colocó en el plano científico la actividad imaginativa simbólica de que tratamos aquí. La característica sexual de esta actividad había sido, en efecto, presentida hace mucho tiempo por los poetas, Shakespeare entre otros, pero la consideración de estos "márgenes ocasionales del conocimiento intuitivo", como dice Rank, no debe ocultarnos lo que pudo haber de genial en la idea de sistematización –emitida antes de Freud- que debía dar origen al psicoanálisis. "Revoltijo místico", "pomposa galimatías", tales son las palabras que encuentran uno tras otro Volkelt y Freud para apreciar la obra de Scherner. No creí, en estas condiciones, singularizarme al atribuir la responsabilidad de la orientación, de la impulsión verdaderamente científicas del problema, a Volkelt, quien,* según Freud, *"se esforzó por conocer mejor" en su naturaleza la imaginación del sueño, "por situarla después exactamente en un sistema filosófico".*

Huelga decir que nunca he atribuido a Freud el cálculo que consistiría en silenciar deliberadamente los trabajos de un hombre quien puede ser intelectualmente deudor. Una acusación de este orden correspondería mal a la altísima idea que tengo de él. Al comprobar la omisión de la obra de Volkelt en la bibliografía establecida tanto al final de la edición francesa como de una edición alemana muy anterior, cuanto más recordé el principio según el cual "en todos los casos *el olvido es motivado por un sentimiento desagradable". Según mi sentir, no podía tratarse ahí más que de un acto* sintomático *y debo decidir que la agitación manifestada en esto por Freud (me escribe dos cartas con algunas horas de intervalo, se disculpa vivamente, echa su culpa aparente sobre alguien que ya no es ami-*

*. Esta réplica es la carta que Breton dirige, no a Sigmund Freud, sino a los lectores de su libro *Los Vasos Comunicantes*, editado por Joaquin Mortiz, en la "Serie Volador". México, 1978. Traducción de Agustín Bartra.

go suyo... ¡para terminar alegando a favor de éste el olvido inmotivado!) no es a propósito para hacerme apartar de mi impresión. El último párrafo de la tercera carta, en el que se manifiesta, a doce días de distancia, el deseo (muy divertido) de devolver golpe por golpe,[2] me confirma más en la idea de que toqué un punto bastante sensible. " la ambición desmesurada de la infancia", ¿está en Freud, en 1933, tan "felizmente superada"? El lector juzgará si, por otra parte, conviene dejar de lado las reticencias paradójicas del autoanálisis en La ciencia de los sueños *y el notable contraste que ofrece, desde el punto de vista de contenido sexual, la interpretación de los sueños del autor y el de los otros sueños que se hace relatar. Sigue pareciéndome que en semejante dominio el temor del exhibicionismo no es una excusa suficiente y que la investigación de la verdad objetiva por sí misma exige ciertos sacrificios. El pretexto invocado — el padre de Freud murió en 1896— aparecerá por otra parte, aquí, tanto más precario cuanto que las siete ediciones de su libro que se han sucedido desde 1900 han proporcionado a Freud todas las ocasiones deseables de salir de su reserva de entonces o, cuando menos, de explicarla sumariamente.*

Quede bien entendido que, aunque se las oponga, esas diversas contradicciones que se encuentran hoy aun en Freud no debilitan en nada el respeto y la admiración que le tengo, sino que más bien dan testimonio, a mis ojos, de su maravillosa sensibilidad siempre despierta y me aporta la valiosísima prenda de su vida.

1933
A. B.

"¿Quién tendrá todavía la ingenuidad de contentarse, en cuanto a Freud, con esa figura de burgués tranquilo de Viena que dejó estupefacto a su visitante André Breton por no aureolarse con ninguna obsesión de Ménades? Ahora que sólo tenemos su obra, ¿no reconoceremos en ella un río de fuego, que no debe nada al río artificial de François Mauriac? "

Jacques Lacan, "La dirección de la cura..."§19, 1958. *Escritos 2*

NOTAS

1. Alusión a la dedicatoria que acompañaba el ejemplar de *los vasos comunicantes* que le había enviado.
2. "Detrás de todo eso hay el pequeño Sigmund que se defiende: 'Lo he tirado al suelo porque él me tiro al suelo'" (Fr. Vittels: *Freud).*

UN FILM SURREALISTA

Durante el desarrollo de *El Seminario* "La identificación", en la lección del 21 de febrero de 1962, Lacan habla de "ese personaje de un film surrealista, muy conocido, que se llama *Un chien andalou*, imagen que es la de un hombre que, ayudado por dos cuerdas arrastra tras de sí un piano sobre el cual reposan —sin alusión— dos asnos muertos..."

Reproducimos los fotogramas correspondientes a dichas escenas, cuyos planos se encuentran en el *découpage* ubicado al final del guión.

"...dos hermanos maristas..."

"...dos magníficos pianos de cola... llenos de carroñas de asnos..."

"...una gran cabeza de asno apoyado sobre el teclado..."

SADE, BUÑUEL, PAULHAN

NOTA DE *REFERENCIAS...*

"Mehr Licht"

La disciplina de trabajo adoptada por *Referencias...* es fiel, tanto al "No busco, encuentro" como al "No encuentro, busco" [1]. Por lo tanto lo habitual es que nos sorprendan nuestros propios hallazgos. Sin embargo hay hallazgos más inesper!dos que otros y entendemos que cuando esto sucede, el interés de estos documentos no puede escapar a nuestros lectores. El encuentro, en esta oportunidad, fue con ciertas referencias que Lacan destaca de manera poco común: ese texto "que... es el único cuya lectura les recomiendo expresamente" remite a Sade. También cuando nos advierte que "un texto como este no puede sernos indiferente". Entonces no nos queda mas remedio que encontrar, como sea, y traducir, pase lo que pase, el Prefacio de Paulhan. Y finalmente, o para comenzar, el documento en clave, el criptograma: Buñuel y *El perro andaluz.*

Esta vez, *Referencias...*sugiere que se siga el orden de lectura del índice. Por otra parte, se verá que en la época que nos toca vivir, estas referencias tienen más vigencia que nunca.

"Luz, más luz", fue la última frase de Goethe, "*Mehr Licht*", "la que para mí constituye la clave y el resorte de nuestra búsqueda, de nuestra experiencia analítica", *Jacques Lacan* [2].

NOTAS

1. Ver *Referencias...* Nº 4 y 5.
2. Lacan, J., "El mito individual del neurótico", *Intervenciones y textos 2*, Bs. As. Manantial, 1985.

Apología del crimen*
Luis Buñuel

Las referencias de Lacan, su lectura, requieren cierto trabajo de desciframiento, y esto se da por sentado. Sin embargo, en esta oportunidad, en las primeras líneas del seminario "La identificación", en la lección del 15 de noviembre de 1961, Lacan afirma que "hay que encontrar el sentido oculto de lo que podríamos llamar los criptogramas de este seminario". Además deja una pista: en el seminario del año anterior, Libro 8, La Transferencia "...había una referencia oculta en un cómico."[1]

Referencias... *supone que uno de estos criptogramas se encuentra en la lección del 21-2-1962, y que una de sus claves está oculta en " ese personaje de un film surrealista..."* [2]

Un poco antes, Lacan se había dirigido a sus alumnos diciéndoles: "...lo que no deja de asombrarme, que constituye uno de esos pequeños hechos que me hacen, a veces, reflejarme a mí mismo mi propia imagen como la de ese personaje de un film surrealista muy conocido que se llama Un chien andalou, *imagen que es la de un hombre que, ayudado por dos cuerdas arrastra tras de sí un piano sobre el cual reposan —sin alusión— dos asnos muertos..."*

Sin duda, el recorrido de aquella lección le aportará al lector los elementos necesarios para su propio trabajo de búsqueda.

Allí leemos que: " a partir de un cierto momento de la obra freudiana, la cuestión de la identificación, llega a rehacer toda la teoría freudiana... (y) a partir de un cierto momento, para nosotros, siguiendo a Freud... la cuestión del sujeto se plantea como tal, a saber, ¿quién es qué... (...) quién es el que habla y a quién?" y agrega, "Es por esto mismo que este año hacemos lógica."

Y Lacan se dispone a abordar con los instrumentos de la lógica. "...la función privilegiada del falo en la identificación del sujeto." [3]

Más adelante introduce la lógica con la que piensa trabajar este tema: Kant y la lógica trascendental.

Es en este punto que, dice Lacan"...voy a hacerles la confidencia

que en sí misma no tiene una importancia histórica pero que —creo poder, de todos modos, comunicarles a título de estímulo— me condujo, durante un tiempo corto o largo, durante el cual estuve separado de ustedes y de nuestros encuentros semanales, a volver a meter las narices, no como lo había hecho hace dos años en la Crítica de la Razón Práctica, *sino en la* Crítica de la Razón Pura.

La casualidad hizo que, por olvido, no haya traído más que mi ejemplar en alemán. No hice una relectura completa sino sólo la del capítulo llamado "Introducción de la analítica trascendental", y aunque deplore que los escasos diez años durante los cuales me dirijo a ustedes, no hayan tenido, creo, mucho efecto en cuanto a la propagación del estudio del alemán entre ustedes, lo que no deja de asombrarme y —continúa— que constituye uno de esos pequeños hechos que me hacen, a veces, reflejarme a mi mismo mi propia imagen como la de ese personaje de un film surrealista muy conocido que se llama Un chien andalou, *imagen que es la de un hombre que, ayudado por dos cuerdas, arrastra tras de sí un piano sobre el cual reposan —sin alusión— dos asnos muertos. Que al menos todos aquellos que ya conocen alemán, no duden en abrir el capítulo que les señalo de la* Crítica de la Razón Pura. *Esto los ayudará seguramente a centrar esta especie de reinversión que trato de articular para ustedes este año."*

La cuestión de la reinversión y la inversión, referida a la estética kantiana, "estética tan fácil de volver del revés" [4] *es un tema que, con sus distintas variantes, Lacan recorre en esta lección.*

La inversión apunta al gran Uno, al Uno kantiano, a la segunda forma de identificación freudiana y ...al deseo.

Además Lacan va dejando pistas: hay que volver a El Banquete con "toda la banda" de Sócrates y Alcibíades "Y vemos, que aquí, la inversión kantiana, pone fuera del alcance todo lo que puede ser deseable, Noli me tangere. [5]

Por eso mismo Lacan dice que la Crítica de la Razón Pura *"bajo cierto ángulo se puede leer como un libro erótico", y esto remitirá a Sade ....y a los personajes de Buñuel.*

Referencias... *publica: Kant, E., "Analítica Trascendental ", Libro I, Analítica de los conceptos, Capítulo I, sección tercera, § 10 — De los conceptos puros del entendimiento o categorías—, en* Crí-

tica de la Razón Pura, *Ediciones Orbis S.A. Hyspamérica, Argentina, 1984, p. 144, el guión de* Un chien andalou, *y un fragmento del* découpage.

Se adjuntan a estos textos dos notas —"Buñuel" y "Buñuel y Un chien andalou*"— que incluyen elementos para el trabajo de desciframiento.*

NOTAS

*. "Kant con Sade", en *Escritos 2.*

1. Ver capítulo VI, "La irrisión de la esfera", en Lacan, J., *El Seminario, Libro 8, La transferencia.*

2. La forma "criptográfica" de esta referencia, por un lado, y los límites que impone contar solo con las versiones taquigráficas del seminario, han hecho necesario que en esta oportunidad, *Referencias...* adjuntara notas sobre Buñuel con elementos biográficos y bibliográficos necesarios para su lectura.

3. Ver en *Referencias... Nº 9,* Kant, E., "Ensayo sobre las magnitudes negativas", consultar la nota editorial revisada.

4. Ver en "De nuestros antecedentes", Lacan, J., *Escritos* 1, Siglo XXI, Argentina, 1988, p. 65.

5. Expresión extraída del Evangelio de San Juan (XX,17). Son las palabras de Jesús a Magdalena. Se evoca cuando se habla de una cosa a la cual una especie de religión impide tocar.

ANALÍTICA TRASCENDENTAL

IMMANUEL KANT

De los conceptos puros del entendimiento o categorías

La lógica general abstrae, como ya hemos dicho, de toda la materia del conocimiento y espera que le sean dadas representaciones de otra parte, sea de donde fuera, para convertirlas en conceptos mediante el análisis. La lógica trascendental, por el contrario, tiene ante sí una diversidad de elementos sensibles* *a priori* que le ofrece la estética trascendental para servir de materia a los conceptos puros del entendimiento, y sin lo cual carecería la lógica de contenido, siendo por consiguiente completamente vacía. El espacio y el tiempo contienen, ciertamente, una diversidad de elementos de la intuición pura *a priori*; pero, sin embargo, pertenece a la condicionalidad receptiva de nuestro espíritu, bajo la cual únicamente pueden recibirse las representaciones de los objetos y que por consiguiente afecta siempre también su concepto. Pero la espontaneidad de nuestro pensamiento exige para hacer de esta diversidad un conocimiento, que primeramente haya sido recorrida, recibida y enlazada de cierta manera. Esta operación la llamo síntesis.

Entiendo por síntesis, en su más alta significación, la operación de reunir las representaciones unas con otras y comprender toda su diversidad en un solo conocimiento. Esta síntesis es pura, cuando la diversidad no es empírica, si no dada *a priori* (como la del espacio y la del tiempo). Antes de todo análisis de nuestras representaciones, éstas tienen que haberse dado previamente, y no hay conceptos que puedan surgir analíticamente *en cuanto a su contenido.* Pero la síntesis de una diversidad (sea dada *a priori* o *a posteriori*) produce por de pronto un conocimiento que en su comienzo puede ser informe y confuso y que por lo tanto necesite del análisis; mas la síntesis, es sin embargo, la que propiamente junta los elementos para el conocimiento y los reune de cierta manera para darle conteni-

---

*. Del mismo modo que si en el primer caso el pensamiento fuera una función del *entendimiento*, en el segundo una función del *juicio*, en el tercero sería una función de la *razón*. Esto tendrá su explicación en lo que sigue.

do; es, pues, lo primero a que debemos dedicar nuestra atención cuando queremos juzgar el origen de nuestros conocimientos.

Es la síntesis en general, como próximamente veremos, la simple obra de la imaginación, es decir, una función ciega, aunque indispensable, del alma, sin la cual no tendríamos conocimiento de nada, función de la que rara vez tenemos conciencia. Pero es una función que pertenece al entendimiento, y que es la única que nos procura el conocimiento propiamente dicho, el llevar esta síntesis a *conceptos*.

La síntesis pura, representada generalmente, nos da el concepto puro intelectual. Más entiendo por *síntesis pura* la que se funda en un principio de la unidad sintética *a priori*. Así nuestra numeración (lo que se nota mejor aún en los números elevados) es una *síntesis según conceptos*, por que tiene lugar según un principio común de unidad (por ejemplo, el decimal). Bajo este concepto es necesaria la unidad en la síntesis de la diversidad.

Pueden someterse mediante el análisis, diferentes representaciones a un solo concepto, asunto del cual se ocupa la lógica general. La lógica trascendental, al contrario enseña llevar a conceptos, no de las representaciones, sino de la *síntesis pura* de las representaciones. Lo primero que debe sernos dado *a priori* al efecto del conocimiento de todos los objetos es la diversidad de elementos de la intuición pura; la síntesis de esta *diversidad* por la imaginación es lo segundo, aunque, sin embargo, no dé aún conocimiento alguno. Los conceptos que dan la *unidad* a esta síntesis pura, y que consisten únicamente en la representación de esta unidad sintética necesaria, son la tercera condición para el conocimiento de un objeto cualquiera y descansan en el entendimiento.

La misma función que da unidad a las diferentes representaciones *en un solo juicio*, es la que da también unidad a la simple síntesis de diferentes representaciones en una *sola intuición*, la cual, en sentido general, se llama concepto puro del entendimiento. Ejerciendo precisamente el entendimiento las mismas operaciones, en virtud de las cuales da a los conceptos la forma lógica de un juicio, mediante la unidad analítica, introduce también un contenido trascendental en sus representaciones mediante la unidad sintética de los elementos diversos en la intuición general. Por esa razón se llama conceptos puros intelectuales que se refieren *a priori* a los objetos, lo cual no resulta de la lógica en general.

De manera que hay precisamente tantos conceptos puros del entendimiento que se refieren *a priori* a los objetos, lo cual no resulta de la lógica en general.

De manera que hay precismente tantos conceptos puros del entendimiento que se refieren apriori a los objetos de la intuición en general, como funciones lógicas según la precedente tabla.

Tabla de las categorías

I / DE CUANTIDAD
Unidad.
Pluralidad.
Totalidad.

II / DE CUALIDAD
Realidad.
Negación.
Limitación.

III / DE RELACION
Inherencia y subsistencia.
(*Substantia et accidens*).
Causalidad y dependencia.
(Causa y efecto)
Comunidad
(Reciprocidad entre agente y paciente).

IV / DE MODALIDAD
Posibilidad. - Imposibilidad.
Existencia. - No-existencia.
Necesidad. - Contingencia.

en todos los juicios posibles. Porque el entendimiento se halla completamente agotado y toda su facultad totalmente reconocida y medida en estas funciones. Llamaremos a esos conceptos *categorías*, siguiendo a Aristóteles, pues igual es nuestro fin, aunque haya bastante diferencia en la ejecución.

Ésta es, pues, la clasificación de todos los conceptos originalmente puros de la síntesis, que el entendimiento contiene en sí *a priori* y por los que solamente es un entendimiento puro; sólo por ellos puede comprender algo en la diversidad de la intuición, es decir, puede pensar el objeto. Esta divi-

sión es sistemáticamente deducida de un principio común, a saber: de la facultad de *juzgar*, que es lo mismo que la facultad de pensar; no es, pues, esta división una rapsodia procedente de una indagación fortuita y sin orden de los conceptos puros de cuya integridad no puede estarse cierto, por haber sido formada por inducción, sin pensar que obrando de este modo no 3e sabe nunca por qué estos conceptos y no otros, son inherentes al entendimiento puro. El propósito de Aristóteles al buscar estos conceptos fundamentales, era digno de un hombre tan perspicaz. Mas como él no tenía un principio, los recogía según se le presentaban y reunió primeramente diez, a los que llamo *Categorías* (predicamentos). Después creyó encontrar todavía otros cinco y los añadió a los precedentes con el nombre de post-predicamentos. Pero su tabla siguió siendo imperfecta. Además, entre sus categorías hay algunos *modos* de la sensibilidad pura (*quando, ubi, situs*, lo mismo que *prius, simul)* y también un modo empírico (*motus*) que no pertenecen en modo alguno a esta tabla genealógica del entendimiento. Contaba también entre los conceptos primeros los derivados (*actio, passio*), faltando en cambio algunos de los conceptos primeros.

Es preciso notar en cuanto a los conceptos primitivos, que las *categorías* como *conceptos* verdaderamente *fundamentales* del entendimiento puro tienen también sus *conceptos derivados* no menos puros y que no pueden en modo alguno omitirse en un sistema completo de filosofía trascendental; pero me limito a mencionarlos en este ensayo puramente crítico.

Séame permitido llamar a esos conceptos puros del entendimiento, pero derivados, *los predicables* del entendimiento puro (por oposición a los predicamentos). Una vez en posesión de los conceptos primitivos y originales, es fácil obtener los derivados y subalternos, y queda entonces el árbol genealógico del entendimiento puro completamente trazado. No proponiéndome aquí tratar la totalidad de un sistema sino únicamente de sus principios, me reservo este complemento para otro trabajo. Mas esto puede fácilmente lograrse tomando manuales ontológicos y añadiendo, por ejemplo: a la categoría de casualidad los predicables de fuerza, de acción, de pasión; a la de comunidad, los predicables de presencia, de oposición; a la de modalidad, los predicables de generación, perecimiento, de cambio, y así sucesivamente. Al combinar las categorías entre sí o con los modos de la pura sensibilidad, resultan gran número de conceptos derivados *a priori*. Aunque su indicación íntegra sería una obra útil y agradable, podemos excusarnos este trabajo.

Omito intencionalmente la definición de estas categorías en este tratado,

aunque bien hubiera podido hacerlo. Analizaré estos conceptos más adelante tan fundamentalmente como exige la metodología que me ocupa. En un sistema de la razón pura, serían exigibles esas definiciones con pleno derecho; pero aquí no haría más que hacer perder la atención hacia el punto capital de la indagación, porque producirían dudas y objeciones que sin faltar a nuestro objeto esencial podemos aplazar para otro trabajo. Resulta claramente de lo poco que hemos dicho que es posible y fácil formar un vocabulario completo de los conceptos puros conteniendo todas las explicaciones necesarias. Dispuesta la anaquelería, solo resta llenarla: y una tópica sistemática como la actual indica fácilmente el lugar que propiamente pertenece a cada concepto y hace al mismo tiempo notar los que aún están vacíos.

BUÑUEL

NOTA DE *REFERENCIAS...*

Buñuel *

Luis Buñuel Portolés, nació en Calanda (Teruel) el 22 de febrero de 1900 y murió en Ciudad de Méjico el 29 de julio de 1983.
A los 16 años entra al colegio de Jesuitas**. "Estos lo estiman tanto por su devoción como por su capacidad intelectual." [1] A los 17 años y habiendo terminado su bachillerato en Zaragoza se trasladó a la Residencia de Estudiantes de Madrid para continuar sus estudios universitarios en la carrera de ingeniero agrónomo. Sin embargo, muy pronto comenzó a interesarse por la literatura y se orientó hacia la carrera de Filosofía y Letras. Concluye sus estudios en dos años, sin abandonar su pasión por la entomología. Fue uno de los alumnos preferidos de Don Ignacio Bolívar, un sabio entomólogo.

Buñuel y la literatura

En estos primeros años de juventud, publicó cuentos y poemas en revistas de vanguardia distanciándose paulatinamente de la guía de su amigo Federico García Lorca y del grupo poético al que luego se llamaría Generación del 27. [2]
Su interés se orientó hacia el ultraísmo, el creacionismo y fundamentalmente a la obra y el género creado por Ramón Gómez de la Serna, a cuya tertulia del café Pombo concurría semanalmente. [3]
"Los antecedentes de la actitud de su generación se pueden ubicar en relación a la literatura española del siglo 19: El método que presidirá la casi

---

*. Para ubicar las referencias de Lacan a la obra de Buñuel se requiere cierta aproximación a las distintas facetas de este autor, de su vida, de su obra y de su época. *Referencias...* introduce estas perspectivas a través de los distintos comentadores incluidos en esta nota.

**. Los datos biográficos que *Referencias...* publica en esta nota son necesarios para poder trabajar esta referencia de Lacan.

totalidad de la producción literaria española de ese momento puede ser resumida por esta frase de Pardo Bazán: 'Reflejar la realidad tal como ella es'. Esta literatura que acuerda plenamente con el naturalismo de la época refleja en realidad la imagen de una sociedad petrificada, que evidentemente se considera eterna.
(...)

El hecho esencial que se impone a quien conoce este período de la literatura española parece ser el aspecto permanente e intangible que toma la sociedad en el interior de las obras naturalistas: de este mito nace un cierto tipo de realismo que consiste en asimilar la realidad social a la naturaleza humana.
El resultado de esta tendencia fue, se podría decir, una literatura horizontal, cuyo contenido descriptivo se reducía a este género de fórmula: "paisajes y costumbres, el alma española de la eterna España..." (...)
Buñuel nace cuando estas nociones comenzaban a derrumbarse gracias a una nueva generación de escritores, la de 1898. Sin embargo las concepciones del pasado se mantienen en boga hasta 1920, fecha en que comienzan a aparecer los escritos de los herederos de aquella generación; el grupo de la residencia universitaria de Madrid (...) con quienes Buñuel estuvo íntimamente ligado. Esto explica porque en *Un Chien Andalou*, Buñuel se libra a una suerte de asociación libre en oposición al aprendizaje transcurrido en los medios intelectuales de los que había salido: el naturalismo español.

La virulencia de las primeras obras se debe, sin duda, tanto al clima de España de entonces como al surrealismo. En efecto, el ambiente de represión moral y religiosa que reinaba desde hacía mucho tiempo en España estaba reforzado por la amenaza que la burguesía hacía pesar sobre la monarquía. Buñuel participa entonces de una corriente renovadora y crítica, que, renegando de la literatura del siglo 19, se inspira en autores más antiguos, los poetas del siglo 17, Quevedo, Gongora y el romance picaresco. Para Buñuel, (...) éste último tuvo una importancia particular (...)

En 1925 llega a París después de haber estudiado en diversas facultades de Madrid. Una serie de experiencias intelectuales (...) lo han puesto en contacto con un cierto número de jóvenes poetas, pintores, escritores de su generación. Para la generación precedente, se trataba de partir a la búsqueda

del carácter español tal como lo describía Unamuno, y que tendía a liberar las artes del "retratismo" del siglo 19. La primera cuestión que se le había planteado a esta generación "¿qué es España?" contenía una realidad implícita. La pérdida de las últimas colonias americanas la había desposeído de su prestigio de gran imperio, y sin embargo, España continuaba viviendo como en el pasado.

Las artes españolas de esta época reflejan perfectamente la autosuficiencia de esta sociedad en podredumbre. La última generación del siglo quería despertar al país de su sopor y fijar la atención en las realidades culturales de Europa que sus predecesores habían descuidado.
Así, esta generación tendía, por una parte a dar una nueva significación al carácter español, y por otra a incorporar esta investigación a los descubrimientos recientes del nuevo arte europeo. Unamuno decía: "Hay que redescubrir España y solo la descubrirán los españoles europeizados". Aunque jamás la hayan expresado claramente, esta actitud de los escritores de la época refleja un malestar más profundo que cuestiona los fundamentos morales y materiales sobre los que reposa la sociedad decrépita de la regencia.
La generación de Buñuel retoma y amplifica considerablemente estas tendencias." [4]

Escritos de Luis Buñuel

Textos surrealistas
Palacio de Hielo
El arco iris y la cataplasma
Proyecto de cuento
Una historia decente / Historia indecente
La agradable consigna de Santa Huesca / Inscripción para la lápida del trozo de carne
Mon cher Pépin
Réponse á un questionnaire surréaliste sur l'amour
Une Girafe

Buñuel, como tantos otros artistas de la década del 20, (cubistas, dadaístas, constructivistas), se sintió atraído por el cine considerándolo una nueva tecnología que permitía ampliar el mundo de la expresión estética. Pertenece a una generación que intentó trasvasar sus ideas pictóricas, escultóricas y poéticas a las posibilidades rítmicas y temporales que les ofrecía el séptimo arte.

Al respecto, opina Sánchez Vidal: "Cabe asignar al cine multitud de cometidos, pues no en vano se trata de un arte de fuerte vocación integradora. Para Buñuel siempre fue, ante todo, un instrumento de poesía" [5] (...) "Se puede leer su pensamiento en la conferencia que ofreció en la Universidad de México, titulada "El cine, instrumento de poesía." ***

También el escritor Max Aub (1903-1972), afirmó: "...el cine en Buñuel no se parece a ningún otro cine; es, ante todo, una pluma, porque escribe con él. [6] En varias ocasiones opinó que su cine estaba lleno de greguerías, ese género literario, síntesis del aforismo y la metáfora creado por Ramón Gómez de la Serna." [7]

La primera etapa del cine de Buñuel, su bautismo, lo introdujo al movimiento surrealista. "Solo existen dos films surrealistas de Buñuel: *El perro andaluz y La Edad de Oro.* Lo son tanto por su procedimiento de construcción —muy próximo a la "escritura automática"— como por su dispositivo escritural: escritura que renuncia a organizarse en discurso —si por tal entendemos un ordenamiento de la significación, una voluntad de sentido— y, mucho más , devenir narración. Esta es la Regla de la poética surrealista: renunciar a todo orden del sentido para, a través del desorden del sintagma —pintura— o de su denegación en un absoluto fluir metafórico —poesía—, liberar y expresar la fuerza del deseo.

Articulando así los principios constructivos de la pintura y la poesía surrealista —aunque con un cierto predominio de los segundos—, ambos films pretenden adentrarse en el mundo onírico para encontrar allí los movimientos del deseo.

He aquí la paradoja del proyecto surrealista: pretender escribir el deseo, y pretender, al mismo tiempo, representar su correlato, el fantasma.

(...)

***. *Referencias...* publica fragmentos de esta conferencia con la nota Buñuel y *Un chien andalou.*

Doble utopía: entender el deseo como fuerza liberadora y concebir una escritura del mismo. Pues el deseo es un continuo movimiento que no puede ser fijado —escrito—, un continuo desplazamiento hacia el fantasma que, por ser tal, nunca puede ser alcanzado.

Quizás el abandono por Buñuel de la poética surrealista responda a la conciencia de esta doble utopía. En todo caso ésta no estará ya presente en el resto de la obra buñueliana; una obra en la que la reflexión sobre el inconsciente y el deseo alcanza una madurez significativamente más próxima al texto psicoanalítico.

Ya hemos visto cómo en *Las Hurdes, tierras sin pan,* se produce un viraje decisivo: se abandona el equívoco de pretender situar el inconsciente como instancia narradora y se instaura una mirada sobria, distante, casi antropológica.[8]

En una entrevista realizada por la BBC, Buñuel dice:

"A menudo me pregunto que le pasó al surrealismo . Es una pregunta (*tough*) difícil.

Digo el movimiento fue exitoso en sus detalles y un fracaso en lo esencial.

Breton, Eluard y Aragon están entre los mejores escritores franceses del siglo. Sus libros tienen un lugar especial en las bibliotecas.

Los trabajos de Ernst, Magritte y Dalí son famosos, de alto precio y cuelgan en los lugares prominentes de los museos.

No hay duda que el surrealismo fue un éxito cultural y artístico.

Pero estas son las áreas de menos importancia para los surrealistas.

Nuestro propósito no era establecer un lugar glorioso para nosotros mismos en los anales del arte y la literatura, sino cambiar al mundo.

Si miramos a nuestro alrededor encontramos amplia evidencia de nuestro fracaso. No hay que decir que cualquier otro resultado era imposible.

Hoy vemos el lugar del surrealismo en el mundo como algo infinitesimal.

No fuimos nada, solo un pequeño grupo de intelectuales insolentes, que discutían en los cafés interminablemente y publicaban una revista, un grupo de idealistas divididos fácilmente cuando se trataba de la acción.

Sin embargo, mi estancia de tres años en las exaltadas y sí caóticas filas del movimiento cambiaron mi vida."

NOTAS

1. Notas biográficas: "*Premier Plan*", *Revue Mensuelle, Ed. Serdoc, Societé d'Etudes, Recherches et Documentation Cinematographiques*. Lyon / Rhône. France, 1964, p. 70.

2. Grupo de escritores españoles, especialmente poetas, que se inician literariamente o alcanzan su apogeo en torno de 1927. Sus principales miembros son: P. Salinas, J. Guillén, F. García Lorca, V. Aleixandre, R. Alberti, L. Cernuda.

3. Ramón Gómez de la Serna fundó en 1914 la tertulia del café Pombo. Fue creador de la greguería, intuiciones líricas o frases ingeniosas más metafóricas que humorísticas. Al empezar la guerra civil, se estableció en Bs.As. en *Luis Buñuel*, Sánchez Vidal, A.; Madrid, Ed. Cátedra, 1994, p.10

4. Carlos Rebolledo, "Luis Buñuel", Capítulo VII, Buñuel y la novela picaresca, Paris, *Classiques du Cinema, Editiones Universitaires*, 1964, p.168.

5. Sánchez Vidal, A.; *Luis Buñuel*, Madrid, Ed. Cátedra, 1994. p. 7.

6. *Ibid*, p.7.

7. Greguería: síntesis del aforismo y la metáfora. Consiste en una imagen en prosa que presenta una visión personal de algún aspecto de la realidad (Nota de *Referencias...*).

8. Requena, Jesús G., "Notas para lecturas de films buñuelianos", en *La imaginación en libertad (Homenaje a Luis Buñuel)*, Edición preparada por Antonio Lara, Editorial de la Universidad Complutense, Mayo de 1981, p. 57-58.

9. Filmografía:

1926- Asistente de dirección de Jean Epstein en el rodaje *Mauprat*.

1928- *Un chien andalou*. Dirección Luis Buñuel. Argumento: Luis Buñuel, Salvador Dalí. Guión: Luis Buñuel. Producción Luis Buñuel. Francia.

1930- *L'Age d'Or*. Dirección Luis Buñuel. Argumento Luis Buñuel. Francia.

1932- *Los Hurdes*. Dirección Luis Buñuel. Comentario Pierre Unik. Producción Luis Buñuel. España.

1947- *Gran Casino*. Dirección Mauricio Magdaleno según Michel Weber. Méjico.

1949- *El gran calavera*. Dirección Luis Alcoriza según Adolfo Torrado. Méjico.

1950 - *Los olvidados*. Dirección Luis Buñuel y Luis Alcoriza. Méjico.

1950- *Susana* (*Susana la perversa*) Dirección Jaime Salvador. Méjico.

1951- *La hija del engaño*. Dirección Raquel y Luis Alcoriza. Méjico.

1951- *Una mujer sin amor*. Dirección Jaime Salvador según Jean de Guy de Maupassant. Méjico.

1951- *Subida al cielo*. Dirección de Manuel Altolaguirre y Juan de la Cabados, según Altolaguirre, Méjico.

1952 -*El bruto.* Dirección de Luis Buñuel y Luis Alcoriza. Méjico.

1952- *El Dirección.* Luis Buñuel y Luis Alcoriza según Mercedes Pinto. Méjico.

1952- *Cumbres borrascosas o Abismos de pasión.* Dirección Mauri y Julio Alejandro según Emily Bronté. Méjico.

1953- *Robinson Crusoe.* Dirección de Luis Buñuel y Philip Roll según Daniel Defoe. Méjico.

1953- *La ilusión viaja en tranvía.* Dirección Mauricio de la Serna y José Revueltas. Méjico.

1954- *El río y la muerte.* Dirección de Luis Alcoriza según Manuel Alvarez Acosta. Méjico.

1955- *Ensayo de un crimen.* Dirección de Luis Buñuel y Eduarte Ugarte según Rodolfo Usigli. Méjico.

1956- *Cella s' appelle l'aurore.* Dirección Luis Buñuel y Jean Ferry según Emmanuel Robles. París-Roma.

1956- *La mort en ce jardin.* Dirección Luis Alcoriza, Luis Buñuel y Raymond Queneau según José-André Lacour. Méjico-París.

1957- *La flèvre monte a El Pao.* Dirección Luis Buñuel y Louis Sapin según Henry Castillou.

1959- *Nazarin.* Dirección de Julio Alejandro y Luis Buñuel según Benito Pérez Galdós. Méjico.

1959- *The young one.* Dirección de Luis Buñuel y H-B. Addis.

Poesía y cine
Luis Buñuel

Dijo Octavio Paz: "A un hombre encadenado le basta con cerrar los ojos, para que tenga el poder de hacer estallar el mundo"; agrego, parafraseándolo: bastaría con que el blanco párpado de la pantalla pueda reflejar la luz que le es propia para hacer saltar el Universo. Pero por el momento podemos dormir tranquilos, ya que la luz cinematográfica está cuidadosamente dosificada y encadenada. Ninguna de las artes tradicionales manifiesta una desproporción tan amplia entre las posibilidades que ofrece y sus realizaciones. Porque actúa de manera directa sobre el espectador presentándole seres y cosas concretas, porque lo aísla, gracias al silencio y a la obscuridad, de aquello que se podría llamar su "habitat psíquico", el cine es capaz de ponerlo en éxtasis más que cualquier expresión humana.
Pero, más que ninguna otra, es capaz de atontarlo. Y, desgraciadamente, la gran mayoría de la producción cinematográfica actual parece no tener otra misión: las pantallas hacen de vidriera del vacío moral e intelectual en que se revuelca el cine; en efecto, se dedica a imitar la novela o el teatro con la diferencia que sus medios son menos ricos para expresar la psicología; repite hasta la saciedad las mismas historias que ya el siglo XIX se cansó de contar y que se continúan aún en las novelas contemporáneas.
Un individuo medianamente cultivado rechazaría con desdén el libro que contuviera uno de los argumentos relatados en los films más grandiosos. Sin embargo, sentado confortablemente en una sala obscura, deslumbrado por la luz y el movimiento que ejercen sobre él un poder casi hipnótico, fascinado por el interés de los rostros humanos y los cambios instantáneos de lugares, ese mismo individuo casi cultivado acepta plácidamente los argumentos más banales y despreciados.

El espectador de cine, en virtud de esta especie de inhibición hipnagógica, pierde un porcentaje importante de sus facultades intelectivas. Voy a dar un ejemplo concreto, el del film titulado *Detective Story*. La estructura de su argumento es perfecta, el director excelente, los actores, extraordinarios, la realización genial, etc. Pero todo ese talento, todo ese "saber hacer", todas las complicaciones que supone la fabricación del film, han si-

---

*. Buñuel, L., "Poesía y cinema", en *Premier Plan N°13. op. cit.* Trad.: Alicia Bendersky.

do puestas al servicio de una historia estúpida, de remarcable bajeza moral. Me recuerda el *Opus 11*, aparato gigantesco fabricado con el mejor acero, con mil engranajes complicados, tubos, manijas, cuadrantes, exacto como un reloj, de la talla de un transatlántico, cuyo único uso fuera el de pegar estampillas.

El misterio, elemento esencial de toda obra de arte, en general falta en los films. Autores, realizadores y productores tienen gran cuidado de no molestar nuestra tranquilidad dejando cerrada la maravillosa ventana de la pantalla sobre el mundo liberador de la poesía. Prefieren hacerle reflejar los temas que podrían componer una continuidad a nuestra vida ordinaria, repetir mil veces el mismo drama o hacernos olvidar las horas penosas del trabajo cotidiano. Y todo ello, naturalmente, sancionado por la moral habitual, la censura gubernamental e internacional, la religión, siendo dominado por el buen gusto y sazonado de humor blanco y otros imperativos prosaicos de la realidad.
(...)

El cine es un arma magnífica y peligrosa si el que lo maneja es un espíritu libre. Es el mejor instrumento para expresar el mundo de los sueños, de las emociones, del instinto. El mecanismo creador de las imágenes cinematográficas es, a causa de su funcionamiento, el que, entre todos los medios de expresión humana, recuerda mejor el trabajo del espíritu durante el sueño. El film parece una imitación involuntaria del sueño. Bernard Brunius nos hace observar que la noche que invade poco a poco la sala equivale a la acción de cerrar los ojos. Es entonces que comienza sobre la pantalla y en lo profundo del hombre, la incursión nocturna en el inconsciente; imágenes que, como en el sueño, aparecen y desaparecen en medio de "fundidos"; el tiempo y el espacio devienen flexibles, se contraen y se estiran a voluntad; el orden cronológico y los valores relativos de duración no corresponden más a la realidad; la acción cíclica debe cumplirse en algunos minutos o en varios siglos; los movimientos aceleran las tardanzas. El cine parece haber sido inventado para expresar la vida del subconsciente del cual las raíces penetran tan profundamente en la poesía; sin embargo, casi nunca se lo usa con este fin. Entre las tendencias modernas del cine, la más conocida es aquella a la se da el nombre de "neo-realismo" (...) La realidad neo-realista es incompleta, oficial y sobre todo razonable; pero la poesía, el misterio, todo lo que completa y ensancha la realidad tan-

gible, falta completamente a sus obras. Confunde fantasía irónica con fantástico y humor negro.

"Lo que hay de más admirable en lo fantástico, ha dicho André Breton, es que lo fantástico no existe, todo es real." En una conversación con Zavattini, le expresaba, hace varios meses, mi desacuerdo con el neo-realismo. Como almorzábamos juntos, el primer ejemplo que se me apareció fue el de un vaso de vino. Para un neo-realista, le dije, un vaso es un vaso y ninguna otra cosa; se lo verá salir del aparador, llenarse de bebida, llevar a la cocina donde la sirvienta lo lavará y lo podrá romper, lo que causará su despido o no, etc. Pero ese mismo vaso, contemplado por seres diferentes, puede ser mil cosas diferentes, porque cada uno vierte una dosis de afectividad sobre lo que contempla y nadie ve las cosas como son, sino como sus deseos y su estado de ánimo se las hacen ver. Yo lucho por ese cine que me haga ver esa clase de vasos, porque ese cine me dará una visión integral de la realidad, acrecentará mi conocimiento de las cosas y de los seres, me abrirá el mundo maravilloso de lo desconocido, de todo aquello que no encuentro, ni en la prensa cotidiana, ni en la calle.

Que todo lo que acabo de decir no les haga creer sin embargo que estoy por un cine exclusivamente consagrado a la expresión de lo fantástico y del misterio, por un cine que, huyendo o despreciando la realidad cotidiana, pretendiera sumergirnos en el mundo inconsciente del sueño. Aunque recién he indicado demasiado brevemente la importancia radical que doy al film que trate los problemas fundamentales del hombre moderno, no considero este último aislamiento como un caso particular, sino en sus relaciones con los otros hombres. Hago mías las palabras de Emer, que definía así la función del novelista (en este caso, entiéndase la del creador de films): "El novelista habrá cumplido su tarea honorablemente, cuando, a través de una pintura fiel de las relaciones sociales auténticas, haya destruido la representación convencional de la naturaleza de esas relaciones, sacudido el optimismo del mundo burgués y obligado al lector a dudar de la perennidad del orden existente, aún si no nos propone directamente una conclusión, aún si no toma manifiestamente partido."

BUÑUEL Y *UN CHIEN ANDALOU*

NOTA DE *REFERENCIAS...*

En 1928, entusiasmado con las ideas y la propuesta estética del surrealismo, insta a su amigo y ex-compañero de la Residencia de Estudiantes Salvador Dalí, a trasladarse a París y en colaboración planean juntos el guión de su primer film.

El guión, terminado de redactar en Cadaqués a fines de enero de 1929, fue titulado sucesivamente El Marista en la ballesta, *Défense de se pencher dehors* (Prohibido asomarse) y *Défense de se pencher dedans* (Prohibido asomarse al interior) pero que acabaría asumiendo, a propuesta de Dalí, el título de un libro de poemas, el primero, de Buñuel, *Un chien andalou* (Un perro andaluz) [1].

El film, producido y dirigido por Buñuel, se terminó de rodar tres meses más tarde. Dalí asistió a una sola sesión del rodaje. Hubo una afirmación explícita de Buñuel acerca de la paternidad del producto acabado. [2]

Asistieron al estreno artistas de la envergadura de P. Eluard, J. Cocteau, T. Tzara y A. Breton. Este último, que había prácticamente anatematizado otras obras cinematográficas de artistas del surrealismo, acogió en el seno del movimiento tanto al film como a su director. Su importancia en la historia del cine radica fundamentalmente en la ruptura de la narrativa cinematográfica habitual. Liberándose de los convencionalismos de la pantalla, consigue un logro similar a los obtenidos en la época en pintura y literatura. Tal como sucede en los sueños, el tiempo y el espacio se desplazan y condensan fácilmente, la falta de concordancia en las escenas es ostentosa. Pero Buñuel subraya que no relata un sueño sino que aprovecha mecanismos análogos a los del sueño. [3]

Este primer cortometraje, que tiene una duración de diecisiete minutos, se enmarca entonces, plenamente, dentro del movimiento surrealista.

Sin embargo, según diferentes comentadores, la colaboración entre Buñuel y Dalí tuvo aristas difíciles de compaginar. El terreno del guión literario previo ha sido uno de los elementos más perturbadores en la aproximación crítica al resultado final del film. Así, la "automaticidad" del guión literario nada tiene que ver con la precisión y racionalidad del montaje del film ya concluido. Allí se ponen en evidencia las diferencias de Buñuel con las propuestas del vanguardismo surrealista del pintor catalán. [4]

Recogemos un fragmento del diálogo entre Buñuel y Dalí que da cuenta del uso de las técnicas y el método de trabajo surrealista que subyacen a la realización del film. [5]

"Teníamos que buscar el argumento. Dalí me dijo: "Yo anoche soñé con hormigas que pululaban en mis manos." Y yo: "Hombre, pues yo he soñado que le seccionaba el ojo a no sé quién." "Ahí está la película, vamos a hacerla". (...) Escribíamos acogiendo las primeras imágenes que nos venían al pensamiento y, en cambio, rechazando sistemáticamente todo lo que viniera de la cultura o de la educación. Tenían que ser imágenes que nos sorprendieran. (...) Por ejemplo: la mujer agarra una raqueta para defenderse del hombre que quiere atacarla. Entonces, éste, mira alrededor buscando algo para contraatacar. (...) Buñuel pregunta a Dalí: "¿Qué ve?" "Un sapo. Que vuela." "¡Malo!" "Una botella de cognac." "¡Malo!" "Pues ve dos cuerdas." "Bien, pero ¿qué viene detrás de las cuerdas?" (...) "En las cuerdas vienen dos grandes calabazas secas" "¿Qué más?" "Dos hermanos maristas." "¡Eso es, dos maristas!" "¿Y después?" "Un cañón." "¡Malo. Que venga un sillón de lujo!" "No, un piano de cola." "Muy bueno, y encima del piano de cola, un burro... no, dos burros podridos." "¡Magnífico!"... O sea, que hacíamos surgir representaciones irracionales, sin ninguna explicación."

Referencias...ha seleccionado estas líneas porque, en el fragmento del *découpage* que transcribimos junto con el guión, se podrá ver que se trata de una pieza del "criptograma" a descifrar.

En el guión de *Un chien andalou* el surrealismo se plantea como una "...vanguardia (...) revolucionaria, en el sentido fuerte, destructivo y reconstructivo, que implica este término. Fundado en la rebelión, en el odio de la mentira piadosa o no, confía en el hombre liberado de falsos ídolos y postula que el mundo puede y debe ser cambiado. Esta vanguardia conservará su razón de ser, su actualidad permanente, su prodigioso fermento de esperanza, su explosiva y escandalosa belleza tanto que la sociedad que la nutre y contra la que ella se vuelve continuará siendo lo que ella es: dirigida por principios ideales cuya función general oficial consiste en enmascarar la realidad profunda de los fenómenos.

(...)

Poéticamente, la oposición inicial a los valores establecidos solo puede manifestarse por medio de obras chocantes en ruptura con la hipocresía cotidiana, familiar, religiosa, patriótica. Realizando *Un chien andalou*, Buñuel y Dalí se proponen, por lo tanto, romper la quietud mental del espectador y, simultáneamente, poner en evidencia la principal convicción que anima al conjunto del pensamiento surrealista: la todo potencia del deseo". [6]

De todos es sabido que Buñuel —fiel a la ética de este movimiento— trataba de hacer films que fueran revulsivos contra el conformismo reinante, y que quedó notablemente perplejo y desilusionado ante la acogida entusiasta que recibiera *Un perro andaluz*. La irritación de Buñuel fue tal, que le llevó a decir: "la mayoría de las personas que lo han visto lo consideran un éxito. Pero que puedo yo contra los fervientes de toda novedad, incluso si esta novedad ultraja sus convicciones más profundas, contra una prensa vendida e incinerada, contra esta muchedumbre imbécil que encuentra bello o poético lo que en el fondo, no es más que una desesperada, una apasionada llamada al asesinato." [7] [8]

NOTAS

1. Talens, J., *El ojo tachado*, Madrid, Cátedra, 1986, p. 50.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*, p. 51.
4. *Ibid.*, p. 50.
5. Sánchez Vidal, A.,*Luis Buñuel*, Madrid, Ed. Cátedra, 1994, p. 64.
6. Freddy Buache. "Luis Buñuel" en *Premier Plan N°13, Revue Mensuelle, Ed. Serdoc (Societé d'Etudes, de Recherches et de Documentation cinématographiques,) Lyon, France*, 1964, p. 2.
7. Castro, Antonio, "El pensamiento cinematográfico de Luis Buñuel" en *La imaginación en libertad* (Homenaje a Luis Buñuel) Edición preparada por Antonio Lara, Editorial de la Universidad Complutense. Mayo de 1981, p. 22. (Nota 2: La revolución surrealista, N° 12, 15 de diciembre de 1929)
8. *cf.* en este mismo *Referencias... Justine, La filosofía en el tocador, Lo sadiano.*

NOTA PRELIMINAR AL GUIÓN DE *UN CHIEN ANDALOU*

LUIS BUÑUEL

"La publicación de este guión en *La Révolution Surréaliste* es la única autorizada por mí. Expresa, sin reservas de ningún género, mi completa adhesión al pensamiento y la actividad surrealista. *Un perro andaluz* no existiría si el surrealismo no existiera."
Un film de éxito: esto es lo que piensa la mayoría de las personas que lo han visto. Pero ¿qué puedo hacer yo contra los fervientes de toda novedad, incluso si esta novedad ultraja sus convicciones más profundas, contra una prensa vendida o insincera, contra esa multitud imbécil que ha encontrado 'bello' o 'poético' lo que en el fondo no es más que un desesperado, un apasionado llamamiento al crimen?"

Luis Buñuel *

El guión original de *Un chien andalou* ha sido publicado en multitud de ocasiones; en particular en la *Révue de cinéma* (nº 5, noviembre de 1929); en *Premier Plan* (nº 13, octubre de 1960); en Ado Kirou (1962); en *L'Avant-Scéne du Cinéma* (número doble 27-28, junio-julio de 1963; versión castellana de José de la Colina, Era, México, 1971); en Verband der Deutschen Filmclubs, Bad Ems, 1965; en Lorrimer, Londres, 1968; en Simon and Schuster, Nueva York, 1968 y en Einaudi, Turín, 1974. **
La versión en castellano que publica *Referencias* es la que se encuentra en *Premier Plan Nº 13* y fue traducida por María Pascual.

---

*. Talens, J., *El ojo tachado*, Madrid, Cátedra, 1986, p.101.

**. Advertencia: Como suele ocurrir, entre el guión original y la película, ya realizada y montada, existen divergencias notables. Dado que la lectura que ofrece este libro se basa tanto en esta última como en las específicas precisiones (utilizadas o no) que aparecen en el guión original ofrezco (...) la descripción del *decoupage* (...) Talens, J., *op.cit.* p. 99.

UN CHIEN ANDALOU

LUIS BUÑUEL Y SALVADOR DALÍ

PRÓLOGO

Había una vez...

Un balcón en la noche. Un hombre afila su navaja de afeitar cerca del balcón. El hombre mira el cielo a través de los cristales y ve...
Una ligera nube avanzando hacia la luna llena. Luego la cabeza de una joven con grandes ojos abiertos. La hoja de una navaja de afeitar avanza hacia uno de los ojos.
La ligera nube pasa ahora delante de la luna.
La hoja de la navaja atraviesa el ojo de la joven seccionándolo.

FIN DEL PRÓLOGO

Ocho años después.

Una calle desierta. Llueve.
Un personaje, vestido con un traje gris oscuro, aparece en bicicleta.
Tiene la cabeza, la espalda y los riñones envueltos en esclavinas de tela blanca.
Sobre su pecho sujeta por correas, una caja rectangular a rayas diagonales en negro y blanco. El personaje pedalea maquinalmente, el manubrio suelto, las manos apoyadas sobre las rodillas.
El personaje, visto de espaldas hasta los muslos en P.A.[1], sobreimpresión en sentido longitudinal de la calle por la que circula de espaldas a la cámara. El personaje avanza hacia la cámara hasta que la caja rayada esté en gran primer plano [2].

---

1. N. de T. Plano Americano: en cine, plano en el que la cámara capta al personaje desde la cabeza hasta las rodillas.
2. N. de T. El objeto aludido ocupa casi toda la pantalla.

Una habitación cualquiera en un tercer piso de esa calle. En el medio, está sentada una joven vestida con un traje de vivos colores, lee atentamente un libro. De pronto se sobresalta, escucha con curiosidad y se desembaraza del libro arrojándolo sobre un diván muy próximo. El libro queda abierto. En una de sus páginas se ve un grabado de "La Encajera" de Vermeer. Ahora la joven está convencida de que algo ocurre: se levanta, hace un medio giro y se dirige hacia la ventana a paso rápido.

El personaje anterior acaba de detenerse abajo, en la calle. Sin oponer la menor resistencia, por inercia, cae en un arroyo con la bicicleta, en medio de un montón de barro.
Gesto de cólera, de rencor de la joven que se precipita a la escalera para bajar a la calle.

G.P. [3] del personaje tendido en el suelo sin ninguna expresión, en la misma posición del momento de su caída.

La joven sale de la casa precipitándose sobre el ciclista y lo besa frenéticamente en la boca, los ojos, la nariz.

La lluvia aumenta al punto de hacer desaparecer la escena precedente.

Fundido encadenado [4] con la caja cuyas rayas oblicuas se superponen a las de la lluvia. Unas manos provistas de una pequeña llave abren la caja de la que retiran una corbata envuelta en papel de seda. Hay que tener en cuenta que la lluvia, la caja, el papel de seda y la corbata deben presentarse con rayas oblicuas de las cuales solo varía el ancho.

La misma habitación.

Parada al lado de la cama se encuentra la joven que contempla los accesorios que llevaba el personaje —esclavinas, caja y cuello duro con corbata

3. N. de T. Primer Plano.

4. N. de T. En cine, momento de transición entre dos tomas en el que hay superposición de los últimos fotogramas de una toma con los primeros de la toma siguiente vinculándolas.

oscura y lisa— todo dispuesto como si esos objetos fueran llevados por una persona tendida en la cama. Finalmente, la joven se decide a tomar en sus manos el cuello del cual saca la corbata lisa para reemplazarla por la rayada, que acaba de retirar de la caja. La vuelve a colocar en el mismo lugar, luego se sienta muy cerca de la cama con la actitud de alguien que vela a un muerto. (Nota: La cama, es decir, la colcha y la almohada están ligeramente arrugados y ahuecados como si realmente allí reposara un cuerpo humano)

La mujer tiene la sensación de que alguien se encuentra detrás de ella y se da vuelta para ver quien es. Sin la menor sorpresa ve al personaje, esta vez sin ningún accesorio, que observa con gran atención algo en su mano derecha. Hay bastante angustia en esa gran atención.

La mujer se acerca y mira a su vez lo que él tiene en la mano.

G.P. de la mano, en el centro de la cual bullen hormigas que salen de un agujero negro. Ninguna cae.

Fundido encadenado con los pelos de la axila de una joven tendida en la arena soleada de una playa. Rencadenado [5] con un erizo de mar cuyas púas móviles oscilan ligeramente. Rencadenado con la cabeza de otra joven tomada en plano picado [6] muy violento y tomada por el iris. El iris se abre y deja ver que esta joven se encuentra en medio de un grupo de personas que intentan forzar una barrera de contención establecida por agentes de policía.

En el centro del círculo, la joven intenta levantar, con un palo, una mano cortada con uñas esmaltadas que está en el suelo. Uno de los policías se le acerca y la reprende severamente; luego se agacha y recoge la mano que envuelve cuidadosamente y que pone en la caja que llevaba el ciclista. Devuelve todo a la joven a quien saluda militarmente al tiempo que ella le agradece.

Es necesario tener en cuenta que en el momento que el agente le devuelve

5. N. de T. Otra manera de referirse al fundido encadenado.

6. N. de T. Plano en el que la cámara capta la escena vista desde arriba.

la caja, ella está invadida por una emoción extraordinaria que la aísla completamente de todo. Ella está como subyugada por los ecos de una música religiosa y lejana; tal vez una música escuchada en su más tierna infancia.

Satisfecha su curiosidad, el público comienza a dispersarse en todas direcciones.

Esta escena habrá sido vista por los personajes que hemos dejado en la habitación del tercer piso. Se los ve a través de los cristales del balcón desde donde se puede observar el final de la escena descripta más arriba. Cuando el policía devuelve la caja a la joven, los dos personajes del balcón parecen, también, invadidos por la misma emoción, emoción que llega hasta las lágrimas. Sus cabezas se balancean como si siguieran el ritmo de esa música impalpable.

El personaje mira a la joven haciéndole un gesto que parece decir: "¿Has visto?" "¿No te lo había dicho?"

Ella mira de nuevo, en la calle, la joven ahora está sola y como clavada al piso, en estado de absoluta inhibición. Los autos pasan a velocidades vertiginosas. De pronto uno de ellos le pasa por encima mutilándola horriblemente.

Entonces, con la decisión de un hombre en su pleno derecho, el personaje se acerca a la joven y, después de haberla mirado lascivamente al blanco de los ojos, le agarra los pechos a través de la tela. G.P. de manos lascivas sobre los pechos. Estos emergen de bajo el vestido. Se ve entonces una terrible expresión de angustia, casi mortal, reflejarse en los rasgos del personaje. Una baba sanguinolienta se desliza de la boca hacia el pecho descubierto de la joven.

Los pechos desaparecen para transformarse en muslos que continúan siendo palpados por el personaje. La expresión de éste ha cambiado. Sus ojos brillan de maldad y de lujuria. Su boca, muy abierta, se cierra, minúscula, como retraída por un esfínter.

La joven retrocede hacia el interior de la habitación, seguida por el personaje, siempre en la misma actitud.

Súbitamente, ella hace un gesto enérgico para separarle los brazos, liberándose así del atrevido contacto.

La boca del personaje se contrae de cólera.

Ella se da cuenta que una escena desagradable o violenta va a comenzar.

Ella retrocede, paso a paso, hasta un rincón donde se parapeta tras una pequeña mesa.

Gesto de traidor de melodrama en el personaje. Mira hacia todos lados buscando algo. A sus pies, ve un extremo de cuerda y lo recoge con la mano derecha. Su mano izquierda también busca y atrapa una cuerda idéntica.

La joven, pegada a la pared mira, espantada, la maniobra de su agresor.

Este avanza hacia ella arrastrando con gran esfuerzo lo que viene atado a continuación de las cuerdas.

Se ve pasar primero un corcho, luego un melón, dos hermanos de las escuelas cristianas y finalmente dos magníficos pianos de cola. Los pianos están llenos de carroña de asnos cuyas patas, colas, ancas y excrementos desbordan de la caja de armonías. Cuando uno de los pianos pasa delante del objetivo, se ve una gran cabeza de asno apoyada sobre el teclado.

El personaje arrastrando con gran esfuerzo esa carga se dirige desesperadamente hacia la joven. Voltea las sillas, las mesas, una lámpara de pie, etc.... Las ancas de los asnos se enganchan a todo. La luz suspendida del techo, empujada al pasar, por un hueso descarnado, se balancea hasta el final de la escena.

Cuando el personaje está a punto de alcanzar a la joven, esta lo esquiva de un salto y se escapa. Su agresor, dejando las cuerdas, se lanza a su persecución. La joven abre la puerta de comunicación por donde desaparece en la habitación contigua pero no lo suficientemente rápido como para poder encerrarse. La mano del personaje habiendo logrado pasar por la abertura, queda allí aprisionada, tomada por la muñeca.

En el interior de la habitación, apretando cada vez más la puerta, la joven mira la mano que se contrae dolorosamente en *ralenti* [7], y las hormigas que reaparecen se esparcen sobre la puerta. Inmediatamente, ella gira la cabeza hacia el interior de la nueva habitación que es idéntica a la precedente, pero a la cual la iluminación dará un aspecto diferente. La joven ve...

La misma cama, sobre la cual está tendido el personaje cuya mano está siempre apretada en la puerta, vestido con esclavinas y la caja sobre el pecho, sin hacer el menor gesto, los ojos muy abiertos y con expresión supersticiosa que parece decir: "En este momento va a ocurrir algo verdaderamente extraordinario!"

Hacia las tres de la mañana.

Sobre el rellano, cerca de la puerta de entrada del departamento, un nuevo personaje, visto de espaldas, acaba de detenerse. Aprieta el botón del llamador de la puerta del departamento donde ocurren los acontecimientos. No se ven ni el timbre ni el martillo eléctrico de la campanilla, pero, en el lugar que les correspondería, por dos agujeros realizados por encima de la puerta, se ven pasar dos manos que agitan un *shaker* [8] de plata. Su acción es instantánea, como en las películas comunes, cuando se aprieta el botón del llamador.

El personaje en la cama se estremece.

La joven va a abrir la puerta.

El recién llegado va directamente hacia la cama y ordena imperiosamente al personaje que se levante. Este obedece a regañadientes a tal punto que el otro se ve obligado a tomarlo por las esclavinas y lo obliga, con energía, a levantarse.
Después de haberle arrancado las esclavinas una a una, las tira por la ventana. La caja sigue el mismo camino, así como las correas que intentaba en vano salvar de la catástrofe. Esto lleva al recién llegado a castigar al

7. N. de T. En cine, efecto que se produce filmando una escena a alta velocidad y reproduciéndola luego a velocidad normal.

8. En inglés, batidor del tipo de los usados en coctelería.

personaje ordenándole ponerse de pie contra una de las paredes de la habitación.

El recién llegado habrá ejecutado todos sus movimientos completamente de espaldas. Se da vuelta ahora, por primera vez, para ir a buscar algo al otro lado de la habitación.

En ese instante la fotografía se vuelve vaporosa [9]. El recién llegado se pone en *ralenti* y se ven sus rasgos, idénticos a los del otro; ambos hacen uno; solamente que este tiene un aire más joven y más patético que el que debía tener aquel hace muchos años.

El recién llegado va hacia el fondo de la habitación precedido por la cámara que lo sigue en P.A.

Entra en el campo un pupitre hacia el cual se dirige nuestro individuo. Hay dos libros. También diversos objetos escolares; su posición y sentido moral se determinarán con cuidado.

Él toma los dos libros y se da vuelta para ir a reunirse con el personaje. En ese momento, todo vuelve al estado normal, el *flou* [10] y el *ralenti* cesan.

Una vez a su lado, le ordena ponerse con los brazos en cruz, le pone un libro en cada mano y le ordena quedarse así como castigo.

El personaje castigado tiene ahora una expresión aguda y llena de alevosía. Se da vuelta hacia el recién llegado. Los libros que sostenía se convierten en revólveres.

Este último lo mira con ternura, sentimiento que aumentará a cada momento.

El personaje de las esclavinas, amenazando al otro con sus armas lo fuerza a ¡*Hands up!* [11] y a pesar de su obediencia, descarga sobre él los dos re-

---

9. N. de T. Imagen con menor grado de definición y más blanda.

10. N. de T. Efecto visual que consiste en lograr que la imagen tenga los bordes poco definidos, fuera de foco.

vólveres. En P.A., el recién llegado cae mortalmente herido, sus rasgos se van contrayendo dolorosamente. (vuelve el *flou* y la caída hacia adelante es en un *ralenti* más pronunciado que el anterior).

De lejos, se ve caer al herido que ahora no está más en la habitación sino en un parque. A su lado se encuentra sentada, inmóvil y vista de espaldas, una mujer con los hombros desnudos, ligeramente inclinada hacia adelante.

Mientras cae, el herido intenta tomarla y acariciar sus hombros; una de sus manos, temblorosas, está vuelta hacia si mismo, la otra toca ligeramente la piel de los hombros desnudos. Finalmente cae a tierra.

Vista de lejos. Algunos transeúntes y algunos guardianes se precipitan a socorrerlo. Lo levantan en brazos y lo llevan a través del bosque.

Hacer intervenir al rengo apasionado.

De nuevo en la misma habitación. Una puerta, aquella donde la mano había quedado atrapada, se abre lentamente. Aparece la joven que conocemos. Cierra la puerta tras ella y mira muy atentamente la pared contra la cual se encontraba el asesino.

El hombre no está más allí. La pared está intacta, sin un solo mueble ni decorado.

La joven tiene un gesto de impaciencia y de despecho.

Se ve nuevamente la pared en medio de la cual hay una pequeña mancha negra.

Esa pequeña mancha vista de más cerca es una mariposa cabeza de muerto. La mariposa en G.P.

La calavera de las alas de la mariposa cubre toda la pantalla.

En P.A. aparece bruscamente el hombre de las esclavinas que se lleva rá-

---

11. En inglés en el original. Expresión que significa ¡Arriba las manos!

pidamente la mano a la boca como alguien que pierde sus dientes. La joven lo mira desdeñosamente.

Cuando el personaje retira su mano se ve que la boca ha desaparecido. La joven parece decirle: "Bueno, ¿y qué?", y se hace un retoque en los labios con su lápiz labial.

Se vuelve a ver la cara del personaje. En el lugar donde se encontraba la boca comienzan a brotar pelos.

Al darse cuenta, la joven ahoga un grito y se mira rápidamente la axila que está completamente depilada. Le saca la lengua despectivamente, se pone un chal sobre los hombros y abriendo la puerta de comunicación que está al lado de ella, pasa a la habitación contigua que es una gran playa.

Cerca del agua espera un tercer personaje. Ellos se saludan muy amablemente y se pasean siguiendo la curva de las olas.

Plano de sus piernas y de las olas que rompen a sus pies.

La cámara los sigue en carro[12]. Las olas arrojan dulcemente a sus pies primero las correas, luego la caja rayada, después las esclavinas y finalmente la bicicleta. Esta vista continúa todavía un instante sin que el mar arroje otra cosa.

Ellos continúan su paseo por la playa esfumándose poco a poco mientras que en el cielo aparecen estas palabras:

EN PRIMAVERA

Todo ha cambiado. Ahora se ve un desierto sin horizonte. Clavados en el centro, enterrados en la arena hasta el pecho, se ve al personaje principal y a la joven, ciegos, las ropas desgarradas, devorados por los rayos del sol y por un enjambre de insectos.

FIN

12. N. del T. Carro de *travelling* sobre el que se coloca la cámara para desplazarla. En este caso, siguiendo al personaje por la playa.

Referencias... ofrece el fragmento del *découpage* de las escenas de *Un chien andalou* al que se refiere Lacan.
El texto en cursiva intercalado corresponde al guión literario original. Los cambios o supresiones introducidos durante el rodaje son indicados en notas al pie.

Plano 135. —Idéntico a plano 132. La mujer inicia un gesto de sorpresa y terror.

Primero se ve pasar un tapón luego un melón, dos hermanos de las escuelas cristianas y por fin dos magníficos pianos de cola. Los planos están atestados de carroñas de burros cuyas patas, colas, grupas y excrementos desbordan de la caja de armonía. Cuando uno de los pianos pasa delante del objetivo, se ve una gran cabeza de burro reclinada sobre el teclado. El personaje, arrastrando dificultosamente esta carga tira hacia la mujer. Derriba las sillas, las mesas, una lámpara de pie, etc. Las grupas de los asnos se atascan en todas partes. La luz, suspendida del techo, movida al paso de un hueso descarnado, oscilará hasta el final de la escena.[1]

Plano 136. —PG del hombre que intenta arrastrar, ante la mirada asombrada de la mujer, algo que hay cogido a las cuerdas, se cae, vuelve a levantarse y tira con todas sus fuerzas. De las cuerdas cuelgan dos planchas rectangulares de corcho.
Plano 137. —PM del hombre entrando por la derecha del encuadre con expresión de esfuerzo, arrastrando las cuerdas.
Plano 138. —Idéntico a plano 135. La mujer deja caer la raqueta.
Plano 139. —Continuación del plano 137.
Plano 140. —La cámara se desplaza 90º sobre el eje a la derecha. PG de la habitación. La mujer deja caer la raqueta (*raccord* en el movimiento con el plano 138). El hombre, visto de espaldas, arrastra un hermano marista de cada cuerda y un piano de cola sobre el que hay un burro muerto.
Plano 141. —PP de la cabeza del burro muerto sobre el teclado abierto del piano.

Plano 142. —Idéntico a Plano 140.
Plano 143. —PM de la mujer que intenta retroceder, no puede y oculta su rostro con un gesto de terror en el rincón.
Plano 144. —Idéntico a plano 139.
Plano 145. —PP de los dos hermanos maristas arrastrados de izquierda a derecha del encuadre. Van vestidos con su uniforme habitual: sotana negra, con fajín en la cintura, sombrero negro de ala ancha y un pecherín blanco almidonado sujeto al cuello.

NOTA

1. En el film no aparecen ni el tapón ni el melón, sino dos planchas alargadas de corcho. Por su forma recuerdan la imagen de las tablas de la ley que aparecían en los libros de Historia Sagrada en los colegios de los HH. Maristas. El hombre no derriba nada. No hay grupas atascándose en parte alguna. La luz no oscila.

La filosofía en el tocador
Marqués de Sade

"La filosofía en el tocador, *como saben todos, pienso, es obra de cierto marqués de Sade... ella propone para justificar las posiciones de lo que puede llamarse una suerte de antimoral, exactamente los criterios kantianos.*

Su paradoja es sostenida con la mayor coherencia en esa obra titulada La filosofía en el tocador. *Incluído en ella hay un pequeño trozo que, tomando en consideración el conjunto de los oídos que me escuchan, es el único cuya lectura les recomiendo expresamente* —Franceses, todavía un esfuerzo para ser republiçanos."

Esta recomendación la encontramos en la lección del 23 de diciembre de 1959, en El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis.

De esta manera nos introduce Lacan a la obra filosófica de Sade y nos enseña como "en su extremo el mundo sadista es concebible —aún cuando sea su envés y su caricatura—como una de las realizaciones posibles de un mundo gobernado por una ética radical, por la ética kantiana..."[1] *(...)"...en suma, Kant es de la opinión de Sade".* [2]

Recuérdese que Kant con Sade debía servir como prefacio a La philosophie dans le boudoir *en la edición de las obras de Sade a la que estaba destinado (*Ed. Du Cercle du Livre Précieux, *1963, 15 vols. R.G, septiembre de 1962). Recién apareció en la revista* Critique, *(Nº 191, abril de 1963) a manera de reseña de esa edición.*

Referencias... publica "Franceses, todavía un esfuerzo más si quereìs ser republicanos." "Quinto diálogo" en La filosofía en el tocador.

Donatien-Alphonse-François de Sade, Marqués de Sade (1740-1814), La filosofía en el tocador, *Bs. As, Ediciones La Novela Filosófica, 1968.*

NOTAS

1.Lacan, Jacques, El Seminario, Libro VII, *La ética del psicoanálisis*, Bs. As., Ediciones Paidós, 1988, p. 99.

2. *Ibidem*, p. 99.

"FRANCESES, TODAVÍA UN ESFUERZO MÁS
SI QUEREÌS SER REPUBLICANOS."

MARQUÉS DE SADE

La religión

Vengo a ofreceros grandes ideas: escuchadlas y meditad sobre ellas; aunque no todas agraden, por lo menos se aceptarán algunas. Con esto habré contribuido en algo al progreso de las luces y así quedaré conforme. No lo oculto en absoluto: observo con pena la lentitud con que tratamos de llegar a la meta; presiento con inquietud que estamos a punto de fracasar una vez más. ¿Se piensa que esa meta habrá sido alcanzada cuando nos hayan dado leyes? Que no se imagine tal cosa. ¿Qué haríamos con las leyes, sin religión? Nos hace falta un culto, y un culto hecho para el carácter de un republicano, quien está muy lejos de poder reanudar jamás el de Roma. En un siglo en que estamos tan convencidos de que la religión debe apoyarse sobre la moral, y no la moral sobre la religión, hace falta una religión que convenga a las costumbres, que sea como el desarrollo de éstas, como su consecuencia necesaria, y que pueda, elevando el alma, mantenerla perpetuamente a la altura de esta preciosa libertad en la que hoy tiene su único ídolo. Ahora bien, os pregunto si se puede suponer que la de un esclavo de Tito, la de un vil histrión de Judea, puede convenir a una nación libre y guerrera que acaba de regenerarse. No, compatriotas míos, no, vosotros no lo creéis. Si, para su desgracia, el francés se sumiera de nuevo en las tinieblas del cristianismo, por un lado el orgullo, la tiranía, el despotismo de los sacerdotes, vicios siempre renacientes en esa horda impura, y por el otro la bajeza, la estrechez de miras, las mezquindades de los dogmas y los misterios de esa religión indigna y fabulosa, debilitando el orgullo del alma republicana, a poco la volverían a someter al yugo que su energía acaba de romper.

No perdamos de vista que esa pueril religión era una de las mejores armas en manos de nuestros tiranos; uno de sus primeros dogmas era *Dar al César lo que es del César;* pero, nosotros hemos destronado a César y no queremos darle nada. Franceses: en vano podéis jactaros de que el espíritu de un clero juramentado no puede ser ya el de un clero refractario; hay

vicios de naturaleza que es imposible corregir. Antes de diez años, por medio de la religión cristiana, de su superstición, de sus prejuicios, vuestros sacerdotes, pese a su juramento, pese a su pobreza, recuperarían sobre las almas el dominio que tuvieron, os encadenarían nuevamente a los reyes, pues el poderío de éstos apuntaló siempre el de aquellos, y entonces vuestro edificio republicano, privado de bases, se derrumbaría.

A vosotros los que tenéis el hacha en la mano, os digo: dad el último golpe al árbol de la superstición, no os contentéis con podar las ramas: extirpad por completo una planta cuyos efectos son tan contagiosos; podéis tener la convicción más absoluta de que vuestro sistema de libertad e igualdad contraría demasiado abiertamente a los ministros de los altares de Cristo para que llegue a haber uno solo que lo adopte de buena fe, o que no trate de sacudirlo si llega a recuperar algún dominio sobre las conciencias. ¿Qué sacerdote, comparando el estado a que se lo acaba de reducir con el que gozaba en el pasado, no hará cuanto esté a su alcance para recuperar la confianza y la autoridad que se le han hecho perder? ¡Y cuántos seres débiles y pusilánimes volverán entonces a ser los esclavos de este ambicioso tonsurado! ¿Por qué no se imagina que los inconvenientes que existieron pueden resurgir todavía? En la infancia de la Iglesia cristiana, ¿no eran los sacerdotes lo que son en la actualidad? Sabéis a donde habían llegado; pero, ¿quién los había llevado hasta allí? ¿No fueron, acaso, los medios que les proporcionaba la religión? Ahora bien, si no se la prohíbe completamente, esa religión y los que la predican, como siempre disponen de los mismos recursos, llegarán siempre a la misma meta.

Aniquilad, pues, para siempre todo aquello que algún día puede destruir vuestra obra. Pensad que como el fruto de vuestras labores está reservado para vuestros descendientes, es deber vuestro y corresponde a vuestra probidad no dejarles ninguno de estos gérmenes nocivos que podrían volver a hundirnos en el caos del que tanto nos cuesta salir. Ya los prejuicios se disipan, ya el pueblo abjura de los absurdos del catolicismo; ya ha suprimido los templos, derribado los ídolos y se ha resuelto que el matrimonio sólo es un acto civil; los confesionarios, rotos, sirven para las calderas públicas; los pretensos fieles, desertando del banquete apostólico, dejan los dioses de harina a los ratones. Franceses: no os detengáis. Europa entera, con una mano lista sobre la venda que tapa sus ojos, espera de vosotros el esfuerzo que debe arrancársela de la frente. Daos prisa: no le dejéis a la *Santa Roma*, que se agita en todo sentido para reprimir vuestra energía, tiempo para conservar tal vez algunos prosélitos todavía. Golpead sin re-

servas su cabeza altanera y temblorosa y que, antes de dos meses, el árbol de la libertad, haciendo sombra a los restos de la silla de San Pedro, cubra con el peso de sus ramas victoriosas todos esos despreciables ídolos del cristianismo, levantados con descaro sobre las cenizas de los Catones y los Brutos.

Franceses, os repito que Europa espera de vosotros que la libréis a la vez del *cetro* y del *incensario*. Pensad en que os resultará imposible libertarla de la tiranía real sin hacerle romper al mismo tiempo los frenos de la superstición religiosa: los vínculos entre una y otra son demasiado estrechos como para que os sea posible dejar subsistir una de las dos sin recaer, pronto, bajo el dominio de la que no os ocupáis de aniquilar. Un republicano no debe prosternarse ante las rodillas de un ser imaginario ni ante las de un impostor; ahora sus únicos dioses deben ser el *coraje* y la *libertad*. Roma desapareció en cuanto se predicó el cristianismo y Francia estará perdida si reaparece.

Examínense con atención los dogmas absurdos, los misterios espantosos, las ceremonias monstruosas, la moral imposible de esta repugnante religión y se verá si puede adecuarse a las necesidades de una república. ¿Creéis vosotros de buena fe que me dejaría dominar por la opinión de un hombre a quien acabara de ver a los pies del imbécil sacerdote de Jesús? ¡Por cierto que no! Ese hombre, siempre vil, participará sin cesar, por la mezquindad de sus ideas, de las atrocidades del antiguo régimen; desde el momento en que pudo someterse a las estupideces de una religión tan baja como la que tenemos la locura de admitir, no puede dictarme leyes ni transmitirme luces; sólo puedo verlo como un esclavo de los prejuicios y la superstición.

Echemos un vistazo, para convencernos de esta verdad, hacia esos contados individuos que siguen fieles al culto insensato de nuestros padres; veamos si no son todos ellos enemigos irreconciliables del actual sistema; veamos si en su número no está comprendida enteramente esa casta, tan con justicia despreciada, de los *realistas* y los *aristócratas*. ¡Que el esclavo de un tunante coronado se arrodille, si así lo desea, a los pies de un ídolo de pasta, ya que semejante objeto está hecho para su alma de lodo: quien puede servir a los reyes, debe adorar a los dioses! Pero, nosotros, franceses, pero nosotros, compatriotas míos, ¿vamos a seguir arrastrándonos humildemente bajo un yugo tan despreciable? ¡Más vale morir mil veces que volver a someternos! Puesto que creemos en la necesidad de un culto, imitemos el de los romanos: las acciones, las pasiones y los héroes: esos eran

sus respetables objetos. Semejantes ídolos elevaban el alma, la electrizaban; y aún nacían más: le comunicaban las virtudes del ser respetado. El adorador de Minerva quería ser prudente. El coraje latía en el corazón de aquél a quien se veía a los pies de Marte. Ni uno solo de los dioses de esos grandes hombres estaba privado de energía; todos hacían pasar el fuego que los abrasaba al alma de quien los veneraba. Y, como existía la esperanza de ser uno mismo venerado un día, se aspiraba a llegar a ser por lo menos tan grande como aquél a quien se tomaba como modelo. Pero, ¿qué encontramos en cambio en los dioses vanos del cristianismo? ¿Qué nos ofrece, pregunto, esta imbécil religión!? ¿El vacuo impostor de Nazaret os infunde algunas grandes ideas? ¿Su sucia y repugnante madre, la impúdica María, os inspira algunas virtudes? ¿Y encontráis en los santos que adornan su Elíseo algún modelo de grandeza, heroísmo o virtudes? Es tan cierto que esta estúpida religión no ofrece nada a las grandes ideas que ningún artista puede emplear sus atributos en los monumentos que crea; incluso en Roma, la mayor parte de las bellezas o los ornamentos del palacio de los papas tienen su modelo en el paganismo y mientras exista el mundo sólo él animará la palabra de los grandes hombres.

¿Acaso encontraremos en el teísmo puro más motivos de grandeza y elevación? ¿Acaso la adopción de una quimera, al dar a nuestra alma ese grado de energía que es esencial para las virtudes republicanas, llevará al hombre a venerarlas o practicarlas? No lo imaginemos; se está de vuelta de ese espectro y en la actualidad el ateísmo es el único sistema de todas las personas que saben razonar. A medida que el hombre se ha ilustrado, se ha percatado de que, como el movimiento es inherente a la materia, el agente necesario para imprimir ese movimiento se convertía en un ser ilusorio y que, como todo cuanto existe debe estar en movimiento por su esencia misma, el motor resultaba inútil; se ha visto que ese dios quimérico, prudentemente inventado por los primeros legisladores, sólo era entre sus manos un medio más para encadenarse y que, al reservarse el derecho de hacer hablar únicamente a ese fantasma, se cuidarían mucho de hacerle decir tan sólo lo que fuera en apoyo de las ridículas leyes por las que pretendían someternos. Licurgo, Numa, Moisés, Jesucristo y Mahoma, todos esos grandes bribones, todos esos grandes déspotas de nuestras ideas, supieron asociar las divinidades que fabricaban a su ambición desmesurada y, seguros de cautivar los pueblos con la sanción de estos dioses, se cuidaron siempre, según se sabe, de interrogarlas solamente cuando les resultaba oportuno o de no hacerles responder sino lo que creían que podía serles útil.

Cubramos pues hoy el mismo desprecio el dios vano que han predicado los impostores y todas las sutilezas religiosas que resultan de su ridícula adopción; ese sonajero ya no puede entretener a los hombres libres. Que la extinción total de los cultos se incorpore, pues, a los principios que propagamos por toda Europa. No nos limitemos a romper los cetros; pulvericemos para siempre los ídolos; nunca hubo sino un paso de la superstición al realismo[2]. Y era necesario que así fuera, sin duda, puesto que uno de los primeros artículos de la coronación de los reyes era siempre el mantenimiento de la religión dominante como una de las bases políticas que más debían contribuir a sostener sus tronos. Pero, desde que el trono no existe más y desde que por fortuna no existirá nunca más, no temamos extirpar igualmente lo que constituía su base.

Sí, ciudadanos, la religión es incompatible con el sistema de la libertad; lo habéis sentido. Nunca el hombre libre se doblará ante los dioses del cristianismo; jamás sus dogmas, jamás sus ritos, sus misterios o su moral convendrán a un republicano. Puesto que os esforzáis por destruir todos los prejuicios, un esfuerzo más: no dejéis subsistir ninguno, si es que basta con uno para rehacerlos a todos. ¡Cuánto más seguros debemos estar de su retorno si el que dejáis subsistir es positivamente la cuna de todos los demás! Dejemos de pensar que la religión pueda ser útil para el hombre. Contemos con buenas leyes y entonces no sufriremos la necesidad de religión. Pero, se dice, el pueblo necesita de una, la religión lo divierte, lo frena. ¡Enhorabuena! Dadnos, pues, en este caso, la que conviene a hombres libres. Dadnos los dioses del paganismo. De buena gana adoraremos a Júpiter, Hércules o Palas; pero ya nada queremos saber del fabuloso autor de un universo que se mueve por sí *solo;* ya nada queremos saber de un dios sin extensión y que empero todo lo llena con su inmensidad, de un dios omnipotente y que no lleva a cabo nunca lo que desea, de un ser soberanamente bueno y que solo deja descontentos, de un ser amigo del orden y en cuyos dominios todo está en desorden. No, ya nada queremos saber de un dios que desorganiza la naturaleza, que es el padre de la confusión, que mueve al hombre en el momento en que éste se entrega a hacer horrores; semejante dios nos hace estremecer de indignación y lo relegamos por siempre jamás al olvido, del que el infame Robespierre ha tratado de sacarlo [3].

Franceses: remplacemos a ese indigno espectro con los imponentes simulacros que hacían a Roma señora del universo, tratemos todos los ídolos cristianos como ya hemos tratado los de nuestros reyes. Hemos repuesto

los emblemas de la libertad sobre las bases que sostenían en otro tiempo a los tiranos; reedifiquemos igualmente las efigies de los grandes hombres sobre los pedestales de esos depravados que el cristianismo adora[4]. Dejemos de temer, para nuestras campañas, el efecto del ateísmo; ¿acaso los campesinos no han sentido la necesidad de la asimilación del culto católico, tan contrario a los verdaderos principios de la libertad? ¿No han visto sin espanto al igual que sin dolor, tumbar sus altares y sus presbiterios? ¡Y bien!, creed que renunciarán del mismo modo a su ridículo dios. Las estatuas de Marte, Minerva y la Libertad serán instaladas en los sitios más destacados de sus moradas; para ellos se celebrará una fiesta anual; la corona cívica será discernida al ciudadano a quien más deba la patria. A la entrada de un bosque solitario, Venus, el Himeneo y el Amor, erigidos en un templo agreste, recibirán el homenaje de los enamorados; allí, por mano de las gracias, la belleza coronará a la constancia. No sólo se tratará de amar para ser digno de esa corona, también será necesario haber merecido serlo; el heroísmo, el talento, la humanidad, la grandeza de espíritu, el civismo probado: he ahí los títulos que a los pies de su amada estará obligado a exhibir el amante; y ellos remplazarán con creces los del nacimiento y la riqueza, que un necio orgullo exigía en el pasado. De este culto florecerán por lo menos algunas virtudes, en tanto que sólo nacen crímenes del que hemos tenido la debilidad de profesar. Este culto se aliará con la libertad que servimos; la animará, la mantendrá, la abrazará, en tanto que el teísmo es por su esencia y por su naturaleza el más mortal enemigo de la libertad que servimos.

¿Costó una gota de sangre la destrucción de los ídolos paganos durante el Bajo Imperio? La revolución, preparada por la estupidez de un pueblo que había retornado a la esclavitud, se operó sin él menor obstáculo. ¿Cómo podemos temer que la obra de la filosofía sea más penosa que la del despotismo? Sólo los sacerdotes mantienen cautivo aún a los pies de su dios quimérico al pueblo que tanto teméis ilustrar; alejadlos de él y el velo caerá naturalmente. Creed que este pueblo, mucho más prudente de lo que os imagináis, liberado de las cadenas de la tiranía pronto lo estará de la superstición. Le teméis si no tiene este freno; ¡qué extravagancia! ¡Oh! Creedme, ciudadanos, aquél a quien la espada material de las leyes no detiene, tampoco lo será por el temor moral a los suplicios del infierno, del cual se burla desde su infancia; en una palabra, vuestro teísmo ha hecho cometer muchos delitos, pero jamás impidió uno solo. Si es verdad que las pasiones ciegan, que su efecto es elevar sobre nuestros ojos una nube que

oculta los peligros que los rodean, ¿cómo podemos suponer que los que están lejos de nosotros, como lo son los castigos anunciados por vuestro dios, puedan conseguir disipar esa nube que no puede disolver la espada misma de las leyes que siempre está suspendida sobre las pasiones? Si se demuestra, pues, que estos frenos complementarios impuestos por la idea de un dios se vuelven inútiles, si queda demostrado que son peligrosos por sus otros efectos, pregunto qué utilidad pueden tener, entonces, y en qué motivos podríamos apoyamos para prolongar su existencia. ¿Se me dirá que aún no estamos bastante maduros como para consolidar todavía nuestra revolución en una forma tan manifiesta? ¡Vamos! Conciudadanos míos: el camino que hemos recorrido desde el 89 era tanto más difícil que el que nos queda por hacer, y tenemos que modelar mucho menos la opinión para lo que os propongo que lo que la hemos atormentado en todo sentido desde la época de la toma de la Bastilla. Creemos que un pueblo tan sabio y valeroso como para llevar a un monarca impúdico desde la cúspide de las grandezas hasta el pie del cadalso, que en estos pocos años supo vencer tantos prejuicios y frenos ridículos, lo será tanto como para inmolar al bien de la cosa, a la prosperidad de la república, un fantasma mucho más ilusorio aún que el de un rey.

Franceses: vosotros daréis los primeros golpes, vuestra educación nacional hará el resto. Pero, poneos rápidamente a esta faena; que se convierta en una de vuestras preocupaciones más importantes, que tenga sobre todo como base esa moral esencial, tan descuidada en la educación religiosa. Remplazad las necedades deíficas con que fatigáis los oídos de vuestros hijos por excelentes principios sociales; que en vez de aprender a recitar fútiles plegarias que se jactarán de olvidar en cuanto cumplan dieciséis años, se los instruya sobre sus deberes en la sociedad; enseñadles a venerar virtudes de las que apenas les hablabais en otros tiempos y que, sin vuestras fábulas religiosas, bastan para su felicidad individual; hacedles ver que esa felicidad consiste en hacer tan afortunados a los otros como deseamos serlo nosotros mismos. Si fundáis esas verdades en las quimeras cristianas, como locamente se lo hacía antaño, no bien vuestros alumnos reconozcan la futileza de las bases tumbarán el edificio y se convertirán en delincuentes, porque creerán que sólo la religión que han derribado se los impedía ser. En cambio, haciéndoles sentir la necesidad de la virtud únicamente porque su propia felicidad depende de ello, serán personas honradas por egoísmo, y esta ley que rige a todos los nombres será la más segura de todas; que se evite, pues, con el mayor cuidado, mezclar alguna

fábula religiosa a esta educación nacional. No perdamos nunca de vista que queremos formar hombres libres y no viles adoradores de un dios. Que un filósofo sencillo instruya a estos nuevos alumnos en los sublimes secretos de la naturaleza; que les demuestre que el conocimiento de un dios, a menudo muy peligroso para los hombres, no favoreció nunca su felicidad y que no serán más dichosos al admitir como causa de lo que no comprenden una cosa que comprenderán todavía menos; que es mucho menos importante entender la naturaleza que gozar de ella y respetar sus leyes; que esas leyes son tan sabias como sencillas; que están escritas en los corazones de todos los hombres y que basta interrogar el corazón para discernir el impulso. Si insisten en que les habléis de un creador respondedles que como las cosas siempre han sido lo que son, que como nunca tuvieron comienzo ni nunca tendrán fin, al hombre le resulta tan inútil cuanto imposible tratar de remontarse a un origen imaginario que no explicaría nada ni llevaría a nada. Decidles que a los hombres les es imposible tener ideas veraces sobre un ser que no actúa sobre ninguno de nuestros sentidos.

Todas nuestras ideas son representaciones de los objetos que nos impresionan; ¿qué puede representarnos la idea de dios, que es evidentemente una idea sin objeto? Tal idea, les diréis también, ¿no es tan imposible como un efecto sin causa? ¿Una idea sin prototipo es algo más que una quimera? Algunos doctores, proseguiréis diciéndoles, aseguran que la idea de dios es innata y que los hombres ya la tienen en el vientre materno. Pero eso es falso, les agregaréis; todo principio es un juicio, todo juicio es efecto de la experiencia y la experiencia sólo se adquiere por el ejercicio de los sentidos; de lo que se sigue que los principios religiosos no responden a nada y no son en absoluto innatos. ¿Cómo, les diréis luego, ha podido persuadirse a seres racionales de que la cosa más difícil de comprender era la más esencial para ellos? Es que se les ha causado un gran terror; y, cuando se tiene miedo, se deja de razonar; es que sobre todo se les recomendó que desconfiaran de su razón y, cuando el cerebro está turbado, se cree todo y no se examina nada. La ignorancia y el miedo, diréis también, he ahí las dos bases de todas las religiones. La incertidumbre en que se halla el hombre con respecto de su dios es precisamente el motivo que lo ata a su religión. El hombre tiene miedo de las tinieblas, tanto en lo físico como en lo moral el miedo se vuelve habitual en él y se convierte en necesidad; creería que le falta algo si ya nada tuviera que esperar o temer. Volved enseguida sobre la utilidad de la moral: dadles sobre este gran tema más ejemplos que lecciones, más pruebas que libros y haréis así buenos ciudadanos;

haréis de ellos buenos guerreros, buenos padres, buenos esposos; haréis hombres tanto más fieles de la libertad de su país cuanto ninguna idea de servidumbre podrá presentarse a su espíritu ni ningún terror religioso vendrá a perturbar sus inteligencias, Entonces el verdadero patriotismo brillará en todas las almas; reinará con toda su fuerza y con toda su pureza porque se convertirá en el único sentimiento dominante y ninguna idea extraña aminorará su energía; entonces, vuestra segunda generación quedará asegurada y vuestra obra, por ella consolidada, se convertirá en la ley del universo. Pero, si por temor o pusilanimidad no son seguidos estos consejos, si se dejan subsistir las bases del edificio que se había pensado destruir, ¿qué es lo que ocurrirá? Sobre sus bases se reconstruirán y repondrán los mismos colosos, con la cruel diferencia que esta vez estarán cimentados con tal fuerza que ni vuestra generación ni la que la seguirá lograrán tumbarlos.

Que nadie dude de que las religiones son la cuna del despotismo; el primero de todos los déspotas fue un sacerdote; el primer rey y el primer emperador de Roma, Numa y Augusto, se asocian uno y otro al sacerdocio; Constantino y Clodoveo más fueron abates que soberanos; Heliogábalo fue sacerdote del sol. En todos los tiempos y en todos los siglos ha habido entre el despotismo y la religión tal vínculo que está más que demostrado que al destruir el uno se socava el otro, por la muy poderosa razón de que el primero siempre servirá de ley al segundo. No propongo, sin embargo, matanzas ni deportaciones; todos esos horrores están demasiados lejos de mi alma para que tan sólo ose concebirlos un instante. No, no asesinéis, no expulséis del país: esas atrocidades corresponden a los reyes o a los canallas que los imitaron; no es imitándolos como inspiraréis terror hacia quienes las practicaban. Sólo recurramos a la fuerza contra los ídolos; basta el ridículo para quienes los sirven: los sarcasmos de Juliano dañaron más la religión cristiana que todos los suplicios de Nerón. Sí, destruyamos para siempre toda idea de dios y de sus sacerdotes hagamos soldados; algunos ya lo son; que se entreguen a ese oficio tan noble para un republicano pero que no nos hablen más ni de su ser quimérico ni de su religión fabulosa, único objetivo de nuestros desprecios. Condenemos a ser mofado, ridiculizado, cubierto de lodo en los cruces de las principales ciudades de Francia al primero de esos charlatanes benditos que venga a hablarnos todavía de dios o de religión; una prisión eterna será la pena para quien caiga dos veces en las mismas faltas. Que las blasfemias más insultantes y las obras más ateas sean enseguida autorizadas plenamente a fin de terminar

de extirpar del corazón y la memoria de los hombres esos espantables juguetes de nuestra infancia; que se organice un concurso para elegir la obra más capaz de esclarecer por fin a los europeos sobre una materia tan importante y que un premio considerable, discernido por la nación, sea la recompensa para aquél que, diciéndolo todo, demostrándolo todo en esta materia, ya sólo deje a sus compatriotas un hacha para tumbar todos esos espectros y un corazón recto para odiarlos. En seis meses, todo estará terminado; vuestro infame dios estará en la nada y sin que por eso el hombre deje de ser justo, celoso de la estima de los otros, sin que cese de temer la espada de la ley y de ser honrado, pues el hombre ya sabrá que el auténtico amigo de la patria no debe, como el esclavo de los reyes, ser arrastrado por quimeras; en pocas palabras, que ni la frívola esperanza en un mundo mejor ni el temor de males mayores que los causados por la naturaleza deben orientar la conducta de un republicano, cuya sola guía es la virtud así como su único freno el remordimiento.

Las costumbres

Después de haber demostrado que el teísmo no conviene en absoluto a un gobierno republicano, me parece necesario probar que las costumbres francesas tampoco le convienen. Este artículo es de suma importancia ya que las costumbres servirán de motivos a las leyes que se promulgarán. Franceses: sois demasiado ilustrados para no sentir que un nuevo gobierno necesitará nuevas costumbres; es imposible que el ciudadano de un Estado libre se conduzca como el esclavo de un rey déspota, pues las diferencias de intereses, de deberes, de relaciones entre ellos determinan esencialmente una manera por completo diferente de conducirse en el mundo: quedarán aquí anulados una multitud de pequeños errores y de pequeños delitos sociales considerados muy esenciales bajo el gobierno de los reyes, quienes debían ser tanto más exigentes cuanta más necesidad tenían de imponer frenos para hacerse respetables o inabordables por sus súbditos. Igualmente, en un Estado republicano, bajo un gobierno que ya no reconoce leyes ni religión, desaparecerán otros delitos, conocidos con los nombres de regicidio y sacrilegio. Al otorgar la libertad de conciencia y la de prensa, pensad, ciudadanos, que con muy pocas excepciones se debe otorgar también la de actuar y que, aparte de lo que ofende directamente las bases mismas del gobierno, os queda poquísimo que castigar, ya que, en

los hechos, hay muy pocas acciones criminales en una sociedad cuyas bases son la libertad y la igualdad y que, si se piensan y se pesan bien las cosas, lo único verdaderamente delictivo es lo que reprueba la ley, pues la naturaleza, dictándonos por igual vicios y virtudes, en razón de nuestra organización o, más filosóficamente todavía, en razón de la necesidad que tiene de los unos y de las otras, lo que la naturaleza nos inspira se convertiría en una medida muy insegura para restablecer con precisión lo que está bien o lo que está mal. Pero, para desarrollar más eficazmente mis ideas sobre un punto tan importante, vamos a clasificar las diferentes acciones de la vida del hombre que hasta el presente se había convenido en llamar delictivas y las *mediremos* enseguida en relación con los verdaderos deberes de un republicano.
En todas las épocas, los deberes del hombre han sido considerados en las tres diferentes relaciones siguientes:

1. Los que su conciencia y su credulidad le imponen hacia un ser supremo.
2. Los que está obligado a cumplir con sus hermanos.
3. Por último, los que sólo se relacionan consigo mismo.

La certeza que debe dominarnos es que ningún dios ha tenido nada que ver con nosotros y. que, criaturas necesarias de la naturaleza, como las plantas y los animales, estamos aquí porque era imposible que no lo estuviéramos. Como se ve, esta certeza aniquila de golpe la primera parte de esos deberes, quiero decir, aquellos de que nos creíamos falsamente responsables hacia la divinidad; con ellos desaparecen todos los delitos religiosos, todos los que son conocidos con los vagos e indefinidos nombres de *impiedad, sacrilegio, blasfemia, ateísmo,* etcétera, en pocas palabras, todos los que Atenas castigó con tanta injusticia en Alcibíades y Francia en el infortunado La Barre. Si hay algo extravagante en el mundo es ver hombres que no conocen su dios ni lo que ese dios puede exigir, excepto a través de sus ideas limitadas, y que empero quieren decidir sobre la naturaleza de lo que agrada o de lo que desagrada a ese ridículo fantasma de su imaginación. No querría, pues, una legislación que se limitara a permitir indiferentemente todos los cultos, desearía que hubiera libertad para reírse o mofarse de todos; que a los hombres reunidos en cualquier templo, para invocar al eterno a su modo, se los viese como comediantes en el teatro, de cuyas representaciones todo el mundo tiene derecho a ir a reírse. Si no veis las re-

ligiones de este modo, recuperarán la seriedad que las hace importantes, a poco cubrirán las opiniones, y no bien se haya disputado por cuestiones religiosas, se volverá a luchar por las religiones[5]. La igualdad, destruida por la preferencia o la protección acordada a una de ellas, pronto desaparecerá del gobierno, y de la *teocracia* reconstruida renacerá enseguida la *aristocracia*. No me cansaré, pues, de repetirlo: basta de dioses, franceses, basta de dioses, si no queréis que su funesta autoridad os vuelva a hundir muy pronto en todos los horrores del despotismo; pero, sólo burlándoos los destruiréis; todos los peligros que llevan como séquito renacerán enseguida si procedéis con seriedad o dándoles importancia. No tumbéis sus ídolos con cólera; pulverizadlos jugando y la opinión caerá por sí sola.

Basta con esto, espero, para demostrar que no debe promulgarse ninguna ley contra los delitos religiosos porque quien ofende una quimera nada ofende y porque sería una inconsecuencia muy grande castigar a los que ultrajan o desprecian un culto cuya prioridad con respecto de los demás nada os demuestra en forma evidente; esto significaría, necesariamente, tomar un partido e influir así sobre la balanza de la igualdad, primera ley de nuestro gobierno.

Pasemos a considerar los segundos deberes del hombre, aquellos que lo ligan con sus semejantes; esta categoría es la más extensa, sin duda.

La moral cristiana, muy vaga en cuanto a las relaciones del hombre con sus semejantes, establece bases tan llenas de sofismas que nos resulta imposible admitirlas porque, cuando se quiere edificar principios, hay que guardarse mucho de darles sofismas como base. Nos dice, esa absurda moral, que amemos al prójimo como a nosotros mismos. Ciertamente nada sería más sublime si fuera posible que lo falso pudiera llevar los caracteres de la belleza. No se trata de amar a sus semejantes como a sí mismo, ya que eso se opone a todas las leyes de la naturaleza, cuya voz debe orientar, únicamente, todas las acciones de nuestras vidas; sólo se trata de amar a nuestros semejantes como a amigos que la naturaleza nos da y con los que debemos vivir tanto mejor en un Estado republicano por cuanto la desaparición de las distancias debe necesariamente estrechar los vínculos.

Que la humanidad, la fraternidad y la beneficencia nos prescriban, conforme a ello, nuestros deberes recíprocos. Cumplámoslos individualmente con el simple grado de energía que nos ha dado a ese respecto la naturaleza, sin culpar y sobre todo sin castigar a quienes, más fríos o más atrabiliarios, no experimentan en estos vínculos, tan conmovedores empero, todas las dulzuras que otros encuentran en ellos; pues, ¿quién podría dudar

de que sería aquí un absurdo evidente tratar de prescribir leyes universales?; dicho procedimiento sería tan ridículo como el de un general que quisiera que todos sus soldados llevasen uniformes para la misma talla; es una espantosa injusticia exigir que hombres de caracteres desiguales se sometan a leyes iguales: lo que a uno conviene puede no convenir al otro.

Acepto que no es posible hacer tantas leyes como hombres existen; pero las leyes pueden ser tan benignas, tan escasas, que todos los hombres, cualquiera sea su carácter, puedan obedecerlas fácilmente. También exigiría yo que ese pequeño número de leyes fuera de tal naturaleza que se adaptara con facilidad a todos los diferentes caracteres; el espíritu de quien las dirigiera sería el de golpear, más o menos, en razón del individuo que hubiera que alcanzar. Está demostrado que una determinada virtud es impracticable para ciertos hombres, lo mismo que determinado remedio no convendría a determinado temperamento. Ahora bien, ¡será el colmo de la injusticia que deis con la fuerza de la ley a quien le es imposible plegarse a esa ley! La iniquidad que cometeríais así ¿no sería igual a la que os haríais culpables si quisierais obligar a un ciego a discernir los colores? De estos primeros principios se desprende, como se advierte, la necesidad de establecer leyes benignas y, sobre todo, de suprimir para siempre la atrocidad de la pena de muerte, porque la ley que atenta contra la vida de un hombre es impracticable, injusta e inadmisible. No se trata, según diré enseguida, de que no existan infinidad de casos en que, sin ultrajar la naturaleza (y es lo que demostraré), los hombres hayan recibido de esta madre común total libertad para atentar contra vidas humanas; pero lo que resulta imposible es que la ley pueda alcanzar el mismo privilegio, puesto que la ley, fría en sí misma, no sería accesible a las pasiones capaces de legitimar en el hombre la cruel acción del asesinato; el hombre recibe de la naturaleza las impresiones que pueden hacerle perdonar semejante acción, y la ley, por el contrario, siempre en oposición con la naturaleza y sin recibir nunca nada de ella, no puede estar autorizada a permitirse los mismos desvaríos; como no tiene los mismos motivos, es imposible que tenga los mismos derechos. He aquí algunas de esas sabias y delicadas distinciones que escapan a muchas personas porque muy poca gente medita en ellas. Pero serán aceptadas por las personas instruidas a quienes las dirijo e influirán, espero, en el nuevo código que nos preparan.

La segunda razón para suprimir la pena de muerte es la de que nunca ha reprimido el crimen, puesto que se lo comete cada día al pie del cadalso. En pocas palabras: hay que suprimir esta pena porque no hay peor cálcu-

lo que el de hacer morir a un hombre por haber matado a otro, ya que resulta evidentemente de este procedimiento que, en vez de un hombre menos, habrá simultáneamente dos, aritmética ésta que sólo puede ser familiar a verdugos o idiotas. Sea como sea finalmente, los delitos que podemos cometer con respecto a nuestros hermanos se reducen a cuatro principales: la *calumnia*, el *robo*, los delitos que, causados por la *impureza*, pueden lesionar a los otros, y el *asesinato*.

Todas estas acciones, consideradas capitales en un gobierno monárquico ¿son igualmente graves en un Estado republicano? He aquí lo que vamos a analizar a la luz de la filosofía, pues sólo con su auxilio debe emprenderse semejante examen. Que no se me acuse de ser un innovador peligroso; que no se diga que existe el riesgo de embotar, como tal vez lo harán estos escritos, los remordimientos en el alma de los malhechores; que es una gran maldad aumentar por la suavidad de mi moral la proclividad de esos malhechores hacia los crímenes; formalmente señalo aquí que no tengo ninguna de esas perversas intenciones: expongo las ideas que desde que tengo uso de razón se identifican conmigo y a cuya difusión se opuso durante tantos siglos el infame despotismo de los tiranos. ¡Tanto peor para quienes, capaces de corromperse con cualquier cosa, sólo pueden captar el mal en las opiniones filosóficas! ¡Quién sabe si no se infectarían tal vez con la lectura de Séneca y Charron! No es a ellos a quienes me dirijo; sólo me dirijo a personas capaces de entenderme, las cuales me leerán sin peligro.

Confieso con toda franqueza que nunca creí que la calumnia fuera un mal, y sobre todo en un gobierno como el nuestro, en que todos los hombres, más unidos, más próximos entre sí, tienen evidentemente un interés mayor en conocerse bien. O lo uno o lo otro: o bien la calumnia se refiere a un hombre realmente perverso o bien cae sobre un ser virtuoso. Se convendrá en que, en el primer caso, es casi indiferente que se diga un poco más de mal en contra de un hombre conocido por hacer mucho; tal vez incluso el mal que no existe echará luz sobre el que existe y entonces el malhechor será mejor conocido.

Si reinara una peste en Hanover, y exponiéndome a ella no corriera otro riesgo que el de ganarme un acceso de fiebre ¿podría sentir encono hacia el hombre que, para impedir que fuera allí, me hubiera dicho que en ese sitio uno muere no bien llega? No, sin duda; pues, atemorizándome con un gran mal, me ha impedido padecer uno pequeño.

Si la calumnia cae sobre un hombre virtuoso, que no se alarme: que se

muestre y todo el veneno del calumniador recaerá enseguida sobre él mismo. La calumnia, para los hombres virtuosos, sólo es un examen depurativo, tras el cual su virtud aparecerá más brillante. Incluso hay en esto un beneficio para el conjunto de las virtudes de la república; pues este hombre virtuoso y sensible, aguijoneado por la injusticia que acaba de padecer, se consagrará a proceder mejor todavía; querrá superar esa calumnia de la que se creía a salvo y sus buenas acciones se perfeccionarán. Así, en el primer caso, el calumniador habrá producido efectos bastante buenos, al magnificar los vicios del hombre peligroso; en el segundo, los habrá producido excelentes, obligando a la virtud a ofrecérsenos íntegramente. Pregunto ahora en qué aspecto puede pareceros temible el calumniador, sobre todo en un gobierno en que es tan esencial conocer a los malos y aumentar las energías de los buenos. Hay que guardarse, pues, de pronunciar pena alguna contra la calumnia; consideremosla como un fanal y como un estimulante, y en todo caso como algo muy útil. El legislador, todas cuyas ideas deben ser grandes como la obra a que él se entrega, no debe estudiar nunca el efecto del delito que sólo lesiona individualmente; lo que debe examinar es su efecto en el conjunto, y cuando observe de este modo los efectos que produce la calumnia, lo desafío a que encuentre en ella algo que sea punible; lo desafío a que pueda conferir algún matiz de justicia a la ley que la castigue; en cambio, se convierte en el hombre más justo y más íntegro si la favorece o la recompensa.

El robo es el segundo de los delitos morales cuyo examen nos hemos propuesto. Si recorremos la antigüedad, veremos el robo permitido y recompensado en todas las repúblicas de Grecia; Esparta o Lacedemonia lo favorecían abiertamente; algunos otros pueblos lo consideraron una virtud guerrera; es un hecho que mantiene el coraje, la fuerza, la destreza, todas las virtudes, en pocas palabras, que son útiles para un gobierno republicano y por lo tanto para el nuestro. Me atreveré a preguntar, sin parcialidad ahora, si el robo, cuyo efecto es igualar las riquezas, constituye un gran mal en un gobierno cuya meta es la igualdad. No, sin duda; pues, si por una parte mantiene la igualdad, por la otra hace al hombre más esmerado en la conservación de su bien. Hubo un pueblo que castigaba no al ladrón sino a quien se había dejado robar, a fin de enseñarle a cuidar sus bienes. Esto nos lleva a reflexiones más vastas.

Dios no permita que se entienda que quiero atacar o destruir aquí el juramento de respeto a la propiedad, que acaba de pronunciar la nación; pero, ¿se me permitirán algunas ideas sobre la injusticia de este juramento?

¿Cuál es el espíritu de un juramento pronunciado por todos los individuos de una nación? ¿Acaso no es mantener una perfecta igualdad entre los ciudadanos, someterlos a todos por igual a la ley protectora de las propiedades de todos? Ahora bien, os pregunto si es muy justa la ley que ordena a quien nada tiene respetar a quien todo lo tiene. ¿Cuáles son los elementos del pacto social? ¿No consiste en ceder un poco de su libertad y de sus propiedades para asegurar y mantener lo que se conserva de uno y de otro? Todas las leyes están apoyadas en estas bases, que son los motivos de los castigos infligidos a quien abusa de su libertad; que autorizan también los impuestos; lo que hace que un ciudadano no proteste cuando se los reclaman es que sabe que por medio de lo que da, se le conserva lo que le queda; pero, una vez más, ¿en virtud de qué derecho quien nada tiene se encadenaría conforme a un pacto que sólo protege a quien todo lo tiene? ¿Si lleváis a cabo un acto de equidad al conservar, mediante vuestro juramento, las propiedades del rico, no cometéis una injusticia al exigir ese juramento del "conservador" que nada tiene? ¿Qué interés puede tener éste en vuestro juramento? ¿Y por qué queréis que prometa una cosa que favorece únicamente a quien difiere tanto de él por sus riquezas? Nada hay más injusto, ciertamente: un juramento debe tener un efecto igual sobre todos los individuos que lo pronuncian: es imposible que pueda llegar a quien no tiene interés alguno en su mantenimiento porque en caso contrario ya no sería el pacto de un pueblo libre: sería el arma del fuerte contra el débil, contra el cual éste debería rebelarse sin cesar; ahora bien, esto es lo que ocurre con el juramento de respeto a los bienes que acaba de exigir la nación; sólo el rico compromete al pobre, sólo el rico tiene un interés en el juramento que pronuncia el pobre, con tanta irreflexión que no ve que por medio de este juramento, arrancado de su buena fe, se compromete a no hacer una cosa que no puede hacérsele a él mismo.

Convencidos, como debéis estarlo, de esa bárbara injusticia, no agravéis entonces vuestra injusticia castigando a quien nada tiene por haberse atrevido a sustraer alguna cosa a quien todo lo tiene: vuestro desigual juramento le da a ello más derecho que nunca. Obligándolo al perjurio mediante este juramento absurdo para él, legitimáis todos los crímenes a que le lleve ese perjurio; ya no os corresponde castigar, por lo tanto, eso de que habéis sido la causa. Al respecto no añadiré nada más para hacer sentir la horrible crueldad que implica castigar a los ladrones. Imitad la sabia ley del pueblo a que me acabo de referir: castigad al hombre bastante descuidado para dejarse robar pero no pronunciéis pena alguna contra quien ro-

ba; pensad que vuestro juramento lo autoriza a esa acción y que, llevándola a cabo, se ha limitado a seguir el primero y el más sabio de los impulsos de la naturaleza: el de conservar la propia existencia, a expensas de quien sea.

Los delitos que debemos examinar en esta segunda categoría de deberes del hombre hacia sus semejantes están representados por las acciones que puede hacer emprender el libertinaje, entre las que se destacan especialmente, como más atentatorias a lo que cada cual debe a los demás, la *prostitución*, el *adulterio*, el *incesto*, la *violación* y la *sodomía*. Por cierto que no debemos dudar ni un momento que todo cuanto se designa como crimen moral, es decir, todas las acciones de la especie de las que acabamos de citar, sea perfectamente indiferente en un gobierno cuyo único deber consiste en conservar, con los medios que más le convengan, la forma esencial para su mantenimiento: he aquí la única moral de un gobierno republicano. Pero como siempre está hostilizado por los déspotas no cabe imaginar razonablemente que sus medios de conservación puedan constituir *medios morales;* pues sólo se conservará por la guerra y nada menos moral que la guerra. Ahora pregunto cómo se llegará a demostrar que en un estado *inmoral* por sus obligaciones sea esencial que los individuos sean *morales*. Y digo más: es bueno que no lo sean. Los legisladores de Grecia habían sentido perfectamente bien la importante necesidad de engangrenar los miembros para que, influyendo su *disolución moral* sobre lo que es útil a la máquina, resultara de esto la insurrección que siempre es indispensable en un gobierno que, perfectamente feliz como el gobierno republicano, debe excitar necesariamente el odio y los celos de todo cuanto lo rodea. La insurrección, pensaban esos sabios legisladores, no es un estado *moral;* debe, no obstante, ser el estado permanente de una república. Sería, pues, tan absurdo como peligroso exigir que quienes deben mantener el perpetuo estremecimiento *moral* de la máquina fuesen en sí mismos seres muy *morales*, porque el estado moral de un hombre es un estado de paz y de tranquilidad, en tanto que su estado *inmoral* es un estado de movimiento perpetuo que lo acerca a la insurrección necesaria en la que es preciso que el republicano mantenga siempre el gobierno del que es miembro.

Pasemos ahora a los detalles y empecemos por analizar el pudor, ese impulso pusilánime, opuesto a los afectos impuros. Si estuviera en las intenciones de la naturaleza que el hombre fuera púdico, sin lugar a dudas no lo habría hecho nacer desnudo; una infinidad de pueblos, menos degradados que nosotros por la civilización, andan desnudos y no sienten ver-

güenza alguna; no se debe dudar que la costumbre de vestirse tuvo por únicas bases la inclemencia del aire y la coquetería de las mujeres; éstas sintieron que perderían con rapidez todos los efectos del deseo si los prevenían en vez de dejarlos nacer; concibieron que, como por otra parte la naturaleza no las había creado sin defectos, se asegurarían mucho mejor todos los medios de agradar si ocultaban esos defectos con adornos; así el pudor, en vez de ser una virtud, no fue, por lo tanto, sino uno de los primeros efectos de la corrupción, uno de los primeros recursos de la coquetería de las mujeres.

Licurgo y Solón, muy conscientes de que los resultados del impudor mantienen al ciudadano en el estado inmoral que es esencial para las leyes del gobierno republicano, obligaron a las muchachas a mostrarse desnudas en el teatro[6]. Enseguida Roma imitó este ejemplo: se danzaba desnudo en los juegos de Flora; la mayor parte de los misterios paganos se celebraban así; la desnudez pasó incluso por virtud entre ciertos pueblos. Sea como sea, del impudor nacen tendencias lujuriosas; lo que resulta de estas tendencias integra los pretendidos crímenes que analizamos y cuyo primer efecto es la prostitución. Ahora que estamos de vuelta de la multitud de errores religiosos que nos cautivaban y que, más cercanos a la naturaleza por la cantidad de prejuicios que acabamos de exterminar, sólo escuchamos su voz, seguros de que, si algo fuera criminal, más bien lo sería resistir los impulsos que nos inspira y combatirlos, persuadidos de que, como la lujuria es una consecuencia de esas tendencias, se trata mucho menos de extinguir en nosotros esa pasión que de reglamentar los medios para satisfacerla en paz. Debemos, por lo tanto, preocupamos por poner orden en este terreno, por establecer en él toda la seguridad necesaria para que el ciudadano, a quien la necesidad aproxima a los objetos de lujuria, pueda entregarse con esos objetos a todo lo que sus pasiones le prescriben, porque no hay en el hombre pasión alguna que tenga más necesidad de toda la amplitud de la libertad que ésta. En las ciudades han de construirse diversos edificios, limpios, vastos, debidamente amueblados y seguros desde todos los puntos; en ellos, todos los sexos, todas las edades y todas las criaturas serán ofrecidos a los caprichos de los libertinos que vayan a gozar y la cabal sumisión será la norma de los individuos ofrecidos; la más leve negativa será castigada al punto, arbitrariamente, por quien la haya recibido. Debo ahora explicar esto, confrontarlo con las costumbres republicanas; he prometido mantener siempre la misma lógica y cumpliré mi palabra.

Si, como acabo de decirlo, ninguna pasión tiene más necesidad de toda la

amplitud de la libertad que ésta, tampoco ninguna es tan despótica; en ella el hombre gusta ordenar, ser obedecido, rodearse de esclavos obligados a satisfacerlo; ahora bien, cuantas veces no deis al hombre el medio necesario de exhalar la dosis de despotismo que la naturaleza puso en el fondo de su corazón, para emitirla se arrojará sobre los objetos que le rodean y perturbará al gobierno. Permitid, si es que queréis evitar este peligro, la libre manifestación de esos deseos tiránicos que, a pesar suyo, le atormentan sin cesar; satisfecho por haber podido ejercer su pequeña soberanía en medio del harén de icoglanes o de sultanas que vuestros cuidados y su dinero le someten, saldrá contento y sin ningún deseo de perturbar un gobierno que le asegura con tanta complacencia todos los medios de su concupiscencia; ejerced, en cambio, procedimientos diferentes, imponed a esos objetos de la lujuria pública las ridículas trabas otrora inventabas por la tiranía ministerial y por la lubricidad de nuestros Sardanápalos[7]: el hombre, pronto amargado por vuestro gobierno, pronto celoso por el despotismo que os ve ejercer a solas, sacudirá el yugo que le imponéis y, cansado de vuestro modo de regirlo, lo cambiará como acaba de hacerlo.

Ved cómo los legisladores griegos, compenetrados de estas ideas, trataban el libertinaje. en Lacedemonia y Atenas: embriagaban de libertinaje al ciudadano, en vez de prohibírselo; ningún género de lubricidad le estaba prohibido y así Sócrates, declarado por el oráculo el más sabio de los filósofos de la tierra; Sócrates, que pasaba tranquilamente de los brazos de Aspasia a los de Alcibíades, no era por esto menos la gloria de Grecia. He de ir más lejos y, por contrarias que sean mis ideas a nuestras costumbres actuales, como es mi objeto probar que debemos apresuramos a cambiar esas costumbres si queremos conservar el gobierno adoptado, voy a tratar de convenceros de que la prostitución de las mujeres llamadas honradas no es más peligrosa que la de los hombres y que no sólo debemos asociarlas a las lujurias ejercidas en las casas que establezco sino que incluso debemos construir casas especiales para ellas, en las que sus caprichos y las necesidades de su temperamento, tanto más ardiente que el nuestro, pueda igualmente satisfacerse con todos los sexos.

En primer término, ¿con qué derecho pretendéis que las mujeres deban quedar exceptuadas de la ciega sumisión que la naturaleza les prescribe ante los caprichos de los hombres y, en segundo término, en virtud de qué otro derecho pretendéis someterlas a una continencia que es imposible para su físico y absolutamente inútil para su honor?

Voy a ocuparme separadamente de estas dos cuestiones.

Es un hecho que, en el estado de naturaleza, las mujeres nacen *vulgívagas, es* decir, gozan de las ventajas de los demás animales hembras y pertenecen, como éstos y sin excepción alguna, a todos los machos; tales fueron, sin duda alguna, las primeras leyes de la naturaleza y las únicas instituciones de las primeras congregaciones que hicieron los hombres. El *interés*, el *egoísmo* y el *amor* degradaron esas primeras concepciones tan sencillas y tan naturales, el hombre creyó enriquecerse tomando una mujer y, con ella, los bienes de su familia; he aquí satisfechos los dos primeros sentimientos que acabo de señalar; aún más a menudo, el hombre raptó a la mujer y se ligó con ella; he aquí el segundo motivo en acción y, en todos los casos, una injusticia.

Jamás puede ejercerse un acto de posesión sobre un ser libre; es tan injusto poseer exclusivamente una mujer como lo es poseer esclavos, todos los hombres han nacido libres, todos tienen iguales derechos: no perdamos nunca de vista estos principios; según esto, no se puede por lo tanto otorgar nunca a un sexo el derecho legítimo de apoderarse con carácter exclusivo del otro, ni nunca uno de estos sexos o una de estas clases puede poseer arbitrariamente al otro. Incluso una mujer, en la pureza de las leyes de la naturaleza, no puede alegar, como motivo de su negativa ante quien la desea, el amor que siente por otro, ya que este motivo se convierte en motivo de exclusión y ningún hombre puede ser excluido de la posesión de una mujer, desde el momento que es evidente que la mujer pertenece decididamente a todos los hombres. El acto de posesión sólo puede ejercerse sobre un inmueble o sobre un animal; no puede ejercérselo nunca sobre un individuo que se nos asemeja y todas las ataduras que pueden ligar una mujer a un hombre, de cualquier género que las supongáis, son tan injustas como quiméricas.

Si resulta, entonces, indiscutible que hemos recibido de la naturaleza el don de expresar nuestros derechos indistintamente a todas las mujeres, igualmente resulta indiscutible que tenemos el derecho de obligarlas a someterse a nuestros deseos, claro que no exclusivamente, pues en tal caso me estaría contradiciendo, pero sí momentáneamente[8]. Es innegable que tenemos derechos a establecer leyes que obliguen a la mujer a ceder a los deseos del hombre; siendo la misma violencia uno de los efectos de este derecho, podemos emplearla legalmente. ¿Y qué? ¿No demuestra la naturaleza que poseemos este derecho al proporcionarnos la fuerza necesaria para someterlas a nuestros deseos?

En vano harán hablar las mujeres, en su defensa, el pudor o su apego a

otros hombres; estos recursos quiméricos son nulos; ya hemos visto más arriba hasta qué punto es el pudor un sentimiento artificial y despreciable. El amor, al cual se le puede llamar la *locura del alma,* no tiene títulos para legitimar su constancia; como sólo satisface dos individuos, el ser amado y el ser amante, no puede servir para la felicidad de los demás y las mujeres nos han sido dadas para felicidad de todos y no para una felicidad egoísta y privilegiada. Todos los hombres tienen, por lo tanto, un derecho de goce igual sobre todas las mujeres: no hay, así, hombre alguno que, conforme a las leyes de la naturaleza, pueda atribuirse sobre una mujer un derecho único y personal. La ley que las obligará a prostituirse cuanto deseemos en las casas de libertinaje a que acabamos de referirnos y que las forzará a ello si se niegan y las castigará si no cumplen, es, por consiguiente, una de las leyes más equitativas y contra la que no puede formularse ninguna objeción legítima o justa.

El hombre que quiera gozar de cualquier mujer o muchacha podrá, pues, si las leyes que promulgáis son justas, hacerla emplazar para que se presente en una de las casas a que me he referido; y en ella, bajo la salvaguardia de las matronas de ese templo de Venus, la mujer o la muchacha le será entregada para que satisfaga, con tanta humildad como sumisión, todos los caprichos que el hombre quiera hacer con ella, por extraños e irregulares que sean, pues no hay ninguno que no sea de la naturaleza, ninguno que no sea reconocido por ella. Al respecto, lo único que quedaría por resolver seria el problema de la edad. Ahora bien, postulo que no se puede llevar a cabo esto sin menoscabar la libertad de aquél que desea gozar de una muchacha de una determinada edad. Quien tiene derecho a comer el fruto de un árbol puede, sin duda, cogerlo maduro o verde, según las inspiraciones de su gusto. Pero, se objetará, hay una edad en que las acciones del hombre dañarán decididamente la salud de la muchacha. Esta consideración carece de todo valor; puesto que me otorgáis el derecho de propiedad sobre el goce, este derecho es independiente de los efectos producidos por el goce; a partir de esto, resulta igual que dicho goce sea ventajoso o nocivo para el objeto que debe sometérsele. ¿No he demostrado ya que es legal forzar la voluntad de una mujer a este respecto y que no bien inspira el deseo de gozar debe someterse a este goce, abstracción hecha de todo sentimiento egoísta? Otro tanto vale por lo que hace a su salud. Las consideraciones que se tuvieran a este respecto destruyen o debilitan el goce de quien la desea y tiene el derecho de apropiársela. Estas consideraciones relativas a la salud se toman nulas porque aquí no se trata en absoluto de

lo que puede sentir el objeto condenado por la naturaleza y por la ley a la satisfacción momentánea de los deseos del hombre; en este examen, sólo se trata de lo que conviene a quien desea. Restableceremos el equilibrio.
Sí, lo restableceremos y sin duda debemos hacerlo; a estas mismas mujeres que acabamos de sojuzgar tan cruelmente, debemos sin lugar a dudas compensarlas, y esto es lo que va a constituir la respuesta a la segunda cuestión que me he planteado.
Si admitimos, como acabamos de hacerlo, que todas las mujeres deben estar sometidas a nuestros deseos, por cierto podemos permitirles igualmente que satisfagan ampliamente todos los suyos; nuestras leyes deben favorecer en este sentido su temperamento de fuego y es absurdo haber puesto su honor y su virtud en la fuerza antinatural que ponen para resistir a las tendencias que han recibido con mucha más profusión que nosotros; esta injusticia de las costumbres es tanto más indignante por cuanto consentimos a la vez en hacerlas débiles a fuerza de seducción y en castigarlas luego porque ceden a todos los esfuerzos que hemos hecho para provocar su caída. Me parece que todo lo absurdo de nuestras costumbres está grabado en esta injusta atrocidad, y esta exposición bastaría para hacernos sentir la extrema necesidad que tenemos de cambiarlas por otras más puras.
Digo, pues, que como las mujeres han recibido tendencias mucho más violentas que nosotros a los placeres de la lujuria, podrán entregarse a ésta cuanto deseen, absolutamente liberadas de todos los vínculos del himeneo, de todos los falsos prejuicios del pudor, absolutamente devueltas al estado de naturaleza; quiero que las leyes les permitan entregarse a tantos hombres como se les ocurra; quiero que el goce de todos los sexos y de todas las partes de sus cuerpos les esté permitido como a los hombres; y bajo la cláusula especial de entregarse igualmente a todos aquellos que las deseen, es preciso que tengan la libertad de gozar asimismo de todos aquellos que crean dignos de satisfacerlas.
¿Cuáles son, pregunto, los peligros de esta licencia? ¿Los niños que no tendrán padre? ¡Y qué! ¡Qué importa eso en una república en la que todos los individuos deben tener como única madre a la patria, donde todos los que nacen son sin excepción hijos de la patria! ¡Oh! ¡Cuánto más la amarán los que no habiendo conocido nunca sino esta madre, sabrán desde su nacimiento que sólo de ella deben esperarlo todo! No penséis en formar buenos republicanos mientras aisléis en sus familias a los niños, quienes deben pertenecer nada más que a la república. Al dar allí sólo a unos cuantos individuos la dosis de afecto que deben repartir entre todos sus herma-

nos, adoptan inevitablemente los prejuicios a menudo peligrosos de esos individuos; sus opiniones, sus ideas se aíslan, se particularizan y todas las virtudes de un hombre de Estado se les hacen absolutamente imposibles. Abandonando finalmente su corazón entero a quienes les dieron nacimiento, ya no pueden encontrar en el corazón afecto alguno para la que debe hacerlos vivir, hacerlos conocer e ilustrarlos, como si estas segundas bondades no fueran más importantes que las primeras. Si es sumamente inconveniente dejar que los niños se nutran así en sus familias de intereses que a menudo difieren mucho de los de la patria, hay por lo tanto las mayores ventajas en separarlos de ellas, ¿y no lo son naturalmente por los medios que propongo, ya que al destruir absolutamente todos los lazos del himeneo, sólo nacerán de los placeres de la mujer niños a quienes el conocimiento de su padre les está absolutamente prohibido y con ello los medios de pertenecer a una misma familia, en vez de ser, como deben serlo, únicamente hijos de la patria?

Habrá, por lo tanto, casas destinabas al libertinaje de las mujeres y al igual que aquéllas para hombres, bajo la protección del gobierno; en ellas se les facilitarán todos los individuos de uno y otro sexo que puedan desear y cuanto más frecuenten estas casas, más estimadas serán. No hay nada tan bárbaro y tan ridículo como haber asociado el honor y la virtud de las mujeres a la resistencia que oponen a deseos que han recibido de la naturaleza y que excitan sin cesar quienes tienen la barbarie de culparla. Desde la más tierna edad[9], una niña liberada de los vínculos paternales, no teniendo ya que conservar nada para el himeneo (absolutamente abolido por las sabias leyes que deseo), por encima del prejuicio que antaño encadenaba su sexo, podrá, pues, entregarse a todo cuanto le dicte su temperamento en las casas establecidas para este fin; en ellas será recibida con respeto, satisfecha con profusión y, de vuelta en la sociedad, podrá hablar tan públicamente de los placeres que haya gustado como hoy lo hace de un baile o de un paseo. Sexo encantador: seréis libres; gozaréis como los hombres de todos los placeres que os impone la naturaleza; no os detendréis ante ninguno. ¿La parte más divina de la humanidad debe recibir cadenas de la otra? ¡Oh! Rompedlas, la naturaleza así lo quiere; no tengáis otro freno que el de vuestras inclinaciones ni otras leyes que vuestros deseos ni otra moral que la de la naturaleza; no padezcáis más bajo esos bárbaros prejuicios que mancillaban vuestros encantos y cautivaban los impulsos divinos de vuestros corazones[10]; sois libres como nosotros y la carrera de los combates de Venus os está abierta como a nosotros; no temáis ya absurdos re-

proches; la pedantería y la superstición están aplastadas; ya no se os verá ruborizar por vuestros encantadores excesos; coronadas de mirtos y de rosas, la estima que concebiremos por vosotras sólo estará ahora en relación con el mayor grado de extensión que os hayáis permitido darles.

Lo que acaba de decirse debería, sin duda, dispensarnos de examinar el adulterio; echémosle, no obstante, un vistazo, por muy nulo que sea conforme a las leyes que establezco. ¡Hasta que punto era ridículo considerarlo un acto criminal en nuestras antiguas instituciones! Si había algo absurdo en el mundo, seguramente lo era la eternidad de los vínculos conyugales. A mi parecer, bastaba examinar o sentir todo el grosero peso de esos lazos para dejar de considerar crimen la acción que los aliviaba; como la naturaleza, según acabamos de decirlo, dota a las mujeres de un temperamento más ardiente y de una sensibilidad más profunda que a los individuos del otro sexo, el yugo de un himeneo eterno era para ellas tanto más pesado. Mujeres tiernas y abrazadas por el fuego del amor, resarcíos ahora sin temor; persuadíos de que no hay mal alguno en seguir los impulsos de la naturaleza, que no os ha creado para un solo hombre sino para complacer indistintamente a todos. Que no os detenga ningún freno. Imitad a los republicanos de Grecia; jamás los legisladores que les dieron leyes imaginaron hacer un crimen del adulterio y casi todos autorizaron el desorden de las mujeres. Tomás Moro demuestra, en su *Utopía*, que es ventajoso para las mujeres entregarse al libertinaje y las ideas de este gran hombre no siempre eran sueños[11].

Entre los tártaros, cuanto más se prostituía una mujer, más honrada era; llevaba públicamente en el cuello las señales de su impudicia y no se estimaba en absoluto a las que no estaban así adornadas. En el Perú, las propias familias entregan sus mujeres o sus hijas a los extranjeros de viaje por allí, ¡se las alquila a tanto por día como si fueran coches o caballos! Volúmenes enteros no alcanzarían para demostrar cumplidamente que nunca la lujuria fue considerada criminal entre ninguno de los pueblos prudentes de la tierra. Bien saben todos los filósofos que sólo a los impostores cristianos les debemos el verla erigida *en* crimen. Los sacerdotes tenían sus buenos motivos para prohibirnos la lujuria: esa recomendación, al reservarles el conocimiento y la absolución de los pecados secretos, les daba un increíble dominio sobre las mujeres y les abría una carrera de lubricidad cuya extensión no tenía límites. Es sabido el partido que sacaron de esto y cómo seguirían abusando si su crédito no estuviera perdido sin remedio.

¿Es más peligroso el incesto? No, sin duda, pues extiende los vínculos de

las familias y por consiguiente hace más activo el amor de los ciudadanos por la patria; nos es dictado por las primeras leyes de la naturaleza, lo sentimos, y el goce de les objetos que nos pertenecen nos parece siempre más delicioso. Las primeras instituciones favorecían el incesto; se lo encuentra en el Origen mismo de las sociedades; está consagrado en todas las religiones; todas las leyes lo han favorecido. Si recorremos el universo, encontramos el incesto establecido por doquier. Los negros de la costa de la pimienta y del río Gabón prostituyen sus mujeres a sus propios hijos; en el reino de Juda, el hijo mayor debe casarse con la mujer de su padre; los pueblos de Chile se acuestan indistintamente con sus hermanas y sus hijas, y a menudo se casan a la vez con la madre y la hija. En pocas palabras, oso asegurar que el incesto debería ser la ley de todo gobierno cuya base es la fraternidad. ¡Cómo es posible que hombres razonables pudieran llevar el absurdo al punto de creer que el goce de su madre, de su hermana o de su hija, llegara a convertirse en acto criminal! ¿No es, os pregunto, un prejuicio abominable el que presenta como crimen a un hombre el hecho de estimar más para su goce el objeto a que más lo aproxima el sentimiento de la naturaleza? Sería lo mismo que decir que nos está prohibido amar demasiado a los individuos que la naturaleza nos prescribe amar más y que cuanto más nos da inclinaciones hacia un objeto, más nos ordena al mismo tiempo alejarnos de él. Esas contradicciones son absurdas; sólo pueblos embrutecidos por la superstición pueden creerlas o adoptarlas. La comunidad de mujeres que establezco acarrea necesariamente el incesto y por lo tanto queda poco que decir sobre un supuesto delito cuya nulidad está ya demasiado demostrada para insistir en ella; y vamos a pasar a la violación, que parece ser, a primera vista, entre todos los excesos del libertinaje aquél cuya lesión está mejor establecida, en razón del ultraje que parece cometer. No obstante es cierto que la violación, acción tan poco frecuente y tan difícil de probar, causa menos daño al prójimo que el robo, puesto que éste invade la propiedad que aquél se limita a deteriorar. Por otra parte, ¿qué podríais responder al violador si éste os dice que en realidad el daño que ha causado es muy reducido, ya que se ha limitado a poner un poco más pronto el objeto de que ha abusado en el mismo estado en que a poco le habrían puesto el himeneo o el amor?

Pero, la sodomía, ese supuesto crimen que atrajo el fuego de los cielos sobre las ciudades que se entregaban a él, ¿no es acaso un desvarío monstruoso, cuyo castigo nunca será bastante fuerte? Es sin duda muy doloroso para nosotros tener que reprochar a nuestros antepasados las matanzas

judiciales que osaron permitirse a este respecto. ¿Es posible ser tan bárbaro que se condene a muerte a un desdichado individuo cuyo único delito consiste en no tener los mismos gustos vuestros? Uno se estremece al pensar que no hace aún cuarenta años el absurdo de los legisladores estaba todavía en eso. Consolaos, ciudadanos: semejantes absurdos no ocurrirán más: de ello responde la sabiduría de vuestros legisladores. Perfectamente esclarecidos sobre esta debilidad de ciertos hombres, hoy se sabe muy bien que semejante error no puede ser criminal y que la naturaleza no podría haber atribuido al. fluido que corre por nuestros flancos tanta importancia como para encolerizarse por el camino que nos plazca hacer tomar a ese licor.

¿Cuál es el único crimen que puede haber aquí? Seguramente no es el de depositarse en uno u otro lugar, a menos que se pretenda sostener que no todas las partes del cuerpo se asemejan y que las hay puras e impuras; pero, como es imposible defender semejantes absurdos, el único supuesto delito no puede consistir en este caso sino en la pérdida del semen. Ahora bien, os pregunto si es verosímil que ese semen sea tan precioso a los ojos de la naturaleza que resulte imposible perderlo sin cometer un crimen. ¿Procedería ella todos los días a esas pérdidas si así fuera, y no equivale a autorizarlas el permitirlas en los sueños, en el acto del goce de una mujer encinta? ¿Es posible imaginar que la naturaleza nos diera la posibilidad de un crimen que la ultrajaría? ¿Es posible que consienta que los hombres la destruyan en sus placeres, y por eso se vuelvan más fuertes que ella misma? Es inaudito el abismo de absurdidades en que se cae, al pensar, cuando se abandona la luz de la razón. Estemos pues seguros de que es tan sencillo gozar de uno u otro modo a la mujer, que es completamente indiferente gozar una muchacha o un joven, y que así como es claro que no pueden existir en nosotros otras tendencias que las que tenemos por naturaleza, ella es demasiado sabia y prudente como para haber puesto algo en nosotros que pueda ofenderla.

La sodomía es el resultado de la constitución humana, y nosotros no contribuimos para nada en ella. Los niños de más tierna edad anuncian este gusto, y no se corrige ya más. En ocasiones es el fruto de la saciedad; pero, aún en este caso ¿pertenece menos a la naturaleza? Bajo todo punto de vista es su obra, y siempre debe respetarse lo que ella inspira. Si por un recuento exacto se llegara a demostrar que este gusto afecta infinitamente más que el otro, que los placeres que otorga son mucho más vivos, y que en razón de esto sus partidarios son mil veces más numerosos que sus ene-

migos, ¿no podría concluirse entonces que, lejos de ultrajar a la naturaleza, este vicio sirve a sus designios, y que ella favorece mucho menos la progenitura de lo que hemos tenido la locura de creer? Ahora bien, recorriendo el universo, ¡cuántos pueblos vemos despreciar a las mujeres! Hay algunos que no se sirven de ellas más que para tener los niños necesarios para la sucesión. La costumbre que tienen los hombres de vivir juntos en las repúblicas hará siempre este vicio más frecuente, pero esto ciertamente no es peligroso. ¿Los legisladores de Grecia lo habrían introducido en su república si lo hubieran creído? Al contrario, lo concebían necesario para un pueblo guerrero. Plutarco nos habla con entusiasmo del batallón de los *amantes* y de los *amados;* ellos solos defendieron durante largo tiempo la libertad de Grecia. Este vicio reina en las asociaciones de camaradas de armas, y las consolida. Los más grandes hombres le son afectos. Toda América, al tiempo del descubrimiento, se encontraba habitada por hombres con este gusto. En Luisiana, tierra de los Illinois, los indios se prostituían como cortesanas vestidos de mujer. Los negros de Benguela mantienen públicamente sus hombres; casi todos los serrallos de Argelia están hoy poblados sólo por jóvenes. No satisfechos con tolerarlo, en Tebas ordenaron el amor de los efebos; el filosofo de Queronea lo prescribía para suavizar las costumbres de los jóvenes.

Sabemos hasta qué punto este vicio señoreaba en Roma: había lugares públicos donde los jóvenes y las muchachas se prostituían, unos vestidos de mujer y las otras de hombre. Marcial, Cátulo, Tibulio, Horacio y Virgilio escribían a los hombres como a sus amantes, y leemos finalmente en Plutarco[12] que las mujeres no debían tener parte alguna en el amor de los hombres. Los Amasiens de la isla de Creta raptaban otrora con singulares ceremonias a sus jóvenes efebos. Cuando amaban a uno, avisaban a sus padres el día en que el raptor realizaría su obra; el joven oponía alguna resistencia si su amante no lo satisfacía; en caso contrario, partía con él. El seductor lo devolvía a su familia tan pronto como le hubiese utilizado; puesto que tanto en esta pasión como en la de las mujeres se tiene siempre demasiado desde que se tiene bastante. Estrabón nos dice que en la misma isla, no era sino con muchachos que se llenaban los serrallos: se los prostituía públicamente.

¿Veamos una última autoridad, para probar en qué medida este vicio es útil a una república? Escuchemos a Jerónimo el Peripatético: "El amor de los adolescentes, nos dice, se difundió en toda Grecia, porque daba coraje y fuerza, porque servía para expulsar a los tiranos; las conspiraciones se formaban entre los amantes, y ellos se dejaban torturar antes que denunciar a

sus cómplices; así el patriotismo sacrificaba todo a la prosperidad del Estado; seguros de que estas relaciones afirmaban a la república, se declamaba contra las mujeres, y constituía una debilidad reservada al despotismo ligarse a una de tales criaturas". Siempre la pederastia fue el vicio de los pueblos guerreros. César nos enseña que los galos le eran extraordinariamente afectos. Las guerras que debían sostener las repúblicas, separando por fuerza a los dos sexos, propagaban el vicio. Cuando se reconocían sus consecuencias útiles para el Estado, pronto era consagrado por la religión. Es sabido que los romanos santificaron los amores de Júpiter y de Ganymedes; Sixto Empírico nos asegura que esta fantasía era obligatoria entre los persas. Finalmente las mujeres, celosas y despreciadas, ofrecen a sus maridos los mismos servicios que ellos recibían de los adolescentes; algunos ensayaron y volvieron a sus antiguas prácticas, no siendo posible la ilusión.

Los turcos, fuertes adeptos a esta depravación que Mahoma consagra en su Corán, aseguran no obstante que una virgen muy joven puede remplazar bastante bien a un joven, y raramente las suyas sé volvían mujeres antes de haber pasado por esta prueba. Sixto Quinto y Sánchez permitían este exceso, y el segundo intentó aún probar que era útil a la propagación de la especie, y que un niño creado después de este curso previo devenía infinitamente mejor constituido. Por último, las mujeres se resarcen entre ellas. Esta fantasía no tiene sin duda más inconvenientes que la otra, porque su resultado no es otro que la negativa a concebir, y porque los recursos de los que la gente gusta son suficientemente fuertes como para que sus enemigos puedan perjudicarlos. Los griegos apoyaban asimismo este desvarío de las mujeres, y se basaban en razones de Estado. Resultó que, bastándose entre ellas, sus contactos con los hombres fueron menos frecuentes y no lesionaron así los asuntos de la república. Luciano nos enseña qué progreso realizó esta licencia, y no es sin interés que nosotros la vemos en Safo.

En pocas palabras, no hay clase alguna de peligro en estas manías: se remontan tan lejos, casi hasta acariciar los monstruos y los animales, así como tenemos el ejemplo de muchos pueblos; no habrá sin duda en todas estas tonterías el más pequeño inconveniente, porque la corrupción de las costumbres, siendo muy útil al gobierno, no será perniciosa bajo ningún aspecto, y debemos esperar de nuestros legisladores suficiente prudencia y sabiduría para estar seguros de que ninguna ley vendrá de ellos para la represión de estas miserias que, procediendo en absoluto de nuestra cons-

titución, no harán más culpable a quien les sea afecto que aquél a quien la naturaleza hizo contrahecho.
Sólo nos queda ahora por examinar el asesinato en la segunda categoría de los delitos del hombre hacia sus semejantes y enseguida pasaremos a sus deberes hacia sí mismo. De todas las ofensas que el hombre puede hacer a sus semejantes, el asesinato es, sin disputa, la más cruel, puesto que le despoja del único bien que haya recibido de la naturaleza, del único cuya pérdida sea irreparable. Diversas cuestiones se plantean aquí, empero, abstracción hecha del daño que el asesinato causa a quien es su víctima.

1. Dicha acción, considerando únicamente las leyes de la naturaleza, ¿es realmente criminal?
2. ¿Lo es en relación con las leyes de la política?
3. ¿Es nociva para la sociedad?
4. ¿Cómo debe ser considerada en un gobierno republicano?
5. Por último, ¿el asesinato debe ser reprimido mediante el asesinato?

Vamos a examinar separadamente cada una de estas cuestiones: el objeto es bastante fundamental para que nos permita detenernos en él. Tal vez nuestras ideas parecerán un poco arriesgadas; ¿qué importa eso? ¿No hemos adquirido el derecho de decirlo todo? Desarrollemos grandes verdades ante los hombres: las esperan de nosotros; es tiempo que el error desaparezca, es preciso que su corona caiga al lado de la de los reyes. ¿Es el asesinato un delito a los ojos de la naturaleza? He aquí la primera cuestión planteada.
Sin duda, vamos a humillar el orgullo del hombre, rebajándolo al rango de todas las demás producciones de la naturaleza, pero el filósofo no mima las pequeñas vanidades humanas: corre siempre con ardor tras la verdad, la descubre bajo los necios prejuicios del amor propio, la alcanza, la desarrolla y audazmente la muestra a la tierra estupefacta.
¿Qué es el hombre y qué diferencia existe entre él y las plantas, entre él y los demás animales de la naturaleza? Ninguna, sin duda. Fortuitamente colocado, como ellos, sobre este globo, nace como ellos, se propaga, crece y decrece como ellos; llega como ellos a la vejez y cae como ellos en la nada tras el término que la naturaleza asigna a cada especie, en virtud de la construcción de sus órganos. Si las semejanzas son a tal punto exactas que se le hace absolutamente imposible al ojo inquisidor del filósofo percibir diferencia alguna, habrá por lo tanto el mismo o bien tan poco mal en matar un animal o un hombre, y sólo en los prejuicios de nuestro orgullo se

encontrará la distancia; pero nada es por desgracia tan absurdo como los prejuicios del orgullo. Insistimos, empero, en el problema. No podéis oponeros a que sea igual destruir un hombre o una bestia; pero, la destrucción de todo ser vivo ¿no es, decididamente un mal, según lo pensaban los pitagóricos y según lo creen hoy mismo los habitantes de la ribera del Ganges? Antes de responder a esto, recordemos ante todo a los lectores que sólo examinamos el problema en lo relativo a la naturaleza; luego lo consideraremos en relación con los hombres.

Ahora bien, pregunto de qué precio pueden ser para la naturaleza individuos que no le cuestan ni la menor pena ni la menor preocupación. ¿No estima su obra el obrero en razón del trabajo que le cuesta, del tiempo que le lleva crearla? Ahora bien, ¿qué le cuesta el hombre a la naturaleza? Y, suponiendo que le cuesta, ¿le cuesta más que un mono o un elefante? Iré más lejos todavía: ¿cuáles son las materias generadoras de la naturaleza? ¿De qué se componen los seres que vienen a la vida? ¿Los tres elementos que los forman no proceden de la destrucción primitiva de los otros cuerpos? Si todos los individuos fueran eternos, ¿no se le haría imposible a la naturaleza crear otros nuevos? Si la eternidad de los seres es una imposibilidad para la naturaleza, la destrucción se convierte por consiguiente en una de sus leyes. Ahora bien, si las destrucciones le son tan útiles que no puede prescindir en absoluto de ellas, y si no puede lograr sus creaciones sin recurrir a esas masas de destrucción que le prepara la muerte, desde este momento la idea de aniquilación que atribuimos a la muerte deja de ser real; ya no hay aniquilación comprobada; lo que llamamos el fin de un animal que tiene vida ya no es un fin sino una mera transmutación cuya base es el movimiento perpetuo, verdadera esencia de la naturaleza y admitida por todos los filósofos modernos como una de sus primeras leyes. La muerte, conforme a estos principios irrefutables, sólo constituye un cambio de forma, un paso imperceptible de una existencia a otra, y esto es lo que Pitágoras llamaba metempsicosis.

Aceptadas estas verdades, pregunto si cabe sostener que la destrucción es un crimen. A fin de conservar vuestros absurdos prejuicios, ¿osaréis decirme que la transmutación es una destrucción? No, sin duda; pues para ello sería necesario probar la existencia de un instante de inacción en la materia, de un momento de reposo. Pero, jamás descubriréis ese momento. Pequeños animales se forman en el instante en que el gran animal pierde la respiración y la vida de esos pequeños animales sólo es uno de los efectos necesarios determinados, por el sueño momentáneo del grande.

¿Osaréis decirme ahora que el uno agrada más a la naturaleza que los otros? Para ello se precisaría demostrar algo que es imposible: que la forma alargada o cuadrada es más útil, más agradable a la naturaleza, que la forma oblonga o triangular; sería preciso demostrar que, habida cuenta de los planes sublimes de la naturaleza, un holgazán que engorda en la inacción y la indolencia es más útil que el caballo, cuyo servicio es tan esencial o que el buey, cuyo cuerpo es tan precioso que son útiles todas sus partes sin excepción; sería necesario decir que la serpiente venenosa es más necesaria que el perro fiel.

Por lo tanto, y como todos estos sistemas son insostenibles, hay que aceptar resueltamente la imposibilidad en que estamos de aniquilar las obras de la naturaleza, considerando que lo que hacemos, al entregarnos a la destrucción, sólo equivale a operar una variación en las formas, pero que no puede extinguir la vida, y supera entonces las fuerzas humanas la tarea de probar que pueda haber crimen alguno en la supuesta destrucción de una criatura, de cualquier edad, de cualquier sexo o de cualquier especie que la supongáis. Llevados todavía más lejos por la serie de nuestras deducciones, todas las cuales nacen las unas de las otras, será por último necesario convenir en que, en vez de perjudicar la naturaleza, la acción que cometéis, al variar las formas de sus diferentes obras, es ventajosa para ella, ya que le proporcionáis mediante esta acción la materia prima de sus reconstrucciones, cuya elaboración se le volvería impracticable si vosotros no aniquilarais. ¡Y qué!, Dejadla hacer, se os dice; por cierto, hay que dejarla hacer, pero son sus impulsos lo que el hombre sigue cuando se entrega al homicidio; es la naturaleza quien lo aconseja y el hombre que destruye a su semejante es a la naturaleza lo que le es la peste o la hambruna, igualmente enviadas por su mano, la que se sirve de todos los medios posibles para obtener más pronto esta materia prima de destrucción, absolutamente esencial para estas obras.

Dignémonos iluminar un momento nuestra alma con la santa antorcha de la filosofía; ¿qué otra voz que la de la naturaleza nos sugiere los odios personales, las venganzas y las guerras, en pocas palabras, todos estos motivos de perpetuas matanzas? Ahora bien, si ella nos los aconseja, tiene por lo tanto necesidad de ellos. ¿Cómo podemos, pues, conforme a esto, suponernos culpables frente a ella, ya que nos limitamos a seguir sus opiniones? Pero he aquí más de lo necesario para convencer a cualquier lector ilustrado de que es imposible que el asesinato pueda ultrajar a la naturaleza.

¿Es un delito en política? Atrevámonos a reconocer, por el contrario, que

infortunadamente no es sino uno de los mas poderosos resortes de la política. ¿No es, acaso, a fuerza de asesinatos que Roma se convirtió en señora del mundo? ¿No es a fuerza de asesinatos que Francia es hoy libre? Inútil es advertir aquí que sólo se habla de las muertes causadas por la guerra y no de las atrocidades cometidas por los facciosos y los desorganizadores; esos, condenados a la execración pública, sólo necesitan ser recordados para excitar por siempre el horror y la indignación generales. ¿Qué ciencia humana tiene más necesidad de sostenerse mediante la matanza que la que sólo tiende a engañar, que la que tiene por único objeto el crecimiento de una nación a expensas de otra? Las guerras, únicos frutos de esta bárbara política, ¿son otra cosa que los medios de que ella se nutre, con los que se fortalece, con los que se apuntala? ¿Y qué es la guerra sino la ciencia de destruir? ¡Extraña ceguera la del hombre que enseña públicamente el arte de matar, que recompensa a quien lo hace con más éxito y que castiga a quien, por un motivo privado, se deshace de su enemigo! ¿No es tiempo ya de corregir tan bárbaros errores?

Por último, ¿es el asesinato un delito contra la sociedad? ¡Quién pudo alguna vez imaginarlo, sensatamente! ¡Oh! ¿Qué importa a esta numerosa sociedad que se cuente en ella un miembro de más o de menos? ¿Sus leyes, sus usos y costumbres serán viciados por esto? Nunca la muerte de un individuo influyó sobre la masa general. ¿Después de la pérdida de la más grande batalla, ¡qué digo! después de la extinción de la mitad del mundo y, si se quiere, de su totalidad, el pequeño número de seres que sobreviviera experimentaría acaso la mínima alteración material? ¡Ay! , No. La naturaleza entera tampoco lo experimentaría y el tonto orgullo del hombre, que se cree que todo ha sido hecho para él, quedaría muy menoscabado después de la destrucción total de la especie humana si viera que nada ha variado en la naturaleza y que el curso de los astros ni siquiera se ha retardado. Prosigamos. ¿Cómo debe ser visto el asesinato en un estado guerrero y republicano?

Sería sin duda sumamente peligroso cubrir de oprobio esta acción o castigarla. La intrepidez del republicano exige un poco de ferocidad; si se ablanda, si su energía se pierde, en poco tiempo será subyugado. Una reflexión muy singular se ofrece aquí, pero como es verdadera a pesar de su audacia, la enunciaré. Una nación que empieza a regirse como república sólo se sostendrá mediante virtudes, ya que, para llegar al máximo, hay que comenzar siempre por el mínimo; pero una nación ya vieja y corrompida que sacuda valientemente el yugo de su gobierno monárquico para

adoptar el gobierno. republicano sólo se mantendrá a través de muchos crímenes; pues ya está sumida en el crimen y si quiere pasar del crimen a la virtud, o sea, de un estado violento a un estado tranquilo, caerá en una inercia cuya ruina segura será pronto el resultado. ¿Qué sería del árbol que se trasladara de una tierra llena de vigor a una llanura arenosa y seca? Todas las ideas intelectuales están de modo tal supeditadas a la física de la naturaleza que las comparaciones proporcionadas por la agricultura no nos engañarán nunca en moral.

Los más independientes de todos los hombres, los más próximos a la naturaleza, los salvajes, se entregan diariamente con impunidad a las matanzas. En España y en Lacedemonia se iba a la caza de los ilotas como nosotros en Francia vamos a la de perdices. Los pueblos más libres son los que más las aceptan. En Mindanao, quien quiere cometer un asesinato es elevado al rango de los valientes; se lo condecora enseguida con un turbante; entre los caraguos, es preciso haber dado la muerte a siete hombres para alcanzar los honores de ese tocado; los habitantes de Borneo creen que todos aquellos a quienes dan muerte los servirán cuando dejen de vivir; incluso los devotos españoles hacían voto a Santiago de Galicia de matar doce americanos por día; ¡en el reino de Tangut, se escoge un hombre fuerte y vigoroso, a quien le está permitido, durante determinados días del año, matar a todo el que encuentra! ¿Ha habido un pueblo más amigo de las matanzas que los judíos? Se lo ve en todas las formas, en cada una de las páginas de su historia.

El emperador y los mandarines de China adoptan de tiempo en tiempo medidas para hacer que el pueblo se rebele a fin de conseguir con estas maniobras el derecho a cometer carnicerías espantosas. Y si ese pueblo blando y afeminado algún día se libera del yugo de sus tiranos, los exterminará a su vez y con tanta más razón, el crimen, siempre adoptado, siempre necesario, se habrá limitado a cambiar de víctimas: era la dicha de unos, se convertirá en la felicidad de otros.

Una infinidad de naciones toleran los asesinatos públicos: están absolutamente permitidos en Génova, en Venecia, en Nápoles y en Albania entera; en Kachao, en la orilla de Santo Domingo, los asesinos, con una vestimenta conocida y aceptada, degüellan por orden vuestra y ante vuestros ojos al individuo que les indiquéis. Los indios toman opio para incitarse a la matanza, precipitándose luego en las calles, dan muerte a todos los que encuentran; no faltan viajeros ingleses que hayan vuelto a encontrar esta manía en Batavia.

¿Qué pueblo fue a la vez más grande y más cruel que los romanos y qué nación conservó por más tiempo su esplendor y su libertad? El espectáculo de los gladiadores sostuvo su coraje, se hizo guerrera por el hábito de convertir la matanza en un juego. Doce o quince centenares de víctimas por día cubrían las arenas del circo y allí, las mujeres, más crueles que los hombres, osaban exigir que los agonizantes cayesen con gracia y que se destacasen aún bajo las convulsiones de la muerte. Los romanos pasaron de esto al placer de ver cómo los enanos se degollaban entre sí; y cuando el culto cristiano, infectando la tierra, vino a persuadir a los hombres de que era malo matarse, los tiranos inmediatamente encadenaron a este pueblo y los héroes del mundo se convirtieron pronto en juguetes.

Por último se pensó en todas partes, y con razón, que el asesino, es decir, el hombre que ahogaba su sensibilidad hasta el punto de matar a su semejante y desafiar la venganza pública o particular, en todas partes, repito, se pensó que un hombre así tenía necesariamente que ser muy valioso y por consiguiente muy precioso en un gobierno guerrero o republicano. Recorramos ahora naciones que, más feroces todavía, procedieron a inmolar niños y muy a menudo los suyos propios. Veremos esas medidas universalmente adoptadas e incluso algunas veces incorporadas a la legislación. Muchas poblaciones salvajes matan sus niños en cuanto nacen. Las madres, en las orillas del Orinoco, convencidas de que sus hijas nacían para ser desdichadas, ya que su destino era ser esposas de los salvajes de la región, que no podían soportar a las mujeres, las inmolaban no bien daban a luz. En la Trapabone y en el reino de Sopit, todos los niños deformes eran sacrificados por sus propios padres. Las mujeres de Madagascar entregaban a las bestias salvajes los niños nacidos en determinados días de la semana. En la república de Grecia se examinaba cuidadosamente a todos los niños venidos al mundo, y si no se los hallaba conformados de modo que un día pudieran defender a la república, se los inmolaba con presteza: allí no se juzgaba esencial erigir casas ricamente provistas para conservar esa abyecta escoria de la naturaleza humana[13]. Casi a fines del siglo del Imperio, todos los romanos que no deseaban alimentar a sus niños los arrojaban en los vertederos de basura. Los antiguos legisladores no tuvieron ningún escrúpulo en consagrar los niños a la muerte, y jamás ninguno de sus códigos reprimió los derechos que un padre creía tener siempre sobre su familia. Aristóteles aconsejaba el aborto; y estos viejos republicanos, llenos de entusiasmo, de ardor por la patria, desconocían esa conmiseración individual que se encuentra entre las naciones modernas; amaban

menos a los niños, pero querían mejor a su país. En todas las ciudades de China se encuentra cada mañana una increíble cantidad de niños abandonados en las calles; una carreta los recoge al amanecer, y son arrojados en una fosa; a menudo las propias parteras desembarazan a las madres ahogando enseguida sus frutos en tinas de agua hirviente o tirándolos en el río. En Pekín, se los encuentra dentro de pequeños cestos de junco que se abandonan en los canales; todos los días se limpian estos canales, y el célebre viajero Duhalde calcula en más de treinta mil el número diario que se extrae en cada búsqueda. No puede negarse la extraordinaria necesidad, sumamente política, de colocar un dique al aumento de población en un gobierno republicano; lo contrario sería, de hecho, alentar la instauración de una monarquía; en ella los tiranos, que miden su riqueza por el número de esclavos, seguramente necesitan hombres; pero la abundancia de población, no lo dudéis, es un real vicio en un gobierno republicano; no es sin embargo necesario el degüello para disminuirla, como lo proclaman nuestros modernos decenviros: no hay más que privarla de los medios de extenderse más allá de los límites que su felicidad le prescribe. Guardaos de multiplicar demasiado un pueblo donde cada ser es soberano, y estad bien seguros de que las revoluciones no son nunca efecto de una población muy numerosa. Si por el esplendor del Estado otorgáis a vuestros guerreros el derecho a destruir hombres, por la conservación de ese mismo Estado acordad igualmente a cada individuo que se entregue, si lo quiere, puesto que puede hacerlo sin ultrajar la naturaleza, al derecho de deshacerse de los niños que no puede alimentar o de los que el gobierno no puede sacar ningún provecho; acordadle también el derecho a deshacerse, a su riesgo, de todos los enemigos que puedan molestarle ya que el resultado de todas estas acciones, absolutamente nulas en sí mismas, será mantener vuestra población en un estado moderado y nunca bastante numerosa para derrocar vuestro gobierno. Dejadles decir a los monárquicos que un Estado sólo es grande en virtud de su extrema población: tal Estado siempre será pobre si su población sobrepasa sus medios de vivir y siempre estará floreciente si, mantenido dentro de justos límites, puede traficar con sus excedentes. ¿No podáis el árbol que tiene un exceso de ramas? Y, para conservar el tronco, ¿no podáis las ramas? Todo sistema que se aparta de estos principios es una extravagancia cuyos abusos nos llevarían pronto al derrumbe total del edificio que acabamos de levantar con tantos esfuerzos; pero al hombre no hay que destruirlo a fin de disminuir la población, cuando está ya formado. Es injusto abreviar los días de un individuo bien cons-

tituido; no lo es, afirmo, impedir que llegue a la vida un ser que ciertamente será inútil al mundo. La especie humana debe ser depurada desde la cuna; lo que debéis separar del seno de la sociedad es lo que prevéis que nunca podrá serle útil, he aquí los únicos medios razonables para disminuir una población cuyo gran número es, como acabamos de demostrarlo, el más peligroso de los abusos.

Tiempo es de resumir.

¿Debe el asesinato ser reprimido mediante el asesinato? No, sin duda. Nunca impongamos al asesino otra pena que la que puede alcanzarlo por la venganza de los amigos o de la familia de aquél a quien ha matado. Os *concedo vuestra gracia,* le dijo Luis XV a Charoláis, quien acababa de matar un hombre para divertirse, *pero la otorgo también a quien os mate.* Todas las bases de la ley contra los asesinatos se hallan resumidas en esta frase sublime[14].

En pocas palabras, el asesinato es un horror, pero se trata de un horror que a menudo es necesario, que nunca es criminal y que es esencial tolerar en un Estado republicano. He demostrado que el universo entero da el ejemplo al respecto; pero, ¿hay que considerarlo como una acción hecha para ser castigada con la muerte? Los que respondan al dilema siguiente habrán resuelto la cuestión: ¿Es el asesinato un crimen o no lo es?

Si no lo es, ¿por qué hacer leyes que lo castiguen? Y si lo es, ¿por qué bárbara y estúpida inconsciencia lo castigaréis con un crimen semejante?

Nos queda por hablar de los deberes del hombre hacia sí mismo. Como el filósofo sólo adopta estos deberes en la medida en que tienden a su placer o a su conservación, es muy inútil recomendarle su práctica y más inútil todavía imponerle penas si falta.

El único delito que el hombre pueda cometer en este orden es el suicidio. No me divertiré probando aquí la imbecilidad de las personas que erigen esta acción en un crimen: remito a la famosa carta de Rousseau a quienes pudieran abrigar aún algunas dudas al respecto. Casi todos los gobiernos antiguos autorizaban el suicidio por la política y por la religión. Los atenienses exponían en el Areópago los motivos que tenían para matarse, y se apuñaleaban enseguida. Todas las repúblicas de Grecia toleraron el suicidio; éste entraba en el plan dé los legisladores, la gente se mataba en público y el suicida hacía de su muerte un espectáculo aparatoso. La república de Roma alentó el suicidio: la devoción tan célebre por la patria sólo era una forma de suicidio. Cuando Roma fue tomada por los galos, los senadores más ilustres se dieron la muerte; al retomar ese mismo espíri-

tu, adoptamos las mismas virtudes. Durante la campaña del 92 un soldado se dio muerte de pesar por no poder seguir a sus camaradas al encuentro de Jemmapes. Sin demora llegados a la altura de estos orgullosos republicanos, pronto superaremos sus virtudes: el gobierno hace al hombre. Un hábito tan dilatado de despotismo había enervado totalmente nuestro coraje; había depravado nuestras costumbres y hoy renacemos; pronto se verá de qué acciones sublimes es capaz el genio, el carácter francés, cuando es libre; sostengamos, al precio de nuestras fortunas y de nuestras vidas, esta libertad que tantas víctimas nos cuesta ya y no lamentemos ninguna de ellas si alcanzamos la meta: todas ellas se ofrendaron voluntariamente; no volvamos inútil su sangre; pero que haya unión... que haya unión o perderemos el fruto de todos nuestros esfuerzos; afirmemos excelentes leyes sobre las victorias que acabamos de obtener; nuestros primeros legisladores, esclavos todavía del déspota a quien por fin hemos abatido, sólo nos dieron leyes dignas de ese tirano que adulaban todavía; rehagamos su obra, pensemos que por fin vamos a trabajar para republicanos y filósofos; que nuestras leyes sean benignas como el pueblo al que deben regir.

Presentando de esta manera, según termino de hacerlo, la nada, la indiferencia de una infinidad de acciones que nuestros antecesores, seducidos por una falsa religión, miraban como criminales, reduzco nuestro trabajo a muy poca cosa, hagamos escasas leyes, pero que sean buenas —no se trata de multiplicar los frenos, sólo de darle una cualidad indestructible a aquellos que se usan; — las leyes que promulgamos deben tener por fin la tranquilidad de los ciudadanos, su felicidad y el brillo de la república; pero después de haber expulsado al enemigo de vuestras tierras, Franceses, no quisiera que el ardor por la propagación de vuestros principios os llevara más lejos; sólo con el hierro y el fuego podréis llevarlo hasta los límites del universo. Antes de ejecutar estas decisiones acordaos del desgraciado éxito de las cruzadas. Cuando el enemigo esté del otro lado del Rhin, hacedme caso, permaneced en vuestra casa y cuidad vuestra frontera; reanimad vuestro comercio dándole energía y mercados para vuestras manufacturas; haced florecer vuestras artes, impulsad la agricultura, tan necesaria en un gobierno como el vuestro, cuyo espíritu debe ser el de poder abastecer a todo el mundo sin tener necesidad de nadie; dejad a los tronos de Europa que ellos mismos se hundan: vuestro ejemplo y prosperidad los derribará muy pronto, sin que tengáis necesidad de inmiscuiros en ello.

Invencibles en vuestro interior y modelo de todos los pueblos a causa de

vuestra educación y buenas leyes, no habrá en el mundo ningún gobierno que no trabaje para imitaros, ninguno que no se sienta honrado con vuestra alianza; pero si poseídos por el vano honor de querer llevar vuestros principios tan lejos que abandonéis el cuidado de vuestra propia felicidad, el despotismo, que sólo está adormecido, renacerá; os desgarrarán las disensiones intestinas, agotaréis vuestras finanzas y vuestros soldados, y todo eso para volver a besar los hierros que os impondrán los tiranos que os habrán sojuzgado durante vuestra ausencia; todo lo que queréis hacer se puede sin que abandonéis vuestros hogares; que los otros pueblos os vean feroces y correrán a la felicidad por el mismo camino que les habéis trazado[15].

NOTAS

1. Si cualquiera examina atentamente esta religión, encontrará que las impiedades de las que está llena vienen en parte de la ferocidad y la inocencia de los judíos, y en parte de la indiferencia y confusión de los gentiles; en lugar de tomar lo que los pueblos de la antigüedad supieron tener de bueno, los cristianos parecen no haber formado su religión sino de la mezcla de vicios que encontraron por doquier.
2. Atended a la historia de todos los pueblos: nunca les veréis cambiar el gobierno que tenían por un gobierno monárquico más que por el embrutecimiento en que los tiene la superstición; veréis siempre a los reyes sostener la religión, y a la religión sacralizar a los reyes. Conocemos la historia del intendente y el cocinero: *Páseme la pimienta, yo le pasaré la manteca.* Desdichados seres humanos, ¿estáis pues para siempre destinados a pareceros al señor de estos dos bribones?
3. Todas las religiones están de acuerdo en exaltar la sabiduría y el poder de la divinidad; pero desde que nos muestran su conducta no encontramos más que imprudencia, debilidad y locura. Dios, se dice, ha creado el mundo para él mismo y hasta aquí no ha podido hacer que se lo honre decentemente; Dios nos ha creado para adorarle, y pasamos nuestros días mofándonos de él. ¡Qué pobre dios es éste!
4. No se trata aquí de aquellos cuya reputación está hecha desde hace largo tiempo.
5. Cada pueblo pretende que su religión es la mejor y se apoya, para persuadir, sobre una infinidad de pruebas no sólo discordantes entre ellas, sino casi todas contradictorias. En la profunda ignorancia en que estamos ¿cuál es la que puede gustar a Dios, supuesto que exista un dios? Si somos prudentes debemos o bien protegerlas a todas, o proscribir a todas por igual; ahora bien, proscribirlas es segura-

mente lo mejor, ya que nosotros tenemos la certidumbre moral de que todas son supercherías y ninguna puede gustar más que otra a un dios que no existe.

6. Se dice que la intención de estos legisladores era, debilitando la pasión que los hombres sentían por una joven desnuda, volver más activa la que a veces sienten por su propio sexo. Esos sabios hicieron mostrar aquello que querían perdiese interés, y esconder lo que creían hecho para inspirar los más dulces deseos. En todo caso, ¿no trabajaban por el mismo fin que hemos señalado? Se ve que sentían la necesidad de inmoralidad en las costumbres republicanas.

7. Sabemos que el infame y malvado Sartine proporcionaba medios de lujuria a Luis XV haciéndole leer tres veces por semana, por la Dubarry, el detalle íntimo, y enriquecido por él, de todo lo ocurrido en los lugares prohibidos de París. ¡Tres millones costó al Estado este tipo de libertinaje del Nerón francés!

8. No se crea aquí que me contradigo, y que tras haber establecido claramente que no tenemos ningún derecho de ligar a nosotros una mujer, destruyo ese principio sosteniendo ahora que tenemos derecho de obligarla. Repito que no se trata de la propiedad sino del goce; no tengo derecho a la propiedad de esta fuente que encuentro en mi camino, pero sí ciertamente a su disfrute, tengo derecho de aprovechar el agua limpia que me ofrece para saciar mi sed. Del mismo modo, carezco de derecho real a la propiedad de determinada mujer, pero sí lo tengo e irrefutable, a su goce. Puedo obligarla a ello si llega a rehusar por cualquier motivo.

9. Las babilonias no esperaban siete años para llevar sus primicias al templo de Venus. El primer impulso de concupiscencia que siente una muchacha es el momento que la naturaleza le indica para prostituirse; sin ninguna clase de consideración, ella debe seguir a la voz de su naturaleza: resistiendo ofende a las leyes.

10. Las mujeres no saben hasta qué punto las embellecen sus lascivias. Comparad dos mujeres de parecida edad y belleza, de las que una viva en el celibato y la otra en el libertinaje: veréis cuánto le lleva esta última en brillo y frescura; todo lo que violente a la naturaleza deteriora mucho más que el abuso en los placeres; nadie ignora que la embellece a una mujer.

11. El mismo proponía que los novios se viesen completamente desnudos antes de casarse. ¡Cuántos matrimonios se frustrarían si se ejecutase esta ley! ¡Reconoced que lo contrario es con mucho eso que llamamos *comprar la mercadería sin verla!*

12. Cf. Obras Morales, Tratado *del Amor*

13. Es preciso esperar que la nación desechará este gasto, el más inútil de todos; el individuo que nace sin las cualidades necesarias para convertirse algún día en un ser útil a la república no tiene ningún derecho de conservar la vida, y lo mejor que puede hacerse es quitársela en el momento en que la recibe.

14. La ley sálica castigaba al asesinato sólo con una simple multa, y como el cul-

pable encontraba con facilidad los medios de evitarla, Childebert, rey de Austrasia, impuso por un reglamento dado en Colonia la pena de muerte no contra el asesino, sino contra el que no cumpliese la multa establecida contra el asesinato. La ley ripuaria, asimismo, no castigaba el asesinato más que con multa, proporcionada al individuo que se hubiera matado. Fue muy alta para un cura: se le hizo al asesino una túnica de plomo de su talle, y él debió igualar en oro el peso de esa túnica; en su defecto, el culpable y su familia permanecerían esclavos de la Iglesia.

15. Recuérdese que la guerra exterior no fue jamás propuesta sino por el infame Dumouriez.

Prefacio de *Justine*
*Jean Paulhan**

En El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, *Lacan nos conduce, con la novela sadiana, a la cuestión del "goce de la destrucción, la virtud propia del crimen, el mal buscado por el mal y, en último término —referencia singular del personaje de Saint-Font quien proclama en la* Historia de Juliette *su creencia ciertamente renovada, pero no tan nueva, en ese Dios—, el Ser supremo en maldad." Esta cita se encuentra en la lección del 27 de abril de 1960.* [1] *Dos años después, en* El Seminario 9, "La identificación", *en la lección del 28 de marzo de 1962, nos recuerda que en "...el camino ya recorrido por nosotros de la búsqueda sadiana ...nosotros no podemos desconocer ...que vemos en Sade mezclar a cada rato ...la invectiva contra el Ser Supremo, no siendo su negación más que una forma de la invectiva misma...*

¿Y entonces qué?, se trata, imitándolo en sus actos de destrucción, ...de forzar a una voluntad a recrear otra cosa, es decir, volver a dar su lugar al creador.

Al fin de cuentas, en último término, Sade lo ha dicho sin saberlo: "te doy tu realidad abominable, a ti el padre, substituyéndome a ti en esta acción violenta contra la madre" (...)

"...Si hay otra cosa que yo querría recordarles...se las designaría menos en Sade (que) en uno de sus comentarios recientes, contemporáneos, más sensibles, e incluso más ilustres. Ese texto es el prefacio de Paulhan a Justine. Un texto como ese no puede sernos indiferente, en la medida en que ustedes siguen aquí los rodeos de mi discurso; (encontramos en él, lo que) ha sido articulado hasta ahora sobre el tema de la significación del sadismo, a saber, lo que él denomina complicidad de la imaginación sadiana con su objeto... (y) nos hace ver muy bien, que es allí, en esta vía, que está la última palabra del recorrido de Sade. No para juzgarlo clínicamente y, de algún modo, desde afuera —sin embargo, el resultado es evidente: es difícil ofrecerse mejor a los malos tratos de la sociedad que como lo ha hecho Sade, a cada instante—... pero no es-

ta allí lo esencial, lo esencial queda suspendido en ese texto de Paulhan que les ruego lean, que no procede más que por las vías de un análisis retórico del texto sadiano..."

Referencias... *publica el prefacio* "La Douteuse Justine ou les Revanches de la Pudeur", *derechos de* Héritiers de Jean Paulhan, *en Sade,* Les Infortunes de la vertu (Préface de Jean Paulhan) *Ed. Gallimard, avril, 2002. Trad.: Alicia Bendersky, María Pascual.*

NOTAS

*. Se puede leer una nota sobre Jean Paulhan en *Referencias*... N° 30.

1. Nota de *Referencias*: en el párrafo siguiente, Lacan se refiere a la doctrina sadiana del goce de la destrucción. Esta teoría se denomina "Sistema del Papa Pío VI". Ha sido publicada en *Referencias*... N°1.

LA DOUTEUSE JUSTINE OU LES REVANCHES DE LA PUDEUR *
LA DUDOSA JUSTINE O LAS REVANCHAS DEL PUDOR

JEAN PAULHAN

El Secreto

Desde hace algunos años se sabe en qué se basa el mayor éxito de librería que el mundo haya visto jamás, el éxito del Nuevo Testamento. Es que este libro tiene su secreto. Hace entender, en todas sus páginas, en todas sus líneas, una cosa que no dice, pero que con más razón nos intriga, nos vincula, nos atrae. Y puesto que después de todo aquí no se tratará más del Evangelio, nada nos impide decir este secreto.

Es que Jesucristo es alegre. El Nuevo Testamento nos lo muestra grave y más bien reflexivo, a veces irritado y otras veces lloroso y siempre muy serio. Pero adivinamos otra cosa que el Nuevo Testamento no nos dice: ocurre que a veces Jesús bromea. Es que está colmado de sentido del humor. Habla sin importar cómo, para ver lo que pasa (por ejemplo, cuando se dirige a las higueras). En resumen, se divierte.

No quisiera herir a nadie comparando el Evangelio del Bien al más ingenioso pero más masivo Evangelio del Mal que haya sido compuesto por un rebelde, en plena conciencia y razón. Sin embargo, hay que decirlo: si *Justine* ha merecido ser el libro de cabecera —por lo menos, en cierta época de su vida— de Lamartine, de Baudelaire y de Swinbourne, de Barbey d'Aurevilly y de Lautréamont, de Nietzsche, de Dostoievsky y de Kafka (en un plano ligeramente diferente, de Ewers [1], de Sacher-Masoch, y de Mirabeau), es que este libro, extraño si bien aparentemente simple, en el cual los escritores del siglo XIX pasaron el tiempo —sin apenas nombrar-

---

Nota de *Referencias...*: No es viable una traducción al castellano de *La douteuse Justine*. En castellano tenemos un solo término: "Dudoso-sa" adj.: Que ofrece duda, que tiene duda. En francés hay dos términos diferentes: a) *Douter-euese*: Dudoso-sa. b) *Douteux-euse*: Equívoco-ca: *individu de moers douteses*: individuo de costumbres equívocas / Ambiguo-gua; incierto-ta. (hay otras acepciones, pero consideramos que las más adecuadas son las que hemos transcripto). Además, en ambos términos el femenino es: "*Douteuse*".

lo— remarcándolo, aplicándolo, refutándolo, este libro que planteaba una cuestión tan grave que la obra de un siglo entero no fue excesiva para responder a ella (para responderle completamente), este libro tiene también su secreto. Volveré allí. Pero primero pongamos en regla la cuestión moral.

Ciertos libros peligrosos

Se cree haberlo dicho todo acerca del beneficio de las puniciones y la ventaja de los castigos. Sobre esto corren mil opiniones, se han publicado cien mil libros. Sin embargo me parece que se ha descuidado lo esencial: es que tal vez parecía tan evidente que ni había que decirlo. Y bien, aún irá mejor diciéndolo.

El primer punto es demasiado evidente: que los criminales son peligrosos, que ponen a la sociedad y a la misma raza humana en peligro. Valdría más, desde ese punto de vista, que no hubiera asesinos. Si la ley dejara a cada uno de nosotros la libertad de matar a sus vecinos (como a veces lo desearíamos) y a sus padres (como los psicoanalistas pretenden que deseamos sordamente), no quedaría demasiada gente sobre la tierra. No quedarían más que los amigos. No quedarían ni siquiera los amigos, puesto que en fin —aunque sea un detalle que en general se olvida de considerar— aún nuestros amigos son hijos, padres o vecinos de alguien. Paso al segundo punto: no es menos evidente en cuanto lo pensamos.

Es que los criminales son en general más extraños que la gente honesta, más inesperados, dan más a pensar. Y aún si ellos no dicen (como ocurre) más que cosas banales, aún más sorprendentes precisamente a causa de ese contraste entre el fondo peligroso y la apariencia inofensiva. Es lo que saben muy bien los autores de novelas folletinescas: tan pronto como sospechamos del buen notario o del farmacéutico por el envenenamiento de toda una familia, sus palabras más simples se nos vuelven preciosas y si sostienen que el clima empeora, sospechamos que están meditando un nuevo crimen. Los moralistas dicen que basta con haber suprimido, aunque sea por descuido, una sola existencia humana para sentirse absolutamente cambiado. Y los moralistas son imprudentes al decirlo, ya que todos tenemos ganas de sentirnos cambiados. Ese es un sentimiento viejo como el mundo; en resumen, cercano a la historia del árbol del bien y del mal. Y si la prudencia nos retiene en general de cambiar hasta ese punto, al menos tenemos el vivo deseo de frecuentar a aquellos que han pasado por la ex-

periencia, de hacernos amigos, de compartir sus remordimientos (y el saber que estos aportan). Tan sólo puede retenernos aquí el sentimiento que he dicho más arriba: es que el asesino no es un personaje para alentar; que admirándolo formamos parte de algún vasto complot contra el hombre y la sociedad. Y por poco escrupulosos que seamos nos sentiremos muy molestos, tironeados a izquierda y derecha, a la vez privados de las ventajas de la buena y de la mala conciencia. Aquí interviene la punición.

Me atrevería a decir que lo concilia todo. Desde el instante que el ladrón se encuentra robado —sino de su dinero, al menos de algunos años de su vida, que valen dinero, y con creces —y el asesino asesinado, podemos frecuentarlos sin el menor escrúpulo, y, por ejemplo, en tanto que vivan, llevarles naranjas a su prisión; podemos amarlos, podemos hasta beber sus palabras: ellos pagan, han pagado. Esto es lo que han sabido mejor que nosotros los reyes y las reinas y las santas que iban a conducir a los criminales hasta el patíbulo, e incluso, como santa Catalina, recogían algunas gotas de su sangre. (¿Y quién, hoy en día, no sentiría reconocimiento hacia algunos de los hombres que nos enseñan, en su suplicio, el peligro y el sentido mismo de las traiciones que habíamos perdido?)

Es aquí a dónde quería llegar: se acostumbra, desde hace ciento cincuenta años, frecuentar a Sade por interpósitos autores. No leemos *Los Crímenes del amor* sino, por ejemplo, *El Albergue del Angel guardián*, ni la *Filosofía en el tocador*, sino *Más allá del bien y del mal*, ni *Los infortunios de la virtud*, sino *El Castillo* o *El proceso*, ni *Julieta* sino *Las Diabólicas*, ni *La Nueva Justina* sino *El Jardín de los suplicios*, ni *El portafolio de un hombre de letras* (que además se perdió), sino *Las Memorias de ultratumba*. Y no puede verse en esta timidez más que el efecto de los escrúpulos, de los que he hablado. Sí, es verdad que *Sade* era un hombre peligroso: sensual, violento, en ocasiones pérfido y (al menos en pensamiento), atrozmente cruel. Puesto que él no nos invita solamente a asesinar a nuestros vecinos y parientes, sino a nuestras propias mujeres. Aún más: vería con agrado desaparecer a la raza humana entera y dejar lugar a alguna nueva invención de la naturaleza. Poco sociable, por añadidura, y hasta poco social. Furioso de libertades. Pero en fin, acá son escrúpulos que podremos apaciguar. Pues Sade ha pagado ampliamente. Pasa treinta años de su vida en las diversas bastillas, castillos y fortalezas del Reino, y después en las de la República, del Terror, del Consulado, y del Imperio. "El espíritu más libre, decía Apollinaire, que se haya visto aún." En todo caso, el cuerpo más encerrado. A veces se ha dicho que en todos sus novelas hay una clave úni-

ca, que es la crueldad (y pienso que ésta es una perspectiva demasiado simple). Pero hay, con más seguridad, un fin único en todas sus aventuras y en todos sus libros, que es la prisión. Incluso, hay un misterio en tantos arrestos e internaciones. Pongamos el crimen frente al castigo. Parece establecido que Sade le dio una paliza a una puta de París [2]. ¿eso merecería un año de prisión? Pastillas de Richelieu [a] a algunas chicas de Marsella: ¿eso vale diez años de Bastille? Sedujo a su cuñada Luisa: ¿eso vale un mes de Conciergerie? No cesa de molestar a sus poderosos, sus dudosos suegros, el presidente y la presidenta de Montreuil: ¿eso merece dos años de fortaleza? Hace evadirse (estamos en pleno Terror) a algunos moderados: ¿eso vale un año de Madelonettes [3]? Se admite que publicó libros obscenos, que se lo ha incriminado en el entorno de Bonaparte; no es imposible que haya simulado locura. ¿Eso amerita catorce años de Charenton, tres años de Bicêtre, un año de Sainte-Pélagie [i]? Cómo defenderse del sentimiento de que todos los pretextos eran buenos a los diversos gobiernos de Francia — ¡que los hubo!— para encerrarlo; y quién sabe, a Sade para hacerse encerrar. Dejemos eso. Un punto al menos es admitido: sabemos que Sade ha corrido sus peligros; que los aceptó, que los multiplicó. Sabemos también que leyéndolo posiblemente, corremos los nuestros. Me siento libre de pensar a mi gusto en lo que hubo tal vez de bueno, o en todo caso de delicioso en ese sobrino-nieto de la casta Laure de Noves: en esta distinción extrema; en esos ojos azules hacia los que cuando niño, se inclinaban las damas; a ese poco de blandura en el porte, a esos dientes más bellos del mundo [b], a esos éxitos en la guerra; a ese violento gusto por el placer; a esas respuestas impetuosas pero finas (tal vez, no sin jactancia ni sin *jabot*); al joven señor provenzal, al que sus vasallos vienen a besar las manos y al que acompaña el amor demasiado fiel, el amor-a-pesar-de-todo de esa alta Renée, un poco caballuna y ruidosa, mujer buena y dulce en el fondo.

El divino marqués

Dejaría de lado la particular eficacia que hacía a Duclos hablar de los "li-

---

a. Son simples caramelos de cantárida.

b. No poseemos un solo retrato de *Sade*. Tomo prestados estos rasgos a cartas, señalamientos de la policía, también a la imagen que *Sade* da de sí mismo en *Valcour*.

bros que se leen con una sola mano". No que ella no sea interesante, y en cierta medida sensacional: más de un escritor, aunque fuera abstracto, sueña para su obra con una influencia —una repercusión— análoga (en otros planos, se entiende) En todo caso no hay gran cosa para decir de eso que, habitualmente, es imprevisible. Además se admite comunmente que el velo y la alusión (si lo prefieren, la ligereza y el libertinaje) tienen oportunidad de provocarla, mejor que la franca y sencilla obscenidad. Ahora bien, hay poco de velos y alusiones en Sade. Ni la mínima grosería. De hecho, tal vez sea esto lo que se le reprocha. Nada más lejos de él que esta clase de sonrisa suficiente, de sobreentendido malicioso que le viene a Brantôme en sus historias de poco valor, a Voltaire o a Diderot en sus pasajes libertinos, y este arte un poco recortado que Crébillon, en sus historias de alcobas y de sofás, lleva a una perfección descorazonante. Existe en la literatura una franco-masonería del placer, de la cual cada uno conoce los guiños, los convites a medias palabras, las líneas de puntos. Pero Sade rompe con esas convenciones. Tan despojado de las leyes y de las reglas de la novela erótica como Edgar Poe puede serlo de la novela de detectives, Victor Hugo del folletín. No deja de ser directo, explícito, trágico además. Y si hubiera que clasificarlo por fuerza mayor, más bien lo sería entre esos autores que castran (decía Montaigne) Es otra clase de atractivo, al que él se rehúsa.

Es a lo que debemos llamar atracción literaria. Más de una obra célebre consigue su premio —y recibe en todo caso su éxito— con un ingenioso sistema de alusiones. Voltaire en sus tragedias, Delille en sus poemas evocan a cada línea y se vanaglorian de evocar a Racine o Corneille, Virgilio, Homero y compañía. Para no tomar más que al rival inmediato de Sade (y su competidor, de alguna manera en el Mal), se ve bastante que Laclos está infectado de una literatura de la cual saca el más malicioso de los partidos: el más inteligente. *Las Relaciones peligrosas* es la justa del amor cortés (ya que todo el problema es saber si Valmont sabrá merecer a Madame de Merteuil), llevada a cabo por heroínas racinianas (no falta ni Fedra ni Andrómaca) en la sociedad fácil de los Crébillon, los Nerciat y los Vivant Denon (puesto que al fin todo termina rápidamente en encamadas —todo está planteado por lo menos, desde el punto de vista de la encamada). Tal es la clave de su misterio: *Las Relaciones* encierran discretamente, un pequeño curso de historia al estilo de los grandes personajes. Puesto que los autores más misteriosos son en general los más literarios, de los cuales la extranjeridad reside precisamente en su disparidad: en este en-

cuentro de personajes, venidos de los medios —de las obras— más alejadas, y sorprendidos de encontrarse. Laclos no pudo jamás recomenzar este esfuerzo sobrehumano.

Pero Sade con sus glaciares y sus grietas, y sus castillos terroríficos, con el proceso sin fin que sostiene contra Dios —contra el mismo hombre—, con su insistencia y sus repeticiones y sus espantosas chaturas, con su espíritu sistemático y sus racionalizaciones interminables, con esta persecución testaruda de una acción sensacional aunque con un análisis exhaustivo, con esta presencia a cada instante de todas las partes del cuerpo (no hay una que no sirva), de todas las ideas del espíritu (Sade ha leído tantos libros como Marx), con este extraño desdén por los artificios literarios pero con esa exigencia de la verdad en todo momento, con esa celeridad de quien no cesa de moverse y a la vez de soñar uno de esos sueños indefinidos que produce a veces el instinto, con esas grandes dilapidaciones de fuerzas y esos gastos de vida que evocan dudosas fiestas primitivas —o esas otras especies de fiestas, quién sabe, que son las grandes guerras—, con esas vastas capturas en el universo, o mejor, esa sencilla toma que él es el primero en operar sobre el hombre (y que hay que llamar, sin juego de palabras, una toma de sangre), Sade no tiene que hacer análisis y elecciones, imágenes y amplificaciones. No distingue ni separa. Se repite y continuamente se hace dueño de sí. Hace pensar en los libros sagrados de las grandes religiones. Avanza, apenas detenido por momentos en alguna máxima:

Hay momentos peligrosos en que lo físico se
inflama con los errores de lo moral...
No hay mejor medio para familiarizarse con
a muerte que aliarla a una idea libertina.
Se declama contra las pasiones, sin pensar que
es con su antorcha que la filosofía enciende la suya...

(¡y qué máximas!) ese murmullo gigantesco y obsesionante que a veces se eleva de la literatura, y tal vez la justifica: Amiel [c], Montaigne, el *Kalevala*, el *Ramayana*. Si se me opone que se trata al menos de un libro sagrado que no ha tenido su religión, ni sus fieles, yo diré de partida que eso es

c. Se sabe que la obra publicada de *Amiel* representa alrededor de la veinteava parte de su obra real.

muy afortunado y que no tenemos más que regocijarnos por ello (siendo por esa razón más libres para juzgarla en sí misma, no por sus efectos). A esa reflexión, agregaría que, después de todo, no estoy tan seguro de eso: que la religión de la cual se trata se encontraba, por su misma naturaleza, condenada al secreto, libre de vociferar a veces alguna queja sobre este secreto; tres versos de Baudelaire.

Quien, escondiendo un látigo bajo sus largas vestimentas,
Mezcla, en el bosque sombrío y las noches solitarias,
La espuma del placer a las lágrimas de los tormentos[4].

una salida de Joseph de Maistre:

Desdichada la nación que suprimiera la tortura[d]

una palabra de Swinburne:

El marqués mártir...

un grito de Lautréamont:

¡Las delicias de la crueldad! Delicias no pasajeras...

una reflexión de Pushkin:

...el goce que nos procura todo lo que nos acerca a la muerte.

Más aún: desconfío del placer un poco dudoso que da a Chateaubriand —entre otros— la agonía de las mujeres que lo han amado, de los regímenes que defendió, de la religión que cree verdadera. Y no es sin razón —aún que nos sea difícil sacar a luz esas razones— que Sade haya sido corrientemente llamado el divino marqués. Después de todo no estamos tan seguros que haya sido marqués. Pero no hay que dudar que una cierta cantidad de personas, de apariencia respetable, lo hayan tenido por divino —o por verdaderamente diabólico, lo que es del mismo orden—.

---

d . cf. "La sumisión del pueblo jamás se debe más que a la violencia y a la extensión

A propósito de eso, incluso tengo una duda. Cuando veo tantos escritores de nuestros días, tan conscientemente aplicados a rechazar el artificio y el juego literario en beneficio de un acontecimiento indecible, del que no nos dejan ignorar que es al mismo tiempo erótico y horroroso, preocupados por tomar en toda circunstancia el opuesto a la Creación, y muy ocupados en buscar lo sublime en lo infame, lo grande en lo subversivo, exigiendo por otra parte que toda obra empeñe y comprometa para siempre a su autor, siguiendo una especie de eficacia (que no es sin evocar la eficacia, totalmente fisiológica y local, a la que ya he hecho alusión), me pregunto si no sería necesario reconocer, en tan extremo terror, menos una invención que un recuerdo, menos un ideal que una memoria y, resumiendo, si nuestra literatura moderna, en la parte que nos parece la más viva —la más agresiva en todo caso— no se encuentra totalmente vuelta hacia el pasado, y muy precisamente determinada por Sade, como lo estaban por Racine las tragedias del siglo XVIII.
Pero aquí yo sólo quería hablar de *Justine*.

Las sorpresas del amor

Y bien, Justine tiene todas las virtudes y por cada una se ve castigada. Compasiva, un mendigo la desvalija. Piadosa, un monje la viola. Honesta, un usurero la arruina. Se niega a volverse cómplice de un hurto, de un envenenamiento, de un ataque a mano armada (la mala suerte y la pobreza la arrojan a extraños ambientes) y es ella, la desafortunada, a quién se culpa del robo, del bandolerismo o del asesinato. El resto en armonía. Sin embargo, Justine solo sabe oponer a las maldades, un alma recta y un espíritu sensible. Pero eso sería poco: lleva felicidad a quien abusa de ella y los monstruos que la atormentan devienen ministro, cirujano del rey, millonario. He aquí una novela que se parece extremadamente a esas obras morales donde el vicio se ve siempre castigado y la virtud recompensada. Excepto que es lo contrario; pero finalmente la falta, desde el simple punto de vista novelesco (que es el nuestro) sigue siendo la misma: siempre sabemos lo que va a ocurrir al final. Ahora bien este fin no ofrece ni siquiera la banalidad que a la larga, hace de una conclusión demasiado virtuosa, una de las convenciones de la novela, apenas más aparente que la división en capítulos o en episodios. Sade, con toda evidencia, toma terriblemente en serio sus tristes desenlaces, y se muestra en

ellos cada vez más sorprendido. Lo más curioso es que nosotros lo estamos con él.

Esta sorpresa plantea un problema singular. Singular, porque Sade se niega las facilidades que usaban comúnmente, en la misma época sus rivales, los novelistas negros. Es muy fácil sorprender al otro cuando, como Radcliffe o Lewis [5], uno llama en su ayuda a fantasmas, quimeras góticas, espectros del infierno y otras diablerías de las cuales la sorpresa, de algún modo, forma parte. Sade, sin embargo, sólo quiere ocuparse del hombre; él agrega al hombre natural tal como lo han pintado, por ejemplo, Richardson o Fielding[e]. Entonces, no hay ogros ni magos, no hay ángeles ni demonios —sobre todo, no hay dioses!— sino la única facultad que en el hombre forja esos a dioses, ángeles o demonios, sino los vicios o las virtudes que, arrojándonos a la sorpresa, ponen esa facultad en movimiento. Ahora bien, el enigma así planteado tiene dos o tres palabras, de las cuales la primera es completamente simple y común: el pudor.

Es curioso que el siglo XVIII, a quién debemos los cuadros de costumbres más cínicos de nuestra literatura, nos haya dado también dos grandes pintores del pudor: uno de ellos, lo sabemos bien, es Marivaux. El otro, no se porqué nos obstinamos en ignorarlo, es Sade. Es curioso, o más bien no es para nada curioso. Tantos miedos ante el amor y desafíos al temor, tanto orgullo y evasivas, y repliegues sobre sí mismo, y ese rechazo a ver y a escuchar que traiciona y protege a la vez todo eso que, más tarde, deberemos llamar marivodiano —pues Marivaux comparte con Sade el dudoso privilegio de haber dado su nombre a cierta conducta amorosa: y no estoy seguro, por otra parte, que la atribución sea mucho más exacta, ni mejor entendida, en el caso de Sade que en el de Marivaux— ese miedo y ese temor a una herida sólo se explican o se entienden, incluso, si hay posibilidad de herida, y si el amor finalmente es peligroso. Las heroínas de Marivaux son púdicas como si ellas hubieran leído *Justine*. Justine misma...

Cualquier cosa que le ocurra, Justine se sorprende. La experiencia no le enseña nada. Su alma permanece ignorante, su cuerpo más ignorante aún. Los ojos semicerrados, no nos atrevemos a hacerle aquí o allá un ligero movimiento de cabeza. Ella jamás dará el primer paso. Incluso enamorada, no se le ocurre la idea de besar a Bressac. Dice: "Si alguna vez mi imaginación se hubiera extraviado en esos placeres, los creía castos como el dios que los inspiraba, dados por la naturaleza para servir de consuelo a los

---

e. Cf. *Idée sur les romans*, prefacio a *Crimes de l'amour.*

humanos, nacidos del amor y de la delicadeza; estaba muy lejos de creer que el hombre, como las bestias[f]..." Sorprendida, cada vez que sobre ella se llevan a cabo operaciones de las cuales apenas sospecha el sentido y en lo más mínimo el interés. Ella concibe la imagen de la virtud más desgarradora —¡desafortunadamente! la más desgarrada. "El pudor, se decía en la época, es una cualidad que se sostiene con alfileres..." Pero sobre Justine, los alfileres están pinchados en la carne, a la que hacen sangrar cuando se le quita el vestido. ¿Se dirá que le hace falta bastante buena voluntad al lector para dejarse sorprender y lastimar con ella? No. En principio, ese lector es libre de entender en quebrantos morales y sensibles todo lo que se le propone en desgarramientos físicos. *Justine* va en el mismo sentido que los cuentos de hadas donde se nos enseña que Cenicienta lleva escarpines de cristal —y nosotros comprendemos muy bien que no se trata de escarpines de marta cibelina sino que Cenicienta apoya el pié con una delicadeza infinita. Por otra parte, vivimos al borde de lo extraño. Mirándolo bien, qué hay de más sorprendente que tener en el extremo de los brazos esos bizarros órganos prensiles, las manos, no poco rojizas y arrugadas, y pequeñas piedras (transparentes por otra parte) en las extremidades divergentes de esas manos. A veces, nos sorprendemos al comer, totalmente ocupados en triturar entre otras piedras con las cuales está armada nuestra boca, fragmentos de animales muertos. Así el resto, y tal vez no sea éste uno de nuestros actos que merezca una atención prolongada. Ahora bien existe al menos un campo donde lo extraño no es azaroso ni excepcional, donde él es ley.

Puesto que, en resumidas cuentas, comer generalmente nos confunde bastante poco: tenemos (vagamente) la impresión que nuestra comida del presente sigue a mil comidas pasadas a las que se parece mucho y que le sirven de garantía. En cambio con cada nuevo amor, lo sabemos bien, nos parece que no habíamos jamás amado anteriormente, tanto cada rasgo de la mujer amada nos es único y propiamente indecible. Por más que los poetas hablen aquí de fuentes de frescura, de nidos de pájaros, de jacintos y de rosas, apenas evocan débilmente la más viva sorpresa que nos reserva la vida.

Es la misma sorpresa que marca en otro plano, la lengua común en sus locuciones y proverbios que tocan los órganos secretos: el hermanito, el hombrecito, el amiguito, el segundo, o aún el "animal que vive bajo los

---

f. *Los Infortunios de la virtud.*

tejidos y se alimenta de semen". ¿Qué nos han hecho esos órganos para que no podamos hablar de ellos sencillamente? Nos hacen al menos esto, se niegan a la costumbre. ¿Sólo quedaría al prosista constatar la sorpresa y el desconcierto?

Sin duda. O bien renovar cada vez las razones de esa sorpresa, de tal modo que ella no pueda volverse jamás domesticada para el lector banal, e imponerle así el desconcierto, más que decírselo. Así hace Sade, a su manera. Pues finalmente, qué significan tantos tratamientos diversos, tantas maneras barrocas de buscar el placer y hacer el amor —sino que el amor y el placer no cesan de sernos sorprendentes, imprevisibles. Lo he dicho, *Justine* se lee, o debería leerse, como un cuento de hadas. Agreguen que se trata únicamente de ese rasgo del amor, paradojal y por sí mismo casi increíble, que empuja a los amantes, decía Lucrecio, a lastimar el cuerpo de sus amantes [6].

Sin embargo, el enigma tiene una última palabra.

Justine *o el nuevo Edipo*

Sade no esperó a estar en prisión para leer. Devoró los libros favoritos de su siglo. Sabe de memoria la Enciclopedia. Siente por Voltaire y Rousseau una mezcla de simpatía y horror. Es un horror precisamente lógico: los juzga poco coherentes. Poco consecuentes, como se dice. Acepta menos sus principios, su exigencia, sus prejuicios. He aquí lo principal.

Justamente, el siglo XVIII acababa de descubrir, y no estaba poco orgulloso de eso, que un misterio no es una explicación. No, tampoco un mito. Muy por el contrario se ve que falta al mito, apenas forjado, algún otro mito que lo venga a apuntalar. Es una tortuga, dicen los Indios, quién lleva la tierra sobre sus espaldas. Sea, pero ¿quién lleva a la tortuga? Es Dios quien ha creado el mundo. Sea, pero ¿quién ha creado a Dios? Por otra parte, el descubrimiento (si hay que favorecerlo con ese nombre) venía de más lejos. Los Enciclopedistas, excelentes en darle su forma a la vez popular y mundana. Solo se hablará de un Dios a título de información, a quién Voltaire —y Sade más tarde— oponen solamente el hombre: el hombre (dicen todavía) que no es más que un hombre. El hombre (agrega Voltaire) que no es noble. El hombre natural, sin la Fábula.

Era rechazar, desde el comienzo todo el encanto corriente —todas las facilidades— de la literatura. Era también exponerse a una nueva dificultad.

Pues finalmente fue necesario que ese hombre solo inventara a Dios, los genios, los sátiros y el Minotauro. Ahora bien, ustedes apenas hubieran avanzado en su conocimiento si no hubieran estado advertidos de tener en cuenta, solo por los rasgos de la naturaleza humana, no digo solamente de nuestras sociedades reales y de las pasiones que allí se agitan, sino de esas vastas sociedades fantásticas, que las acompañan como su sombra. Tal es el lastre que pesa súbitamente sobre las Letras, la muerte de Dios. Voltaire es humano, sea. Es incluso un buen tipo de hombre común. Sin embargo, no nos preservamos del sentimiento de que han habido guerras y grandes religiones, migraciones e imperios, Inquisición y sacrificios humanos —y finalmente, que los hombres no se han parecido muy frecuentemente a Voltaire. "Esto no se sostiene, responde la Enciclopedia. Nosotros somos modestos. Tendremos la paciencia necesaria. El hombre, al menos, nos es dado: está allí, lo tenemos bajo los ojos. Somos compañeros de exilio (si se trata de un exilio). Solo hace falta observar sin prejuicios, someterlo a nuestras investigaciones. El terminará por confesar todo. Si logra engañarnos (pues es astuto) nuestros hijos lograrán desenmarañar tales inclinaciones. Tenemos el tiempo de nuestro lado. Por el momento, arreglemos nuestras fichas y formemos nuestra colección."

Sade es de su tiempo. El también comienza por el análisis y las pacientes colecciones. Durante mucho tiempo se ha creído que ese gigantesco catálogo de perversiones, *Les cent vingt journées*, era la coronación de su obra. Para nada. Es el cimiento y el primer paso. Es un paso que la Enciclopedia no juzgó digno de sí. Más aún, Sade se impone un rigor que los Enciclopedistas no han conocido; todos (piensa él) muy rápidamente reducidos a engañar: algunos, como Rousseau (que además hace rancho aparte) por que son de naturaleza pequeña y rápidas lagrimas, molestados sin cesar por el prójimo, dispuestos a esquivar al hombre tal como lo ven, lo tocan, lo mantienen, por no se sabe qué buen salvaje (a lo que la historia da mil desmentidas). Los otros, como Voltaire, porque ellos mismos tienen un carácter insensible y seco, siendo muy incapaces de creer en la verdad de las pasiones que ellos no experimentan. O bien aún como Diderot, superficiales y saltando de una idea a otra. El hombre de Voltaire tal vez explica que la humanidad haya inventado el arado; el hombre de Jean-Jacques, los herbarios; el hombre de Diderot, la conversación. ¿Pero los ogros y las inquisiciones y las guerras? "Eh, responde Voltaire, esa pobre gente está loca. —He ahí precisamente lo que yo llamo hacer trampa, dice Sade. Se trataba de conocer al hombre, y ustedes ya quieren cambiarlo."

Es necesario confesarlo, este rigor —tengo muchas ganas de decir este heroísmo— pudo muy bien extraviar a Sade (como extravió, para la misma época, a ese expresivo pequeño tonto, y por lo demás buen escritor, Restif de La Bretonne). Ahora bien, eso no es nada. Un Krafft-Ebing consagró, repitiéndolo en diez volúmenes, con mil ejemplos de apoyo, las categorías y las distinciones que traza el divino marqués. Más tarde un Freud, retomando el método y el mismo principio. El ejemplo, pienso, es único en nuestras Letras, algunas novelas —porque se trata de novelas— que cincuenta años después de su publicación, fundan toda una ciencia del hombre. Es necesario admitir finalmente que Sade, en tiempos de su libertad, había sabido observar, más que lo que había leído. O bien que cierto fuego de su naturaleza lo hacía experimentar —lo hacía incluso adivinar— las pasiones más diversas. Y me sorprendo que no se le haya mostrado más gratitud. Dicho esto, es muy evidente que un rigor científico, en tales materias, conserva su peligro: en general, lleva a conceder a la física del amor demasiado y muy exclusivo lugar en las pasiones (como al interés individual en economía social). Porque la existencia del alma, incluso la del espíritu pueden fácilmente negarse, no así el acoplamiento.

Ahora bien, Sade no se niega menos severamente esta nueva facilidad. Lo que a él le falta y que tienen la mayor parte de los libros eróticos es, lo hemos visto, cierto tono superior (y también diremos inferior) y cierto aspecto suficiente (se diría también insuficiente). Más precisamente, cierto estilo extranjero, cierto brusco desfasaje. Pues la literatura se detiene, y el lenguaje casi lo hace, ante un acontecimiento (que llamamos a veces animal o bestial) donde el espíritu parece no tener nada que hacer; y nos limitamos entonces a constatar, sea con una satisfacción divertida (es Boccacio o Crébillon); sea con algunas reservas, como Marquerite de Navarre o Godard d'Aucour [7]. Pero es la diferencia misma, y esa separación, que Sade no acepta. "El hombre es uno, dice, y lúcido. No hace nada que no razone." De donde surge que sus héroes se acepten constantemente a sí mismos hasta en sus aberraciones y se dejen guiar por la inspiración. "Nosotros, los bribones, afirma uno de ellos (pero todos lo repiten) sólo nos movemos por la sinceridad y la exactitud de nuestros principios [8]." Estos son discursos y reflexiones que los ponen en movimiento.

He aquí lo que hace su debilidad. Pues estas son también reflexiones y discursos que podrían apaciguarlos. No existe argumento, por más sensato

---

g. *La filosofía en el tocador*

que sea, que no acepte por adelantado ceder al argumento contrario si lo reconoce más prudente. Así la Lénore de Aline et Valcour escapa a más de una violación por los excelentes pretextos que ella inventa en el momento preciso. Justine misma se ve a cada instante invitada a rechazar a sus perseguidores. Jamás trata a ninguno de manera desleal: "Ningún arrebato, dice uno de ellos. Razones. Me rendiré a ellas si son buenas [h]." Justine tiene gracia. Ahora bien el problema que se le propone es tan honestamente presentado —tan detallado, tan explicitado— que a cada instante esperamos que ella descubra la palabra. *Justine*, o el nuevo Edipo.

Tres enigmas

De estos enigmas, la mayoría ha tenido mucho éxito desde Sade. El peligro es que hoy en día los consideremos por separado mientras Sade los presenta todos a la vez; el peligro también, es que nos sean indiferentes, demasiado familiares, y la respuesta —o la dificultad en responder— muy evidentes. Pero acerquémonos al texto.

"Primero, dice Sade, precisemos. ¿Quién eres, y qué buscas en este mundo? Veo demasiados momentos en que duermes inerte, o que sólo te dejas simplemente vivir, yendo y viniendo como una estatua organizada. Esa estatua, ¿eres tú? No, te quieres consciente y lo más posible razonable. Buscas la felicidad, que multiplica conciencia y razón. ¿Qué felicidad? Normalmente la ubicamos en el placer y el amor. Sea. Evita nada más en confundir una con la otra. Es esencialmente diferente amar y gozar: la prueba es que amamos todos los días sin gozar y que, gozamos aún más seguido sin amar. Ahora bien, si el goce conlleva un placer evidente, el amor se acompaña, lo confesarás, de todo tipo de preocupación y problemas. "Pero los placeres morales..." dices tú. Cierto. ¿Conoces algún placer moral que no provenga de la imaginación? Concédeme simplemente el hecho de que esa imaginación se alimenta de libertad; y las alegrías que te otorga son aún más vivas de lo que ella sería por sí misma, desprendida de trabas y leyes. ¿Qué regla le fijaríamos de antemano? ¿Tendríamos que hablar de eso? ¿No sería imprudente? Dejémosla correr a su voluntad.

"Nos habíamos quedado en el placer. Hay todavía que distinguir aquí la di-

h. *Justine*, II.

ferencia del goce que sientes del que piensas dar. Ahora bien, la naturaleza nos informa muy bien sobre nosotros mismos y muy mal sobre el otro. De la mujer que estrechas en tus brazos, ¿puedes estar seguro de que no disimula el placer? De aquella otra que ofendes, ¿puedes estar seguro que no le saca provecho a la ofensa ganando alguna oscura y dudosa satisfacción? Atengámonos a la simple evidencia: la delicadeza, los cuidados, la preocupación por el otro dañan en todo caso a nuestro propio placer para un resultado incierto. ¿No es al final normal para un hombre preferir lo que siente a lo que no siente? ¿Hemos experimentado alguna vez un solo impulso por el estilo que nos invitara a preferir a los otros más que a nosotros?

—Sin embargo, responde Justine, la moral...

—La moral, sigue Sade, ¡hablemos de ella! ¿Acaso no sabes que el asesinato se ha visto honrado en China, la violación en Nueva Zelanda, el robo en Esparta? Ese hombre que tu ves en la plaza arrastrado por cuatro caballos, ¿qué ha hecho? Ha querido cometer en París alguna virtud del Japón. Ese otro, que dejamos pudrir sobre la paja húmeda, ¿Cuál es su crimen? Leyó a Confucio. No, Justine, esas palabras de vicio y de virtud de las que tanto se habla, nunca te dan más que ideas localistas. En todo caso te indican, si las aceptas, el país en donde hubieras debido nacer. La moral es una geografía que se escucha oblicuamente.

—Pero nosotros hemos nacido en Francia... dice Justine.

—Iba a llegar allí. Es verdad que desde la infancia, nos llenan las orejas con beneficencia y bondad. Lo sabes, son los cristianos, que han pensado en inventar esas virtudes. ¿Sabes porqué? Es que siendo ellos mismos esclavos y desprovistos de todo, no podían obtener placer — su misma subsistencia — más que de la caridad de sus amos. Tenían gran interés en convencerlos. Empleaban para ello sus parábolas, sus leyendas, sus proverbios, todo su arte de seducir. ¡Los grandes tontos de sus amos se dejaron! Peor para ellos. Pero nosotros, los filósofos, mejor advertidos, buscando el placer a nuestra manera y con todo nuestro empeño, haremos eso mismo que hacían los esclavos que tu admiras, Justine, no lo que decían.

—¿Y los remordimientos? pregunta tímidamente Justine ¿qué harás con ellos?

—¿ No lo observaste tú misma? El hombre se arrepiente de lo que no tiene costumbre de hacer. Acostumbrémonos, y el remordimiento se desvanecerá; si un solo crimen nos puede inquietar, diez, veinte crímenes no lo hacen.

—Yo no lo intenté.

—Eh ¿qué esperas? Además, es lo que vemos todos los días, por ejemplo, ladrones y bribones, como muy bien se dice, empedernidos. Así como la tontería predispone a la fe, el crimen repetido nos vuelve impasibles. Esta es la mejor prueba de que la virtud no es en el hombre más que un principio superficial.

—Sin embargo, insinúa Justine, ¿si hubiera habido en otros tiempos algún compromiso de hombre a hombre, algún acuerdo al cual el honor o el interés nos comandara a permanecer fieles?

—Ah, ah, dice Sade, la que tú pones en relieve es toda la cuestión del contrato social.

—Puede ser.

—Temo que lo entiendas al sesgo. Pero razonemos. Supones que los hombres, en los comienzos de sus sociedades, han concluido este pacto: " No te haré mal, si tú no me lo haces."

—Ese pudo ser un pacto tácito, remarca Justine. Y no veo qué sociedad podría haberse fundado sin él, ni incluso subsistir.

—De acuerdo. Se trata de un pacto que debemos recomenzar a cada instante, y firmar de nuevo.

—¿Por qué no?

—Es que un pacto de ese género supone la igualdad de los contratantes. He renunciado a hacerte daño: quiere decir entonces que antes yo era libre para hacerlo. Renuncio ahora a eso, entonces es que la había dilatado.

— ¿Y bien?

—Imagina mientras tanto que me seas entregada como una esclava lo es a su amo, un prisionero a su verdugo. ¿Cómo se me ocurriría hacer contigo un acuerdo que te reconociera derechos quiméricos, privándome de mis derechos reales? Si no puedes lastimarme, ¿porqué quieres que te tema y me moleste por ti? Pero llevémoslo más lejos. Me concederás que cada uno extrae su goce del ejercicio de sus facultades y de sus dones particulares: como el atleta de la lucha y el generoso de sus bondades; así como el violento de su violencia misma. Si eres enteramente sumisa, es tu opresión la que va a darme mis mayores alegrías.

—¿Es posible? pregunta Justine ¿Es humano?

— Acerca de que el hombre sea humano, no pondría las manos en el fuego. Sin embargo, observa esto todavía: como el fuerte siente placer al ejercer su fuerza, así el tierno o el débil aprovecha de su compasión. Por su parte, se abandona al goce. Es su asunto. ¿Porqué diablos debería recompensarlo aún por los placeres que se otorga?

—Usted ve entonces, dice Justine, que hay mil variedades de debilidad y de fuerza.
—Sin duda. Es absolutamente verdadero que la civilización ha llegado a cambiar el aspecto de la naturaleza; al menos respeta sus leyes. Los ricos no están menos encarnizados en nuestros días en la explotación de los pobres, que los violentos de otros tiempos en la vejación de los miserables. Todos esos financistas, esos señores que se ven, desangrarían al pueblo entero si creyeran encontrar en su sangre algunas pepitas de oro.
—Es espantoso, reconoce Justine, pero hay que confesar que he visto más de un ejemplo de ello."

Tres nuevos enigmas

Que la religión, la moral establecida, la sociedad misma sean esas invenciones malignas que permiten a ciertos hombres —a los más fuertes precisamente— atormentar a los pueblos, no es un escritor de ideas en el siglo XVIII quien vaya a desmentirlo. El sabio, el modesto Vauvenargues mismo hace un llamamiento en nombre de la naturaleza. Voltaire más bien responsabiliza a la religión. Jean-Jacques a la sociedad, Diderot a la moral. Y Sade, a todo a la vez. Sí, las leyes son duras, la represión implacable, la autoridad despótica. Corremos, dice Sade —o Sade es el único en decirlo— hacia la Revolución. Y bien. ¿Qué le queda por hacer al hombre que ha captado esta verdad, y sin embargo no puede sacudir tantas opresiones de golpe?
Puede al menos desembarazarse de eso frente a sí mismo y secretamente. Grimm, Diderot, Rousseau, Mlle. de Lespinasse o Mme. d'Epinay se sostienen en eso, en cuanto a lo que hace a la moral, en un solo artículo que un poco confiesan y un poco disimulan: es que se debe revelar en todo caso, y además seguir la primera inclinación del corazón, y la más espontánea: a fuerza de paciencia y desprendimiento, restaurar en sí al hombre primitivo. Ellos agregan: la bondad natural.

La sociología moderna no ha dejado subsistir nada de los diversos *Sauvages de Tahïti, Voyages de Bougainville, Histoire des Sévérambes, Suppléments aux Voyages,* y *Suppléments aux Suppléments,* de los cuales se nutrían las almas sensibles hacia 1760. No ha dejado subsistir nada más que cuentos fabulosos. Se lo hubiera podido prevenir. Puesto que compruebo

que los salvajes de Tahití no conocen nuestras leyes, ni nuestros códigos morales. Pero, ¿y si conocieran otros no menos severos? Quién sabe, más crueles todavía. (En ese período los viajeros ejercían su refinamiento. Sabemos que fue colmado.) Prosigamos, me doy cuenta que no tienen nuestras carrozas ni nuestros cañones. ¿Y si fuera a propósito? ¿Si hubieran conocido nuestra civilización y hubieran renunciado a ella? (Así como ustedes están tentados de hacerlo.) Se dice que los Chinos habían inventado la pólvora, y los Romanos el ascensor. Los Tahitianos que usted ve son tal vez los últimos restos de una sociedad gloriosa y próspera, que ha tenido sus palacios y sus fastos, y luego ha conocido la vanidad de los fastos y de los palacios. Meillet nota que no hay una lengua de la cual se pueda decir con certeza que esté más cerca de sus orígenes que otra. De esta manera no hay un solo pueblo al que se pueda honestamente llamar primitivo.

"¡Cómo! responde Jean-Jacques, a este hombre primitivo me basta con experimentarlo en mí. Y sé que es bueno.

—No estoy seguro", dice Sade.

Todo el mundo lo ha dicho y debo confesarlo, hay demasiadas torturas en *Justine* —y en *La Nouvelle Justine*, cien veces más. Demasiado maltrato, espadas, patíbulos, poleas, pértigas y fustas. Sin embargo, no seamos hipócritas. Existe en nuestra literatura europea otra obra muy estimada, que contiene (con imágenes) más torturas aún que la obra entera de Sade, y mayor refinamiento en las torturas, y más obstinación en el refinamiento: no treinta o cuarenta, sino cien mil mujeres envueltas en paja seca y quemadas a fuego lento (habiéndolas primero amordazado, para escuchar menos sus gritos); y otras mujeres descuartizadas sobre lechos de clavos, a las que se viola frente a sus maridos empalados; y príncipes y princesas grillados lentamente sobre brasas de carbón; y campesinas encadenadas (esos dulces corderos, dice el autor), a las que se deja morir de hambre, bajo los golpes y el látigo. Al término de lo cual, no es por decenas (como en *La Nouvelle Justine*) que se cuentan las víctimas, sino por millones. Veinte millones muy exactamente, según el autor. Es un autor respetable, e historiadores dignos de fe (como Gomara o Fray Luis Beltrán) son los que además vienen a confirmar sus decires, con diferencia de algunos millones; pues en absoluto se trata de una novela, sino de un puro y simple informe: La *Muy Breve Relación* del padre Bartolomé de las Casas, a quien nadie irá ciertamente a reprochar por haber querido estimular nuestros malos instintos. Y los soldados españoles que partían para el Nuevo Mundo no habían sido elegidos tampoco por su crueldad. Curiosos; simples aventu-

reros como usted y yo. Pero sin embargo se les han entregados poblaciones enteras.
Que el hombre pueda experimentar un muy vivo placer en cortar al hombre (y la mujer) en trozos, y que primero —y sobre todo, pueda imaginar que los corta, no sé que cobardía nos hace disimular generalmente este hecho demasiado evidente. No lo sé, pues en fin no veo en eso nada que en lo más mínimo deba avergonzar la fe cristiana, no más que la musulmana o taoísta— que sostienen que el hombre se ha separado un día de Dios. Y el no creyente, ¿con qué derecho rehusaría a reprochar a este hombre sin previa opinión?

Pero se ve que lo rehúsa tanto más rápido, ya que se encuentra con prisa de construir, sin demasiado costo, una filosofía natural —el siglo XIX dirá: una moral laica— libre de las leyes y de la autoridad, libre de Dios. Y la mentira apenas le importa, entonces. ¡Y bien! que Sade entonces nos sea valioso, para rehusar la mentira. Se me dirá que pone a su rechazo demasiado calor. ¡Ah! Sade no es paciente. ¿Y usted no cree que los otros lo exasperan con sus éxtasis en la naturaleza, llantos delante de las cascadas, estremecimientos sobre la hierba tierna? Hacía falta un contraveneno para tanta mojigatería.

"Asombroso contraveneno, dice Justine. Y ¿qué vida será la mía?
— Una vida absurda, responde Sade. Compruébalo."
La escena tiene por teatro habitualmente, algún castillo salvaje y casi inaccesible. Algún monasterio, perdido en el corazón de un bosque. Justine se encuentra allí prisionera en una torre y tres muchachas con ella, la grave Omphale, la atolondrada Florette, la inconsolable Cornélie, esclavas de monjes perversos. ¿Solas? Al contrario, todo indica que hay en el perímetro del claustro, otras torres, otras mujeres. A veces desaparece una u otra esclava. ¿Qué se hizo de ella? Todo lleva a creer que deja a la vez la vida y el monasterio. ¿Porqué se la hace desaparecer? Imposible saberlo. La edad no importa nada. "He visto acá, dice Omphale a Justine, una mujer de setenta años, y mientras que retenían a ésta he visto encerrar a más de doce que no llegaban a dieciséis años." Ni la edad, ni la conducta. "He visto las que se apresuraban adelantándose a los deseos de ellos y que partieron al cabo de seis semanas; otras, caprichosas y lunáticas, a las que guardaban largos años." Las muchachas por otra parte, bien alimentadas y vestidas. Si ellas tan solo supieran a qué atenerse, y qué conducta... Pero

no. "Aquí no es una excusa decir: no me castigue, ignoraba la ley. No se os previene de nada, y se os castiga por todo... Recibiste ayer el látigo sin cometer faltas. Pronto lo recibirás por haberlas cometido. Sobre todo, no vayas a imaginar que eres inocente." (Así todo a lo largo de Justine se entrelazan el tema del castillo y el tema del proceso) Omphale dice aún: el objeto esencial es nunca rehusarse a nada...prevenir todo, y aún con ese medio, con lo bueno que sea, uno no está muy seguro."[j]

¿Qué remedios a tantos males? No hay más que uno. Los desdichados se consuelan viendo cerca otros desdichados, atormentados por los mismos enigmas, víctimas del mismo absurdo.

Sería ingenuo suponer que Sade no se preocupe en la aventura, más que de cuatro ovejitas perdidas.

La decepción de Sade

Es en 1791 cuando Sade tuvo su hora y sus meses de triunfo. Pues la Revolución, que lo reconoce como uno de sus Padres, lo ha hecho libre y lleno de honores. La *Comédie-Francaise* pone en escena *Le Comte Oxtiern*; el pueblo tararea por las calles una *Cantate au divin Marat*, de la cual el divino marqués es el autor. El resplandor de su conversación, la extensión de su ciencia, la fuerza de su odio, todo promete a Sade una carrera brillante y segura. Se diferencia apenas en dos o tres puntos de sus nuevos amigos: quiere por ejemplo, como Marat, un estado comunista[k] pero también quisiera conservar un príncipe que velara la aplicación de nuevas leyes. Aquí está lo más grave: esas leyes serían suaves y moderadas. La pena de muerte, derogada. Que si las pasiones del hombre en su calor a veces justifican el crimen, nada podría en efecto exculparlo en los códigos... "que son, por su misma definición de naturaleza razonable y fría".

"Pero he aquí esas distinciones delicadas (agrega) que escapan a mucha gente, las cuales no saben evidentemente ni reflexionar ni contar. ¡Cómo! Hacen morir un hombre, gente brava, por haber matado otro. Esto hace dos hombres de menos en lugar de uno[l].

Así habla, en la *Section des Piques*, no sin insolencia, el ciudadano-secre-

---

j. *Les infortunes de la vertu.*

k. Parece que las teorías de Zamé, en *Aline et Valcour*, prefiguran bastante exactamente las opiniones políticas de *Sade*.

tario Brutus Sade. Creo escucharlo y verlo. Se ha encorvado un poco en los calabozos del tirano; también ha engordado. Igualmente, mantiene siempre un gran porte. Caluroso, con un poco de obsequiosidad. Incluso sonriente.

Sonríe, como toda la gente decepcionada. Está decepcionado. No todo en la vida es ser libre. Por todos lados empiezan a caer problemas. Es su notario, ese chupasangre de Gaufridy, que reclama dinero; sus hijos que hacen como si no existiera; sus castillos de Provence que quieren demoler; mientras tanto, entregados al pillaje. En la misma Section se ve que los ciudadanos le tienen ojeriza. Esperaban otra cosa del feroz Sade. Otra cosa que esa asiduidad, esas cantatas, esa cortesía. (Cuando el enemigo nos presiona por todos los frentes, cuando la quinta columna nos arruina y nos hace reventar de hambre.) Además, secretario —e incluso un poco más tarde, presidente— des Piques, esa no es una situación. Pide la dirección de una biblioteca. No hay respuesta. Los teatros rechazan sus nuevas piezas a las que, parece, falta civismo. "Me importa un bledo, el civismo", rechina Sade en su mesa de presidente. Es entonces que entra en el local un extravagante y viejo hombrecito: que se adelanta, que quisiera ser admitido (dice el secretario). Que va a sentarse a un rincón. Que tiene más bien el aspecto de hacerse en los calzones. Que hace girar tontamente su bastón entre los dedos; se lo expulsaría con placer, con esa jeta sardónica. ¡Pero es el presidente de Montreuil! El enemigo, el Perseguidor, al que Sade debe trece años de Bastille.

¡Y bien! Sade viene simplemente a estrecharle las manos. A levantarle un poco la moral. Se lo admitirá, no necesita preocuparse. ¡Por otra parte, si cree que se viene a bromear todos los días en la *Section*! Pobre Montreuil, no se anda con bromas. Tres días más tarde comparece frente a Sade un oficial de la Armada de la Somme, el comandante Ramand. "¿Ha hecho evadir emigrados?", pregunta Sade. — En efecto. — Es la muerte, usted lo sabe. — Lo sé, dice el bravo comandante. — Tenga, dice Sade. Aquí tiene trescientas libras y papeles. Mándese a mudar [m]. Algunos días más tarde, Ramand está en provincia y Sade en las *Madelonettes*. Si escapa a la muerte por un pelo, es por que mientras tanto Robespierre ha sido asesinado. Por otra parte, volverá prontamente a la prisión. Esta vez, es que ha

---

l. Cf. *La Philosophie dans le boudoir*: "Franceses, aún un esfuerzo..."

m. "Querían hacerme cometer una inhumanidad. Nunca quise", dirá *Sade* más tarde en una carta a *Gaufridy*.

lanzado un panfleto contra Josefina. ¿Porqué un panfleto, porqué contra Josefina? ¡Y bien! por la misma razón sin duda que le hacía recibir a Montreuil y liberar al comandante.

Primero se piensa en la explicación más simple. Sade en prisión se había vuelto escritor. Seguramente, ya habría improvisado, aquí o allá. Una bella pluma, como se dice; en el género trovador (justamente, es provenzal). Pero en la prisión, esto se acompañó con una suerte de revelación.
Es imposible evocar, aunque sea débilmente, la amplitud de una obra perseguida de la que no conocemos ni siquiera un cuarto. El resto quemada, pisoteada, perdida. Piense más bien, si quiere imaginar el furor—la rabia— que pone Sade en escribir precisamente esa novela, *Les Infortunes de la vertu*, de la cual realiza primero un plan detallado luego que la escribe una primera vez, luego una segunda, luego una tercera, cada vez retomando cada detalle, corrigiendo la más pequeña frase, o mejor reinventándola; y el segundo relato es el doble del primero; el tercero, ¡mil quinientas páginas!, el triple del segundo. Es peor que un vicio o una droga. A la vez se vincula con la pasión y con el deber. Ahora bien, tan pronto como es liberado, todo conspira en contra, la política, los hijos, los negocios. ¿Cómo vivir escribiendo? Parásito, proxeneta, maestro cantor, se lo sabe bien, todos los medios son buenos para quien tiene necesidad de escribir. Y el desdichado que ha tomado —para su independencia, dice— algún "segundo trabajo" (pero ¿cuál era el primero?) apenas tiene—periodista, funcionario, agente de seguros— un solo recurso: hacerse prender por enfermo. Sade se confiesa culpable. ¿Este año se pone preso a los revoltosos? El lo es. ¿A los indulgentes? "Soy bien libre si me complace, de dejar en libertad a esos cretinos." ¿Los conspiradores, porqué no? ¿Los impíos y los libertinos? He aquí mi asunto. Cuando el resto fracasa, siempre queda la locura. Es que se podía leer y se tenía toda la posibilidad de escribir —el furor de estar preso ayuda— en los asilos y las bastillas del siglo XVIII, bastante suaves como morada para un aristócrata, de quien no se sabía mucho lo que había hecho. "Y ese, ¿de dónde sale? se preguntaban los guardianes de Sade. — Parece que ha conspirado contra Dios. — Te das cuenta."

Si, la razón es plausible. Pero lleguemos más lejos. Sucede que un hombre persiga la fama, el amor, la independencia, con tal impulso que sobrepase el objetivo de una pasión tan viva y tan celosa, llegando bastante rápido a

despreciar su primera meta. ¡Qué! la gloria, ¿era eso, entonces? ¿maledicencia de los diarios, elecciones de la Academia, *interviews* y esta canción popular de la cual nadie se acuerda ni siquiera de quién es el autor? La libertad, ¿eran esos (magros) aplausos de la platea? ¿esas desafiantes aprobaciones, esos votos, que mañana se darán vuelta en contra de ustedes? No, ni siquiera es el orgullo lo que haría falta para contentarse con ello, sino la más plana de las vanidades. Vanidad y no sabría qué gusto por el engaño, qué ganas de ser cornudo. Entonces las fuerzas del alma cambian de sentido misteriosamente; el conquistador se siente vencido por su conquista; el enamorado huye de su amante y la miseria se torna para el avaro en el signo mismo de las fortunas. El glorioso a la vez goza y se exaspera del silencio que hacen alrededor de él sus pretensiones insensatas; el amante de la libertad vuelve a la prisión. Verdaderamente asqueado.
Sí, la explicación es plausible. No puedo sin embargo decir que me encanta. Volvamos a lo nuestro.

Sade él-mismo, o la palabra del enigma

Se habla frecuentemente de sadismo en nuestros días, en los diarios y los libros serios. Se hace muy bien. Se trata de un rasgo del hombre completamente inmediato y natural, que ha sido conocido siempre; en suma, que puede sostenerse en algunas palabras: exigimos ser felices; también exigimos que los otros no lo sean completamente. Una vez dicho esto, que ese rasgo pueda degenerar bajo el peso de las circunstancias, en horribles manías, es asunto de los psiquiatras. No es el mío. No sé si Sade era sádico: los procesos no aportan al respecto grandes luces; en el que más conocemos, el de Marseille, Sade se muestra masoquista: es todo lo contrario. Al menos yo veo que se rehusó a ser sádico, mientras que todo lo invitaba a ello; sus rencores, las pasiones del momento y la *Section des Piques* unánimemente. Aún se debería discutir sobre eso; el verdadero sádico es tal vez el que rechaza las facilidades del sadismo, y no admite que nadie lo invite a ejercer su manía. Cada cual con su orgullo. Pero aquí viene lo más curioso.
Hemos tomado el hábito, desde hace como cincuenta años, de hablar de *masoquismo* (es precisamente lo que acabo de hacer) como hablamos de sadismo. Tan naturalmente, como si se tratara de un carácter del hombre no menos simple ni necesario. No menos susceptible además, de tornarse

manía. Me parece bien. Pero si es un carácter natural, hay que confesar que es barroco, que es incluso casi increíble; y que nos falta mucha buena voluntad para llamarlo natural.

Si pienso en el ojo, por ejemplo, noto que está sujeto a más de una anomalía. Puede ser présbite o miope. Puede ofrecer defectos más raros, y (como el sadismo), más distinguidos, como la amaurosis o la diplopía. Incluso ocurre que aproveche su vicio: puede ser nictálope, y contento de serlo. (Como el sádico saca partido de su sadismo: después de todo, en una sociedad bien ordenada, también hacen falta verdugos; en todo caso, magistrados, enfermeros y cirujanos.) Vaya y pase. Pero jamás, verdaderamente jamás se ha descubierto un ojo que fuera aquejado de zumbidos, *hiperacusia* o de audición coloreada. Ahora bien, es ese el caso —cosas iguales, por otra parte— que se pretende encontrar extrañamente en el masoquismo.

Que el dolor de otros me dé placer, es evidentemente un sentimiento singular; es sin duda un sentimiento condenable. Es, en todo caso, un sentimiento claro y accesible que la Enciclopedia puede ubicar en sus casilleros. Pero que mi *propio* dolor me sea placentero, que mi humillación me resulte orgullo, no es condenable ni singular, es simplemente oscuro, y tengo condiciones demasiado favorables para dar las razones: si es dolor, no es placer; si es orgullo, no es humillación. Si es... continúa así. Y sin embargo, nadie lo duda, existe algo que se puede con derecho nombrar masoquismo. Más precisamente, existen hombres y mujeres que hay que llamar masoquistas (si se le retira a la palabra lo que ésta tiene de demasiado sabia).

Puesto que se ve en ellos que buscan más que nada la burla y el ridículo y se alimentan de vergüenza más que de pan y vino: a Felipe Neri, que bailaba en las calles y se afeitaba la mitad de la barba, le gustaba más pasar por loco que por santo; el sheik Abou Yazid al Bisthami les daba a los muchachos de los *souks* dos nueces a cambio de una bofetada. No faltan hombres que les deseen a sus amigos —y al primero de sus amigos: ellos mismos— "el sufrimiento, el abandono, la enfermedad, los maltratos y el deshonor, y el profundo desprecio de sí y el martirio de la falta de confianza en sí mismo [n]" Y otros aún que dicen, con la Portuguesa: "Hazme sufrir más dolores." A los que replicaran que en todo caso se trata de una astuta tentativa para asegurarse el bien que sigue a los males, el honor al deshonor, y el triunfo de la confianza al martirio del desdén, siguiendo algu-

---

n. *Nietzsche*, La voluntad de poder.

na ley natural de compensación se debería (cortésmente) responder que no ha comprendido bien de lo que se trataba. Pero continúo.
Se ven otras personas que buscan donde sea las vejaciones y las torturas, extraordinariamente advertidas y sensibilizadas por acción de un instinto sin error, a la presencia de un verdugo posible y como fascinadas anticipadamente, convocadas —allí donde otro no ve más que un buen hombre sin importancia— por ese verdugo que han adivinado (de hecho, precisamente Justine...), mejor aún se llevan a sí mismas, con curiosa obstinación, al lugar donde las espera la prisión, el proceso y la muerte (Pero justamente Sade...).
No pretendo hacer aquí la luz ni en absoluto explicar un hecho difícil —un hecho precisamente muy misterioso, donde fracasa el análisis— desde siempre. Más bien —instruido por la experiencia— tomaría el partido contrario: a reconocer que se trata de un sentimiento verídico sin duda, pero incomprensible. Mejor aún (tomemos la palabra más vaga), de un *acontecimiento* —frecuente, puede ser, pero en todo caso oscuro y que permanece opaco a mi razón. (Después de todo, no entiendo en absoluto a esa gente) Resumiendo, le dejo su parte al misterio. Y aquí está lo más curioso: es que me veo enseguida recompensado por mi modestia. Incluso no digo nada —no digo nada de eso porque la respuesta sería demasiado fácil desde el principio— del vanidoso que busca el silencio, o el avaro la miseria (hay que confesar que mi explicación de recién era —aún más que banal— bastante tirada de los cabellos: después de todo el vanidoso, el avaro o el libertario se encontraban advertidos anticipadamente de los signos de la gloria, de la riqueza, de la libertad, y no pueden quejarse)
Pues si le sucede también al hombre atravesar lo que no es completamente humano, cuyo precio no lo sostiene ni el hábito ni la costumbre —pero el hombre natural no es *otro* que el civilizado, ni yo mismo soy los otros, ni la bondad otra que la perfidia, ni el dolor que el placer— el sadismo por fin no es sin duda otra cosa que la aproximación y como el ensayo (puede ser que torpe, ciertamente odioso) de una verdad tan difícil y misteriosa que una vez admitida, como recién hice —e incluso son los enigmas que Sade opone a Justine— de golpe todo se disipa y se aclara maravillosamente. Como si me bastara, para aclarar las cuestiones más embrolladas, con haber tenido en cuenta de una buena vez a la oscuridad.

Aquí se me dirá, con mucha justicia, que se trata de una verdad demasiado difícil y que escapa a nuestro lenguaje tanto como a nuestra razón. Cier-

to, y se ve bien que intento simplemente, una vez hecho su lugar, no tanto expresarla como circunscribirla, contornearla. En todo caso, en lugar de pensarla o decirla, el hombre que la ha sufrido una y mil veces, que la ha *atravesado*, guarde el recurso de vivirla, de serla. Y por fin entiendo en qué sentido Sade, como Pascal, Nietzsche o Rimbaud, ha *pagado*; en qué sentido también ha podido merecer ser llamado *divino* por esa lengua popular que a veces emite juicios más justos que los de los críticos, encuentra imágenes más revulsivas que los versos de los poetas.
Además, hay otro recurso.

La Cómplice

Existe un curioso libro de Crébillon, las *Cartas de la Marquesa de M.*, donde la ternura y los celos, la necesidad de amor y los remordimientos, el deseo y la coquetería están pintados con una gran finura sin que el lector, en ningún instante, sepa con seguridad si la marquesa y el conde durmieron juntos.
Pero *Les Infortunes de la vertu* es todo lo contrario. Y las encamadas de Justine —muy diversas, muy involuntarias—, se nos muestran en gran detalle sin que jamás, verdaderamente nunca sospechemos —deseo, horror, amor, indiferencia— qué es lo que puede experimentar nuestra heroína. En verdad, era difícil decirlo. Y Sade lo sabe demasiado bien. Lo sabe demasiado porque Justine, es él.
Extraño secreto el de Justine. Aquello que nos lo vuelve difícil, no es que sea innombrable. No, todo lo contrario. Es que ya está nombrado; incluso está demasiado nombrado, con el nombre de ese buen novelista austriaco que vino al mundo cien años después de Sade, cuyas heroínas crueles llevaban un látigo, y a veces un tapado de visón. Sé perfectamente que todos los gustos y todas las manías están en la naturaleza. Esta no es más peligrosa ni desagradable que otras. Ni menos tampoco. ¡Pero como misteriosa, lo es! Exactamente, es la única manía que uno no puede castigar sin ayudarla, ni punir sin recompensarla. Perfectamente incomprensible: absurda. En todo caso, que la crítica pueda (como se dice), resignarse a este absurdo.

Jean Paulhan, 1945

NOTAS

1. Hans Hainz Ewers. Novelista alemán "diabólico", nacido en 1871, muerto en 1943. Es sobre todo conocido como guionista de numerosos *films* de terror: *El estudiante de Praga, La Mandrágora.*

2. Está "establecido" con certeza que ha dado latigazos a una mujer llamada Rose Keller; está bastante menos "establecido" que fuese una prostituta: ella, más modesta y virtuosamente, se ha pretendido ama de casa.

3. Sade fue encerrado en diciembre de 1793, en esta prisión instalada, como a menudo en la Revolución, en un convento desafectado. Las Madelonnettes, religiosas que, bajo el patrocinio de santa Magdalena, estaban consagradas a cuidar a las muchachas arrepentidas.

4 *Femmes damnées* "Como un rebaño pensativo... " (Pieza CXI)

5. Anne Radcliffe: *Les Mystère d'Udilpho,* traducido en francés en 1797. Lewis, *Le Moine,* traducido al francés en el mismo año. Hay traducción Española.

6. La alusión muy abreviada de Paulhan se remite al siguiente pasaje. *De natura rerum,* Canto IV.

Quod petiere, premunt arte, faciuntque dolorem
Corporis, et dentes intidunt saepe labellis,
Osculaque ad fligunt, quiam non est pura voluptas;
Et stimuli subsunt, qui instigant laedere id ipsum,
Quodeumqu, est, rabies unde illaec germina surgunt.
Sed leviter poenas frangit Venus inter amorem,
Blandaque refrenad morsus admixta voluptas.

Es decir, aproximadamente:
Lo que desean, lo laceran; lo hacen sufrir; marcan y marcan aún más sus dientes sobre esos labios frágiles que besan con magulladuras: es que en ellos el placer no es puro, aguijones profundos los provocan a herir el objeto, sea cual fuere, que haga brotar en ellos esta germinación furiosa. Pero Venus extenúa el dolor en el ardor amoroso y el éxtasis voluptuoso e inmiscuyéndose, calma las mordeduras.

7. Claude Godard d'Aucour (1716-1795), autor de las *Mémoires Turcs* (1743) a la manera de *Lettres Persanes*, y de las novelas de costumbres.

LO SADIANO

NOTA DE *REFERENCIAS...*

" Nosotros los surrealistas, nunca fuimos sádicos, sino "sadianos", nuestra devoción al marqués de Sade fue siempre intelectual, por supuesto."

Buñuel [1]

" El hombre intenta satisfacer su necesidad de agresión a expensas de su prójimo, de explotar su trabajo sin compensación, de utilizarlo sexualmente sin su consentimiento, de apropiarse de sus bienes, de humillarlo, de infligirle sufrimientos, de martirizarlo y de matarlo"
Si no les hubiese dicho de entrada la obra de la que extraigo este texto, habría podido hacerlo pasar por un texto de Sade y asimismo mi próxima lección se referirá a la dilucidación sadista del problema moral ".

Lacan [2]

El envés de una vida moral

En los seminarios de la *La ética del psicoanálisis, La transferencia y La identificación* (1959-60-61-62) Lacan se dedica a " la dilucidación sadista del problema moral, "cuya argumentación se puede entender estudiando las referencias indicadas en esos seminarios.
En los últimos tramos del seminario de *La identificación*, Lacan escribe *Kant con Sade*, texto consagrado al estudio de "lo sadiano". La máxima, la paradoja y la experiencia sadianas, el fantasma sadiano y finalmente las enseñanzas de las fábulas de los héroes de Sade son expuestas y analizadas exhaustivamente.
En los últimos párrafos de este texto, Lacan nos remite a uno de los héroes de Buñuel: "De lo que le falta aquí a Sade nos hemos prohibido decir palabra. Deberá sentírselo en la gradación de *La filosofía* en que sea la aguja curva, cara a los héroes de Buñuel, la que esté llamada finalmente a resolver en la hija un penisneid que se plantea un poco allí.

Sea como sea, se ve que no se ha ganado nada con remplazar aquí a Diótima por Dolmancé, persona a la que la vía ordinaria parece asustar más de lo que es conveniente y que, ¿lo ha visto Sade?, concluye el asunto con un *Noli tangere matrem* [3]. V...ada y cosida, la madre sigue estando prohibida. Queda confirmado nuestro veredicto sobre la sumisión de Sade a la ley."

El envés del lirismo

Encontramos la aguja curva en las imágenes de *El*, un film del año 1952. El héroe de *El* es Francisco, un terrateniente soltero, católico y virgen [4] que Buñuel presenta, al mismo tiempo, como "hombre de iglesia" [5] y perverso. Con este personaje construye lo que inicialmente se asemeja a una romántica historia de amor. A poco de andar asoma el envés del lirismo [6], el envés del amor loco. Aparece su locura cruel y " tiene una lógica implacable que llegado a un determinado punto, trate de asegurarse la fidelidad de su esposa, sin reparar en obstáculos, y está dispuesto a utilizar aguja e hilo incluso, para tener la total seguridad de no ser engañado. [7]
A través de este personaje, Buñuel revela la hipocresía de una sociedad que se puede dar vuelta como un guante. [8] El lirismo de aquella sociedad es el envés de la crueldad de los argumentos de Buñuel. [9]
En el seminario de *Los cuatro conceptos fundamentales*, en la lección del 23 de abril 1964, encontramos otro de los "héroes" sadianos de Buñuel.
Las imágenes de Viridiana nos presentan un Don Jaime cuya impotencia, debida "*al culto de la madre, de la mujer intocable*" [10] llevan a la esterilidad, a la muerte, al suicidio, al crimen sádico. Buñuel denuncia también allí "una moral de origen religioso".
Como los surrealistas, Lacan está interesado en lo sadiano más que en el personaje del Divino Marqués. *Kant con Sade* finaliza con la referencia a Buñuel y su película *El*, donde la paranoia ocupa el primer plano del film. Es una cita para recorrer lo sadiano por fuera de la referencia clínica de la perversión.
Lacan, en *Kant con Sade*, precisa que "*el fantasma sadiano* (encuentra) *mejor como situarse en los defensores de la ética cristiana que en otra parte...*" y continúa, en Sade, "*La apología del crimen sólo le empuja a la confesión por un rodeo de la Ley.*" [11]
Y es en Buñuel donde se encontrarán elementos precisos para entender la relación entre lo sadiano y la ética cristiana. "¿Qué importa entonces un

argumento u otro? (...) Mi próximo film tendrá el tema de todos los míos. Otra vez erotismo y religión. *Tristana* era un pretexto. Me daba la oportunidad de insertar algunos aspectos de la vida española. Por lo demás, la obra, como todas las mías, no tenía crítica social, condenación de esto o de lo otro. Ni pensarlo. Yo me limito siempre a mostrar los hechos sin tomar posiciones en pro o en contra". [12]

NOTAS

1. Lara, Antonio, *La imaginación en libertad*, (Homenaje a Luis Buñuel), Editorial del la Universidad Computense, Mayo de 1981, Madrid, p. 130.
2. Lacan, Jacques, *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Ediciones Paidos, Bs. As, 1988, p. 224. Ver Freud, Sigmund, *Malestar en la cultura*.
3. [No quieras tocar a la madre].
4. Lara, Antonio, *La imaginación en libertad* (Homenaje a Luis Buñuel), Editorial del la Universidad Computense, Mayo de 1981, Madrid, p. 27.
5. *Ibidem*, p.27.
6. Freddy Buache, "Luis Buñuel", *Premier Plan* N° 13, revue mensuelle, Ed, Serdoc (Societé d'Etudes, de Recherches et de Documentation cinématographiques), Lyon, France, 1964. p.19.
7. ibidem, p.28 Homenaje, no sé si consciente o inconsciente, a *La philosofie dans le boudoir*, del Marqués de Sade, y a la suerte corrida por la Sra. Mistral.
8. Freddy Buache, "Luis Buñuel", *Premier Plan* N° 13, revue mensuelle, Ed, Serdoc (Societé d'Etudes, de Recherches et de Documentation cinématographiques), Lyon, France, 1964. p.19.
9."La crueldad de este tipo de relato está íntimamente ligada a una forma particular del humor característico de España, que consiste en dar a los acontecimientos el valor afectivo inverso del que tienen realmente" cf. C. Rebolledo, Luis Buñuel, *Classiques du Cinéma*. Editions Universitaires, Paris, p. 172.
10. C. Rebolledo, Luis Buñuel, *Classiques du Cinéma. Editions Universitaires*, Paris, p. 175.
11. Lacan, J., "Kant con Sade", *Escritos 2*, Siglo Veintiuno, Bs.As, 1995, p. 769.
12. Lara, Antonio, "Lectura de Tristana, Luis Buñuel", según la novela de Galdós., en *La imaginación en libertad* (homenaje a Luis Buñuel), *op. cit.* , p.148.

LA ENCAJERA

VERMEER DE DELFT

Vermeer de Delft (1623-1675)

En los primeros tramos del guión de *Un chien andalou* encontramos la célebre pintura de Vermeer, *La encajera*. De acuerdo con ciertos estudios [1], se podría reconocer en esta imagen —seguramente la esposa del pintor— el envés de la crueldad de los argumentos de Buñuel. Nos interesa también señalar que con este mismo tema, una variante patética de *La encajera*, concluye Buñuel su obra fílmica.[2] Las últimas escenas de *Ese oscuro objeto del deseo* (1977) nos enfrentan con una visión que no es el envés de la crueldad: es la crueldad misma.

Vermeer de Delft. *La Encajera,* Óleo sobre tela. *Circa* 1665. Museo del Louvre, Paris.

Vermeer de Delft, maestro de la luz

El arte de Vermeer es típicamente holandés y sus temas eran los mismos que los de los innumerables pintores de escenas de la vida holandesa. Solo después de dos siglos se descubrió a, Vermeer que había permanecido oculto tras la multitud de pequeños maestros de su tiempo. Vermeer era único: en ningún pintor como en él el ejercicio óptico recompone el mundo en una totalidad que lleva en si la palpitación de la vida. Lo que Vermeer quiere decir no pretende expresarlo por objetos, vasijas o personas, sino por el color, la luz y la forma. En él todo debe ser dicho por los puros medios plásticos, aunque sus temas hayan sido mundanos y poblados de damas. Amas de casa, algunas pertenecen al mundo de "Las preciosas" y otras han sido vistas como cortesanas. Su arte es más fuerte que los temas que trata, sin embargo pinta su densidad humana, pinta la complejidad humana.

NOTAS

1. *Cf.* en este número de *Referencias...* Notas 6 y 9 de "Lo sadiano".
2. Nota de *Referencias...*: Esta es una observación de *Referencias...* Ignoramos si alguno de los comentaristas de la obra de Buñuel ha hecho una interpretación semejante. Para nosotros es evidente.

Moneda gastada
Stéphane Mallarmé

"... el arte del analista debe ser el de suspender las certidumbres del sujeto, hasta que se consuman sus últimos espejismos. Y es en ese discurso donde debe escandirse su resolución.
Por vacío que aparezca ese discurso en efecto, no es así sino tomándolo en su valor facial: que justifica la frase de Mallarmé cuando compara el uso común del lenguaje con el intercambio de una moneda cuyo anverso y cuyo reverso no muestran ya sino figuras borrosas y que se pasa de mano en mano «en silencio» Esta metáfora basta para recordarnos que la palabra, incluso en el extremo de su desgaste, conserva su valor de tésera.
Incluso si no comunica nada, el discurso representa la existencia de la comunicación; incluso si niega la evidencia, afirma que la palabra constituye la verdad; incluso está destinado a engañar, especula sobre la fe en el testimonio."
En este párrafo, de "Función y Campo de la palabra ..." en Escritos 1, *Lacan aborda "...la función de la palabra por el sesgo más ingrato, el de la palabra vacía..."*
Al año siguiente, 1954, durante el desarrollo de El Seminario Libro 1, Los escritos técnicos de Freud, *en la lección 12, retoma la misma metáfora: "...hablamos para no decir nada. Pero incluso esto, como ya lo he explicado en otra parte, tiene su significación. Esta realización del lenguaje que ya no sirve mas que como una moneda gastada que nos pasamos en silencio de mano en mano — frase citada en mi informe de Roma y que es de Mallarmé— muestra la función pura del lenguaje: asegurarnos que somos, y nada más. Que sea posible hablar para no decir nada, es tan significativo como el hecho que, cuando se habla, es en general para algo. Lo sorprendente es que hay muchos casos en que se habla cuando bien podría uno callar. Pero callar justamente es la prueba más difícil."*
En 1961, en la primera lección de El Seminario 9, " La identificación", retoma la metáfora de Mallarmé, esta vez para abordar la fórmula cartesiana. Allí Lacan dice: "...si se me sigue entonces en

una crítica (...) 'Pienso luego existo' me parece bajo esta forma ir contra los usos comunes al punto de convertirse en esta moneda gastada, sin rostro, a la cual Mallarmé hace alusión en alguna parte."

Referencias... *publica parte del texto de Mallarmé,* Crise de vers, *que fue publicado en* La Revue Blanche *en 1895, y que incluye la famosa metáfora. En él, el poeta, que a su vez sintetiza otros de sus artículos sobre el tema, define la relación entre poesía y música como una misma práctica, desprendiendo así a la poesía de su función descriptiva.*

Mallarmé, Etienne, llamado Stèphane (1842-1898). Crise de vers. *en* Oeuvres Complètes. *Paris: Gallimard, 1956. Trad. Alicia Bendersky.*

CRISE DE VERS
CRISIS DE VERSOS

STÉPHANE MALLARMÉ

(...)
Ciertamente, nunca me siento en las gradas de los conciertos sin percibir por entre la oscura sublimidad un esbozo de alguno de los poemas inmanentes a la humanidad, o su estado original, tanto más comprensible, cuanto que, para orientar su amplio trayecto, el compositor experimentó la posibilidad de suspender incluso la tentación de explicarse.
Me figuro, por un prejuicio de escritor, sin duda no erradicable, que nada quedará sin ser proferido; que nosotros estamos acá precisamente, para buscar frente a una ruptura de los grandes ritmos literarios (ha sido una elevada cuestión), y a su distribución en espasmos articulados similares a la instrumentación, un arte de concluir la transposición, en el Libro, de la sinfonía o simplemente retomar nuestro patrimonio. Ya que, innegablemente, no se trata de las sonoridades elementales de los cobres, cuerdas, maderas, sino de la intelectual palabra en su apogeo, que debe nacer con plenitud y evidencia, como el conjunto de las relaciones existentes en toda Música.

Un innegable deseo de mi época es el de separar, como visualizando atribuciones diferentes, el doble estado de la palabra, bruto o inmediato por un lado, esencial por el otro.

Narrar, enseñar, incluso describir, eso funciona, y aún así le bastaría quizás, para intercambiar el pensamiento humano con tomar o poner en la mano del otro, en silencio, una pieza de moneda; el empleo elemental del discurso desmonta la comunicación universal de la que, con excepción de la literatura, participan todos los géneros de escritos contemporáneos.

Para qué sirve, sin embargo, la maravilla de transponer un hecho natural en su casi desaparición vibrante según el juego de la palabra, si no es para que emane de él, sin la modestia de un llamado concreto, la noción pura.
Digo: ¡Una flor! y fuera del olvido al que mi voz relega algún contorno,

como algo diferente de los cálices conocidos, musicalmente se eleva, idea idéntica y suave, aquella ausente de todos los ramilletes.

Al contrario de una función de enumerador fácil y representativo, como lo trata la gente en principio, el decir, que primero es sueño y canto, encuentra en el Poeta su virtualidad, por necesidad constitutiva de un arte consagrado a los detalles.

El verso, que con varios vocablos rehace una palabra total, nueva, extranjera a la lengua y como encantatoria, acaba con el aislamiento de la palabra y niega con un trazo soberano, el azar demorado en los términos, a pesar del artificio de su inmersión alternada en el sentido y la sonoridad, y produce esta sorpresa por no haber oído jamás tal fragmento ordinario de elocución, al mismo tiempo que la reminiscencia del objeto nombrado lo baña en una nueva atmósfera.

El soneto de Rimbaud
Arthur Rimbaud

Durante la lección del 8 de marzo de 1968 del seminario inédito "El Acto psicoanalítico", Lacan se refiere al soneto de Rimbaud, Voyelles, *obra en la que el poeta adjudica un color a cada vocal. En esa lección, desarrolla la lógica de los cuantificadores que permite oponer el universal al particular, con relación a lo que puede obtenerse cuando se articula un enunciado utilizando el interjuego de los adverbios de negación ne y pas en lengua francesa.*
*Es allí cuando Lacan dice: "¿Qué es lo que puede producirse? Ese 'no'(*pas*) añadido que era perfectamente tolerable a nivel de la particular negativa, si lo ponemos a nivel de lo que anteriormente era la universal afirmativa que parecía designada para tolerar ese "no"* (pas)*, he aquí que vira al negro, y no sé cuál color le daría Rimbaud a la E en el soneto, pero a nivel aristotélico es negro, es la universal negativa: todos son no prudentes.*
Enseguida les voy a decir la enseñanza que vamos a extraer de esto. Es evidentemente algo que nos hace palpar que la relación entre los dos 'ne' *tal como existe en la estructura fundamental de la universal afirmativa cuantificada, que es esta fórmula "no hay nada que no"(*il n'est rien qui ne*), tiene algo que se basta a sí mismo, y tenemos la prueba en la liberación de ese* 'pas' *que de repente se encuentra, inofensivo en otra parte, haciendo virar aquí un universal en el otro."*

Referencias... *publica* Alchimie du verbe, *de Rimbaud, pequeño texto en prosa que el poeta escribió considerando su propio soneto* Voyelles, *que también publicamos, así como su versión en español.*
Rimbaud, Arthur (1854-1891). "Alchimie du verbe", *en* Une saison en enfer, Oeuvres II, *Paris, Ed. Flammarion, 1989.*
"Voyelles", *en* Oeuvres completes, *Paris, Ed. Gallimard,* Bibliothèque de la Pléiade, *1972.*
"Vocales", *en* Poesías completas, *Madrid, Ed. Cátedra, Letras Universales, 1998. Trad. Javier del Prado.*

ALCHIMIE DU VERBE
ALQUIMIA DEL VERBO

ARTHUR RIMBAUD

Mía. La historia de una de mis locuras.
Desde mucho tiempo atrás me envanecía el poseer todos los paisajes posibles, y encontraba risibles las celebridades de la pintura y de la poesía modernas.
Amaba las pinturas idiotas, la parte superior de las puertas, decorados, telones de saltimbanquis, carteles, luminarias populares; la literatura pasada de moda, latín de iglesia, libros eróticos sin ortografía, novelas de nuestros antepasados, cuentos de hadas, libritos de la infancia, óperas viejas, refranes necios, ritmos ingenuos.
Soñaba con cruzadas, viajes de descubrimientos donde no se tienen relaciones, repúblicas sin historias, guerras religiosas sofocadas, revoluciones de costumbres, desplazamientos de razas y de continentes: creía en todos los encantamientos.
¡Inventé el color de las vocales! —A negro, E blanco, I rojo, O azul, U verde—. Reglamenté la forma y el movimiento de cada consonante, y, con ritmos instintivos, me enorgullecí de inventar un verbo poético accesible, un día u otro, a todos los sentidos. Reservaba la traducción.
Primero fue un ensayo. Escribía silencios, noches, anotaba lo inexpresable. Fijaba vértigos.

VOYELLES

ARTHUR RIMBAUD

A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu: voyelles,
Je dirai quelque jour vos naissances latentes:
A, noir corselet, vélu des mouches éclatantes
Qui bombinent autour des puantueurs cruelles,

Golfes d'ombre; E, candeurs des vapeurs et des tentes,
Lances des glaciers fiers, rois blancs, frisson d'ombelles;
I, pourpres, sang craché, rire des lèvres belles
Dans la colère ou les ivresses pénitentes;

U, cycles, vibrements divins des mers virides,
Paix des pâtis semés d'animaux, paix des rides
Que l'alchimie imprime aux grans fronts sutudieux;

O, suprême Clairon plein de strideurs étranges,
Silences traversés des Mondes et des Anges:
–O l'Oméga, rayon violet de Ses Yeux!

VOCALES

ARTHUR RIMBAUD

A negro, E blanco, I rojo, U verde, O azul: vocales
algún día diré vuestro nacer latente:
negro corsé velludo de moscas deslumbrantes,
Al zumbar en torno a atroces pestilencias,

Calas de umbría; E, candor de pabellones
y naves, hielo altivo, reyes blancos, ombelas
que tiemblan. I, escupida sangre, risa de ira
en labio bello, en labio ebrio de penitencia;

U, ciclos, vibraciones divinas, verdes mares,
paz de pastos sembrados de animales, de surcos
que la alquimia ha grabado en las frentes que estudian.

O, Clarín sobrehumano preñado de estridencias
extrañas y silencios que cruzan Mundos y Angeles:
O, Omega, fulgor violeta de Sus Ojos.

Indice General de la Colección

Referencias en la obra de Lacan *1*

El Axioma de Monsieur Fenouillard *Christophe*. Hécuba *Eurípides*. Lo Bello *Martin Heidegger*. El asno de oro *Apuleyo*. Sistema del papa Pío VI *Marqués de Sade*. A Una Razón Arthur Rimbaud.

Referencias en la obra de Lacan *2*

San Giorgio Combattente *Carpaccio*. La Cosa Martin *Heidegger*. Mimetismo y Psicastenia Legendaria *Roger Caillois*. Epístola a los Romanos *San Pablo*. Por medio de la ley... *Lutero*. Dafnis y Cloe (I) *Longo*. Booz Endormi *Victor Hugo*.

Referencias en la obra de Lacan *3*

Bacco *Caravaggio*. El sueño de Chuang-Tzu *Chuang-Tzu*. Laocoonte *Gotthold Efraim Lessing*. Un rajá que se aburre *Alphonse Allais*. Pensamientos Pascal. Dafnis y Cloe (II) *Longo*. Los pequeños justos *Paul Eluard*.

Referencias en la obra de Lacan *4*

Teatro olímpico *Palladio*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*. La voluntad determinada *Martín Lutero*. Antes del nacimiento del sol *Friedrich Nietzsche*. El asesinato... *Thomas de Quincey*. Pater Noster *Jacques Prévert*.

Referencias en la obra de Lacan *5*

El bibliotecario *Arcimboldo*. La divina comedia *Dante Alighieri*. La Eneida *Virgilio*. El psicoanálisis y la estructura... *Daniel Lagache*. La pesca de la Ballena *Jacques Prévert*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*.

Referencias en la obra de Lacan *6*

Estampa japonesa *Harundsu*. El niño y los sortilegios *Colette*. El amor loco *André Breton*. Mito de Pandora *Hesíodo*. Noche oscura *San Juan de la Cruz*.

Referencias en la obra de Lacan *7*

El grito *Edvard Munch*. Temor, culpa y odio *Ernest Jones*. El libro de Mencio *Meng Tsé*. Ubú Rey *Alfred Jarry*. Acerca de las pasiones del amor *Pascal*. Odas *William Wordsworth*.

Referencias en la obra de Lacan *8*

Sobre Tiresias *Apolodoro, Hesíodo*. Diálogos de los muertos *Luciano de Samosata*. Las metamorfosis *Ovidio*. Las tetas de Tiresias *Guillaume Apollinaire*. El sermón del fuego *T.S. Eliot*.

Referencias en la obra de Lacan 9

El sueño de la razón... *Francisco de Goya*. Apólogo de las palabras heladas *François Rabelais*. Sobre las magnitudes negativas *Immanuel Kant*. Cuadros de viaje *Heinrich Heine*. El mito de Albertina *Marcel Proust*. Tres poemas *Guillaume de Poitiers*.

Referencias en la obra de Lacan 10

El encantador pudriéndose *Guillaume Apollinaire*.

Referencias en la obra de Lacan 11

El sacrificio de *Isaac Caravaggio*. La Mirada *Jean-Paul Sartre*. El tonel de las Danaides *Horacio, Ovidio y otros*. Acerca del Obispo John Wilkins *J. L. Borges, M. Pobers*. Apólogo de Menenio Agripa *Tito Livio*. La camisa del hombre contento *Italo Calvino*. Sobre la naturaleza de los dioses *Marco Tulio Cicerón*.

Referencias en la obra de Lacan 12

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco, Heráclito*. Teoría General de la Magia *M. Mauss*. Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld*.

Referencias en la obra de Lacan *13*

Santa Agata, Santa Lucía *Zurbarán*. La Fábula de las Abejas *Bernard Mandeville*. Gargantúa *François Rabelais*. Signos *Maurice Merleau-Ponty*.

Referencias en la obra de Lacan 14

La Condición Humana *René Magritte*. Viaje a Montbard *Hérault de Séchelles*. Acerca del Estilo *Conde de Buffon*. Discurso ante la Academia *Conde de Buffon*. La "humanización" del hombre *Louis Bolk*. La belleza será convulsiva *André Breton*. El Extasis *John Donne*.

Referencias en la obra de Lacan *15*

Semíramis construyendo Babilonia *Edgar Degas*. Tragedia *Aristóteles*. Diario de un escritor *Fedor Dostoyevski*. Antígona *Aristóteles*. Los Nueve Libros de la Historia *Herodoto*. Esbozo de una serpiente. *Paul Valéry*.

Referencias en la obra de Lacan *16 El Amor cortés*

Los Cátaros *René Nelli*. Libro de los dos Principios *Juan de Lugio*. Consolamentum Acerca del Gay Saber *Gérard de Sède*. Trovadores Occitanos *Marcabrú* y *Arnaut Daniel*. Arnaldo Daniello *Dante Alighieri*. Minnesinger

Referencias en la obra de Lacan *17*

El juicio de un loco *Imaginería de Epinal*. Del Arte de conversar *Montaigne*. La verdad de parto *Baltasar Gracián*. Cogito *Descartes*. Rondels Stéphan Mallarmé. Noches Aticas *Aulo Gelio*.

Referencias en la obra de Lacan *18*

Erótica India. Epicuro y sus dioses *A. J. Festugière*. La propiedad es el robo *Pierre-Joseph Proudhon*. El Deseo atrapado por la cola *Pablo Picasso*. Leyes de Manú. Rig Veda. Himno de la Creación.

Referencias en la obra de Lacan *19*

Bocca di leone. Anfitrión *Plauto, Molière*. Santo Tomás *Gilbert K. Chesterton*. La vida nueva *Dante Alighieri*. Miedos *Anton Pávlovich Chéjov*. El loco por *Elsa Louis Aragon*.

Referencias en la obra de Lacan *20*

Grotescos *Francisco de Goya*. Ondina *Jean Giraudoux*.

Referencias en la obra de Lacan *21*

Eros y Psyché *Iacopo Zucchi, André Masson*. Carta sobre los ciegos... *Denis Diderot*. Un drama muy parisino *Alphonse Allais*. La gravedad y la gracia *Simone Weil*.

Ulises y el cíclope *Homero, Luciano.* El círculo de *Popilio Thodor Mommsen.* Historia de medio pollo.

Referencias en la obra de Lacan 22

La develación del falo. Heptamerón *Margarita de Navarra.* Alrededor del Heptamerón *Lucien Febvre.* Griselidis *Boccaccio.* Bundling *Stendhal.* Poemas *Catulo.*

Referencias en la obra de Lacan 23

Iconos. Dios ha muerto *Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche.* Si Dios ha muerto *Fedor Dostoievski.* El Misántropo *Molière.* De la naturaleza de las cosas *Lucrecio.* Las despiojadoras *Arthur Rimbaud.*

Referencias en la obra de Lacan 24

Naturaleza muerta holandesa *Osías Beert.* El hombre se divide en veintidós partes... *M. M. Griaule.* La naturaleza tiene horror al vacío *Blaise Pascal.* El manzano *John Galsworthy.* Artémis *Gérard de Nerval.*

Referencias en la obra de Lacan 25

La Virgen María y la serpiente. La más bella historia de amor *Abelardo, Eloísa.* La proposición particular y las pruebas de no-conclusividad en Aristóteles *Jacques Brunschwig.* Moesta et errabunda *Charles Baudelaire.*

Referencias en la obra de Lacan 26

El Gran Vidrio *Marcel Duchamp, André Breton, Octavio Paz.* Alcibíades *Plutarco.* Satiricón *Petronio.* Noches Áticas *Aulo Gelio.* Tratado de las sensaciones *Condillac.* La Ronda alrededor del Mundo *Paul Fort.*

Referencias en la obra de Lacan 27

Las manzanas *Paul Cézanne.* Dionisio *Sófocles, Homero, Heráclito.* Instituciones Oratorias *Quintiliano.* De las mujeres *Federico Nietzsche.* El duro deseo de durar *Paul Eluard.*

Referencias en la obra de Lacan 28

Extasis de Santa Teresa *Gian Lorenzo Bernini.* Peregrino Querubínico *Angelus Silesius.* Sobre la interpretación *Aristóteles.* Matronas procesadas por envenenamiento *Tito Livio, Voltaire, Eugène Petit.* Aquel que se castiga él mismo *Terencio.* Yo soy el cuchillo y la herida *Baudelaire.*

Referencias en la obra de Lacan 29

San Juan Bautista *Leonardo da Vinci.* Tratado de las pasiones del alma *René Descartes.* Siempre somos demasiado buenos con las mujeres *Raymond Queneau.* Las uvas verdes (el estilo del inconsciente...) *Jeremías, Ezequiel, La Fontaine, Ward Howe.*

Referencias en la obra de Lacan 30

Pintura Expresionista *James Ensor.* La experiencia moral *Frédéric Rauh.* El proverbio malgache *Jean Paulhan.* Ulises y las sirenas *Homero.* Telémaco *Paul-Jean Toulet.*

Indice de la colección por autor

Autor	Título	Vol.
Abelardo, Pedro	Historia de mis desventuras	25
Abelardo y Eloísa	Cartas de amor	25
Alighieri, Dante	Arnaldo Daniello	16
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Alighieri, Dante	La vida nueva	19
Allais, Alphonse	Un rajá que se aburre	3
Allais, Alphonse	Un drama muy parisino	21
Angelus Silesius	Peregrino Querubínico	28
Anónimo	Bocca di leone	19
Anónimo	Consolamentum	16
Anónimo	El rostro de Harpo Marx	12
Anónimo	Historia de medio pollo	21
Anónimo	Iconos (Cristo Triunfante de la bóveda de Dafnis-Mosaicos bizantinos)	23
Anónimo	La develación del falo	22
Anónimo	Leyes de Manu	18
Anónimo	Rig Veda (Himno de la creación. X)	18
Anónimo	Perfumed Garden	18
Apollinaire,Guillaume	Las tetas de Tiresias	8
Apollinaire, Guillaume	El Encantador pudriéndose	10
Apolodoro	El tonel de las Danaides	11
Apolodoro	Sobre Tiresias	8
Apuleyo	El Asno de Oro	1
Aragon, Louis	El Loco por Elsa	19
Arcimboldo	El Bibliotecario	5
Aristóteles	Tragedia	15
Aristóteles	Antígona	15
Aristóteles	Sobre la interpretación	28
Arnaut Daniel	Trovadores Occitanos	16
Aulo Gelio	Noches Aticas	17, 26
Baudelaire, Charles	Moesta et errabunda	25
Baudelaire	Yo soy el cuchillo y la herida	28
Beert, Osías	Naturaleza muerta holandesa	24
Bernini, Gian Lorenzo	Éxtasis de Santa Teresa	28
Bolk, Louis	La "humanización" del hombre	14

Borges, Jorge Luis	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Boccaccio	Griselidis	22
Breton, André	El Amor Loco	6
Breton, André	El Gran Vidrio	26
Breton, André	La belleza será convulsiva o no será	14
Brunschwig, Jacques	La proposición particular y las pruebas de no-conclusividad en Aristóteles	25
Buffon, Conde de	Acerca del Estilo	14
Buffon, Conde de	Discurso ante la Academia	14
Caillois, Roger	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
Calvino, Italo	La camisa del hombre contento	11
Caravaggio	Bacco	3
Caravaggio	El sacrificio de Isaac	11
Carpaccio	San Giorgio Combattente	2
Catulo	Poemas	22
Cézanne, Paul	Las manzanas	27
Chesterton, Gilbert K.	La verdadera vida de Santo Tomás	19
Chéjov, Anton Pávlovich	Miedos	19
Christophe	El axioma de M. Fenoulliard	1
Chuang-Tzu	El sueño de Chuang-Tzu	3
Cicerón, Marco Tulio	Sobre la naturaleza de los dioses	11
Colette	El niño y los sortilegios	6
Condillac	Tratado de las sensaciones	26
Da Vinci, Leonardo	San Juan Bautista	29
Degas, Edgard	Semíramis construyendo Babilonia	15
De Nerval, Gérard	Artémis	24
De Sède, Gérard	Acerca del Gay Saber	16
Descartes, René	Cogito	17
Descartes, René	Tratado de las pasiones del alma	29
Diderot, Denis	Carta sobre los ciegos...	21
Donne, John	El Extasis	14
Dostoievski, Fedor	Diario de un escritor	15
Dostoievski, Fedor	Si Dios ha muerto	23
Duchamp, Marcel	El Gran Vidrio	26
Eliot, T. S.	El sermón del fuego	8
Eluard, Paul	Los pequeños justos	3
Eluard, Paul	El duro deseo de durar	27
Ensor, James	Pintura Expresionista	30
Eurípides	Hécuba	1
Ezequiel	Biblia (profetas)	29
Febvre, Lucien	Alrededor del Heptamerón	22

Festugière, A. J.	Epicuro y sus dioses	18
Fort, Paul	La Ronda alrededor del Mundo	26
Galsworthy, John	El manzano	24
Garzo, Maite	Acerca del Manuscrito de Manesse	16
Giraudoux, Jean	Ondina	20
Goethe	Fausto	6
Goya, Francisco de	El sueño de la razón produce monstruos	9
Goya, Francisco de	Grotescos	20
Gracián, Baltasar	La verdad de parto	17
Griaule, M. M.	El hombre se divide en...	24
Harundsu	Estampa japonesa	6
Heidegger, Martin	Dios ha muerto	23
Heidegger, Martin	Lo Bello	1
Heidegger, Martin	La Cosa	2
Heine, Heinrich	Cuadros de viaje	9
Heráclito	El Oráculo de Delfos	12
Heráclito	Dionisio	27
Herodoto	Los nueve libros de la Historia	15
Hérault de Séchelles	Viaje a Montbard	14
Hesíodo	Mito de Pandora	6
Hesíodo	Sobre Tiresias	8
Homero	Ulises y el cíclope	21
Homero	Dionisio	27
Homero	Ulises y las sirenas	30
Horacio	El tonel de las Danaides	11
Hugo, Víctor	Booz Endormi	2
Imaginería de Epinal	El juicio de un loco	17
Jarry, Alfred	Ubú Rey	7
Jones, Ernest	Temor, culpa y odio	7
Juan de Lugio	Libro de los dos Principios	16
Kant, Immanuel	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
Lagache, Daniel	El Psicoanálisis y la Estructura de la Personalidad	5
La Rochefoucauld	Máximas y Sentencias	12
La Fontaine	Fábulas	29
Lessing, Gotthold Efraim	Laocoonte	3
Longo	Dafnis y Cloe, I	2
Longo	Dafnis y Cloe, II	3
Luciano de Samosata	El tonel de las Danaides	11
Luciano de Samosata	Diálogos de los muertos	8
Luciano de Samosata	Ulises y el cíclope	21

Lucrecio	De la naturaleza de las cosas	23
Lutero, Martin	Por medio de la ley...	2
Lutero, Martin	La voluntad determinada	4
Macé, Jean	La mitad de pollo	21
Magritte, René	La Condición Humana	14
Mandeville, Bernard	La Fábula de las abejas	13
Manesse, Manuscrito de	Minnesinger	16
Margarita de Navarra	Heptamerón	22
Masson, André	Eros y Psyché	21
Mauss, Marcel	Teoría general de la Magia	12
Meng-Tsé	El libro de Mencio	7
Merleau-Ponty, Maurice	Signos	13
Montaigne	Del arte de conversar	17
Mallarmé, Stéphan	Rondels	17
Molière	Anfitrión	19
Molière	El Misántropo	23
Mommsen, Theodor	El círculo de Popilio	21
Munch, Edvard	El grito	7
Nelli, René	Los Cátaros	16
Nerval, Gérard de	Artémis	26
Nietzsche, Friedrich	Antes del nacimiento del sol	4
Nietzsche, Friedrich	Dios ha muerto	23
Nietzsche, Friedrich	De las mujeres	27
Ovidio	El tonel de las Danaides	11
Ovidio	Las Metamorfosis	8
Palladio, Andrea	Teatro Olímpico	4
Pascal, Blaise	Pensamientos	3
Pascal, Blaise	Discurso acerca de las pasiones del amor	7
Pascal, Blaise	La naturaleza tiene horror al vacío	24
Paulhan, Jean	El proverbio malgache	30
Paz, Octavio	El Gran Vidrio	26
Petit Eugène	Matronas procesadas por envenenamiento	28
Petronio	Satiricón	26
Picasso, Pablo	El Deseo atrapado por la cola	18
Picasso, Pablo	No busco, encuentro	4, 5
Plauto	Anfitrión	19
Plutarco	Alcibíades	26
Pobers, M.	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Poitiers, Guillaume de	Tres poemas	9
Prévert, Jacques	Pater Noster	4
Prévert, Jacques	La Pesca de la Ballena	5

Proudhon, Pierre-Joseph	La propiedad es el robo	18
Proust, Marcel	El mito de Albertina	9
Queneau, Raymond	Siempre somos demasiado buenos con las mujeres	29
Quincey, Thomas de	El asesinato considerado como una de las bellas artes	4
Quintiliano	Instituciones Oratorias	27
Rabelais, François	Apólogo de las palabras heladas	9
Rabelais, François	Gargantúa	13
Rauh, Frédéric	La experiencia moral	30
Rimbaud, Arthur	A una razón	1
Rimbaud, Arthur	Las despiojadoras	23
Sade, Marqués de	Sistema del Papa Pio VI	1
San Juan de la Cruz	Noche oscura	6
San Pablo	Epístola a los Romanos	2
Sartre, Jean-Paul	La Mirada	11
Séchelles, Hérault de	Viaje a Montbard	14
Sófocles	Dionisio	27
Stendhal	Bundling	22
Terencio	Aquel que se castiga él mismo	28
Tiépolo, Juan Bautista	La Inmaculada Concepción	25
Tito Livio	Apólogo de Menenio Agripa	11
Tito Livio	Matronas procesadas por envenenamiento	28
Tola, Fernando	Erótica india	18
Toulet, Paul-Jean	Telémaco	30
Valéry, Paul	Esbozo de una serpiente	15
Vatsyayana Mallinaga	Kama Sutra	18
Virgilio	La Eneida	5
Voltaire	Matronas procesadas por envenenamiento	28
Ward Howe, Julia	Himno de Batalla de la República	29
Weil, Simone	La gravedad y la gracia	21
Wordsworth, William	Odas	7
Zucchi, Iacopo	Eros y Psyché	21
Zurbarán	Santa Agata, Santa Lucía	13

Lacan y el Surrealismo, 1

El Surrealismo, el Dr. Lacan y el efecto de creación
André Breton: tres cartas de Sigmund Freud
Buñuel y *Un chien andalou*. Un film surrealista
Lo sadiano. Sade: *La filosofía en el tocador*
Jean Paulhan: Prefacio de *Justine*
La Encajera de Vermeer
Mallarmé: Moneda gastada
El soneto de Rimbaud

ISSN 1514-0768

FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO EN LA ARGENTINA